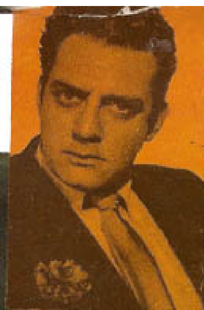


UNA AVENTURA DE
PERRY MASON

el caso de la ninfa negligente

ERLE STANLEY GARDNER

Mientras Perry Mason está “disfrutando” de un paseo nocturno a la luz de la Luna en una canoa alquilada, a lo lejos divisa a una joven con cuerpo de ninfa y desnuda que sale del agua, se viste con un traje de noche y echa a andar. Una bella escena nocturna para recordar, si no fuera porque al poco tiempo la joven volvió corriendo al agua seguida por un perro de presa, ante lo cual se echó de nuevo al agua y se puso rápidamente a nadar. Y quien mejor que Perry Mason para rescatar a la joven en el momento justo.

La joven le cuenta que únicamente ha cogido una botella con una carta dentro en la que se acusa a alguien de asesinato. Finalmente Mason copia la carta y deja marchar a la muchacha sin conocer su identidad.

Posteriormente la joven es acusada de robar joyas en la finca que visitó a la luz de la luna y por ello contrata a Perry Mason para que la defienda. Las cosas se complican cuando el acusador es encontrado muerto y aparentemente asesinado por la joven, que además de robo, será acusada de asesinato.

Hay muchos misterios en la trama de la novela. Perry Mason no sólo está defendiendo a la muchacha, la cual no sigue sus instrucciones al pie de la letra, sino que además también debe evitar que la joven revele que fue él quien la ayudo a escapar. Una novela y caso de misterio que se encuentra entre las mejores historias de Perry Mason. Una historia en la que nunca se da por vencido ante situaciones complicadas y en la que sabe encontrar la solución al caso de una forma inverosímil e inesperada.



Erle Stanley Gardner

El caso de la ninfa negligente

Perry Mason - 35

ePub r1.0
Titivillus 28.12.2014

Título original: *The Case of the Negligent Nymph*
Erle Stanley Gardner, 1950
Traducción: Anna Muria

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Prólogo

Hace algunos años, Hatty Steeger y yo decidimos suscitar el interés del público lector acerca de una mejor administración de la justicia. Organizamos el Tribunal de Última Apelación *Argosy*.

La acogida que se dio a dicha actividad pertenece a la historia.

El caso es que a la sazón no disponíamos de medios para apreciar la extensión del interés público acerca de dicho movimiento.

Sabíamos que nos sería necesaria la ayuda de personas sobresalientes en el campo de la investigación criminal. Necesitábamos el consejo y la asistencia de hombres que hubieran conseguido tal éxito que sus opiniones fuesen de gran peso, y que se hallaran tan perfectamente establecidos que no necesitasen ninguna publicidad personal.

Solicitamos la colaboración del doctor LeMoyne Snyder, de East Lansing, Michigan. El doctor Snyder lo es en medicina y a la vez procurador en los tribunales, un especialista en el descubrimiento de crímenes, autor de un libro titulado *Investigación Criminal*.

También solicitamos el concurso del finado Leonarde Weeler, inventor del *Polígrafo*. Después de su muerte su lugar ha sido ocupado por Alex Gregory, un experto en polígrafo (detector de mentiras), antiguo oficial de policía y ex presidente de la *International Society for the Detection of Deception*; y de Raymond Schindler, de Nueva York, el famoso detective privado, cuya biografía fue recientemente escrita por Rupert Hughes en su interesante libro titulado *El detective completo*.

Es interesante destacar que cada uno de estos hombres se mostró decididamente dispuesto a conceder todo el tiempo que fuera necesario y, en algunos casos, viajó a sus expensas y contribuyó con otros gastos para ayudar a la causa.

Más tarde se unieron a nuestro grupo Tom Smith, quien durante años había sido alcaide de la penitenciaría del Estado en Walla Walla (Washington), y Bob Rhay, experto psicólogo y lector de polígrafo.

Dos sobresalientes abogados prestaron sus servicios, de alcance

nacional: Park Street, de San Antonio (Texas), y Marshall Houts, de Tulsa (Oklahoma).

Además, una multitud de abogados se adelantaron a ofrecer sus servicios dentro de los límites de sus territorios. Henry Franklin, de Peterborough (New Hampshire), preside un comité de ex agentes del F. B. I., compuesto por Cage E. Brewer, de Clarksdale (Mississippi); Philip Christenson, de Provo (Utah); John C. Firmin, de Findlay (Ohio); Thomas E. Heffernan, de Corona del Mar (California); Logan Huiskamp, de Keokuk (Iowa); Paul Kelly, de San Francisco (California), y Donald Rosen, de Los Angeles (California).

Por otra parte, el cuerpo de abogados ha expresado su interés y ha ofrecido ayuda.

Con demasiada frecuencia el público en general tiene un erróneo concepto de los abogados y del trabajo del foro.

Me he dirigido a asociaciones de abogados del Estado en Washington, Oregón, California, Arizona, Nevada, Idaho, Texas, Mississippi, Missouri, Illinois, Michigan y Oklahoma.

He hablado con numerosas asociaciones de abogados locales. En cada caso, cuando he hablado sobre el Tribunal de Ultima Apelación, los abogados se han ofrecido individualmente para prestar sus servicios a expensas suyas. Además, algunas asociaciones de abogados han votado resoluciones para prestar su cooperación colectivamente.

Es alentador comprobar la manera como los abogados de este país se entregan a la causa de la justicia. Desearía que el público estuviera más enterado del trabajo de la abogacía organizada y de la extensión con que abogados imbuidos de un alto espíritu de ciudadanía dan su tiempo en favor de la suprema justicia.

Así, dedico este libro a todos aquellos que tan abnegadamente se han asociado con nosotros para tratar de conseguir un mejoramiento en la administración de la justicia.

Erle Stanley Gardner.

Capítulo 1

Desde su canoa Perry Mason contempló la finca «Alder» como un general contempla un futuro campo de batalla.

La luna, en menguante desde hacía algunos días, abría un sendero de tenue y plateada luz hacia el Este e iluminaba el objetivo de Mason: una isla que se unía con la tierra firme por medio de un puente de acero y cemento de quince metros de longitud.

En aquella isla, la sólida mansión de dos pisos de George S. Alder se enfrentaba con el angosto canal de la misma manera que un castillo parece mirar hacia el foso que lo protege.

El muro de ladrillos, rematado por barrotes de hierro y trozos de vidrio, separaba la finca de los curiosos ojos de los que transitaban por la tierra firme. En el lado de la bahía había letreros en los cuales se advertía que los intrusos serían perseguidos. Un largo muelle corría a lo largo de las tranquilas aguas; hacia el Norte se encontraba un arenal en forma de media luna, y más allá se extendía un bien cuidado prado que, gracias al barro que había sido llevado hasta allí a gran costo, parecía una verde y aterciopelada alfombra.

La posición legal de Alder parecía, por lo menos en apariencia, tan completamente invulnerable como la finca de la isla que lo aislaba, a él y a su riqueza, de tierra firme. Pero Perry Mason no era de ningún modo un abogado cualquiera. Nunca había seguido la política de atacar por donde el enemigo esperaba que cayese el golpe, sino que más bien prefería crearse objetivos propios. De ahí su inspección nocturna del lugar que, para Alder, significaba mucho más que el lejano imperio que controlaba.

Aquella noche Alder tenía invitados, y la mayor parte de sus huéspedes había llegado evidentemente de los dos grandes yates

que se hallaban anclados a un cuarto de milla de la playa. Dos lanchas motoras de barnizada caoba y reluciente latón, se hallaban atracadas en el muelle privado de la finca de Alder. Decíase que rayos invisibles de luz guardaban dicho muelle, de manera que en el momento en que una embarcación se aproximaba a tres metros, automáticamente sonaba una alarma, se encendían brillantes faros y una poderosa sirena lanzaba su agudo sonido.

Mason, silenciosamente, gobernó su canoa hasta cerca de la caleta, estudiando sus contornos.

Un foco eléctrico estaba atado a la tabla de un letrero de modo que iluminaba el letrero pintado en letras rojas. Dichas letras podían ser leídas desde una distancia de cincuenta metros: *Propiedad privada. Prohibido el paso. Cuidado con los agresivos perros que atacarán a los transgresores al verlos. Alejarse*.

Fue en este momento de su inspección cuando Mason advirtió súbitamente, la figura de un bañista.

Aparentemente, la figura no se había dado cuenta aún de la canoa, pero nadaba, dando grandes y lentas brazadas, a lo largo de la marea.

Mason, presa de súbita curiosidad, mantuvo su canoa contra el lento reflujo de la marea, y espió.

La figura llegó hasta el arenal y salió del agua a pocos metros del letrero iluminado. La luz de la luna y la iluminación procedente del letrero, bastaron para mostrar que se trataba de una mujer. Al parecer había estado nadando desnuda, con una bolsa impermeable atada a la espalda. De esta bolsa sacó una toalla con la cual secó su esbelto y atlético cuerpo. Luego sacó unas medias, zapatos y un vestido de noche.

Fascinado, Mason dejó su remo dentro de la canoa, sacó de su estuche unos binóculos y se los colocó ante los ojos.

Pudo advertir que ella era rubia, hermosa y, al parecer, segura de sí misma.

No llevaba prisa, pero tampoco haraganeaba. Obraba con tanta calma como si se estuviera vistiendo en su casa, ante un espejo, y cuando se hubo puesto su vestido sin mangas ni tirantes, se maquilló el rostro aprovechando la luz del letrero.

Habiendo terminado su tocado a satisfacción, dejó la bolsa impermeable en el suelo, colgó la húmeda toalla en el soporte que

sostenía la luz por encima del letrero y echó a andar hacia la casa, siguiendo un sendero que serpenteaba entre la hierba del prado.

De la casa llegó el sonido de una aguda risa de mujer, un estallido de voces y un general y alegre alboroto.

Evidentemente, los huéspedes de George S. Alder se divertían y parecía también evidente que no tenían ninguna razón para pensar que una atractiva huésped que había llegado a la isla de una manera tan subrepticia se les uniría pronto.

Fascinado, Mason miró a través de sus binóculos, observando el suave ritmo del andar de la joven, la seguridad con que avanzaba, con la cola de su vestido colgada de su brazo, siguiendo tranquilamente el sendero, hasta que, finalmente, desapareció dentro de la sombra de la casa.

Mason, con los binóculos a mano, se sentó en la canoa, esperando. No había la menor indicación procedente de la casa de que ocurriese algo insólito.

Durante un cuarto de hora Mason permaneció sentado, alerta, examinando la casa con sus binóculos, hundiendo de vez en cuando el remo en el agua para mantener la canoa contra la marea, mientras esperaba que se produjera algún acontecimiento.

Existía, claro está, la posibilidad de que este rezagado huésped fuese un invitado y que se tratase de alguien que estuviese lo bastante relacionado con la casa para tener la seguridad de que sería bien recibido; pero de ser así no habría dejado la bolsa impermeable y la toalla bajo la luz del letrero.

Mason lanzó una impaciente mirada a la esfera luminosa de su reloj pulsera. Era tarde y deseaba devolver la canoa y regresar a la ciudad. Había inspeccionado el acrecentamiento de la línea del arenal hasta el punto de poder organizar un plan concreto de acción. Dentro de pocos días, George S. Alder recibiría una sacudida que le causaría considerables molestias. Por ahora, sin embargo, Mason no se decidía a marcharse. No podía descuidar las potenciales posibilidades inherentes a esta subrepticia visitante que había aparecido nadando en medio de las tinieblas de la noche y que se movía con tanta facilidad en el agua como en la tierra. Ciertamente, había algo…

De súbito, Mason oyó el ladrido de un perro. Era el excitado, histérico ladrido de un perro que se abalanza sujeto por su cadena.

De pronto, algunas luces se encendieron en las habitaciones traseras de la mansión de Alder. Mason oyó voces y los renovados ladridos del perro. Manteniendo el equilibrio en su canoa, Mason examinó la casa con sus binóculos.

La figura de la joven nadadora apareció en una de las ventanas. Se deslizó por el antepecho y bajó. La larga falda del vestido quedó prendida un instante en el antepecho de la ventana; luego ella la desprendió con sus manos y, en medio de un ondeante revuelo de faldas, saltó al suelo y empezó a correr.

Primero, la joven corrió hacia uno de los portillos practicados en el muro; luego, cuando el alboroto de la casa fue en aumento, se desvió hacia el agua.

A través de sus binóculos. Mason pudo ver a hombres y mujeres moviéndose en la habitación que la mujer había abandonado tan repentinamente. Luego vio la figura de un hombre enmarcada por la ventana y lo oyó gritar.

Las palabras eran ininteligibles, pero no podía haber error acerca del tono de la voz del hombre. Era un grito de descubrimiento, y el tono correspondía al que hasta las fieras ocultas en la espesura comprenden: el sonido de aquella nota triunfante de descubrimiento en la voz del cazador que las hace saltar automáticamente y emprender una rápida huida.

La joven corría ahora, presa de un extraño pánico, en derechura al agua, sin cuidarse de la toalla ni de la blanca bolsa impermeable que había dejado al salir del mar.

Durante unos momentos, el hombre permaneció en la ventana, gritando; luego, de súbito, desapareció.

Los ladridos del perro alcanzaron un agudo crescendo y después cesaron.

Bruscamente, comprendió por qué el perro había cesado de ladrar. El hombre lo había soltado de su cadena.

Como una raya oscura de movimiento partió de la ventana. Durante unos momentos, Mason vio a través de sus binóculos la forma de un *Doberman* lanzada por un gran salto. Luego el animal cayó al suelo y perdió un tiempo precioso buscando el rastro de la fugitiva, husmeando y corriendo hacia el portillo.

De repente, el perro vio la fugitiva figura y se lanzó, dando grandes saltos, a través del césped.

La muchacha se arrojó al agua.

Mason pudo ver que ella llevaba un objeto en su mano derecha, mientras que con la izquierda sostenía la cola de su falda. Dio luego cuatro o cinco largos saltos, que levantaron grandes salpicaduras, y después, cuando el agua se hizo más profunda, se lanzó de cabeza a nadar.

El perro, corriendo silenciosamente, alcanzó el borde del prado, cruzó la corta zona de arena, se lanzó al agua dando un gran salto y empezó a nadar.

El animal se hallaba lo bastante cerca de Mason para que éste pudiera oír los afanosos ruidos que producía la garganta del perro mientras nadaba con los hombros fuera del agua.

La enloquecida joven había cruzado la proa de la canoa de Mason, sin advertirlo, al parecer. El perro, que se encontraba ya en aguas profundas, se hallaba ahora menos seguro de sí mismo.

Hundiendo la pala de su remo en el agua, Mason lanzó la canoa dentro del espacio existente entre la joven y el perro. Con el remo empujó contra el hombro del perro, haciéndolo bornear hacia la costa.

El perro lanzó un gruñido, un sordo ladrido, giró sobre sí mismo y se aferró con los dientes a la pala del remo.

Mason hizo girar el remo, hundiendo el perro en el agua y obligándolo así a que soltase el remo.

Durante unos momentos, con los ojos llenos de agua, el perro quedó aturdido. Luego, empezó a nadar otra vez, poderosamente, obstinadamente.

Otra vez Mason empujó al perro con el remo, y otra vez el perro mordió la pala.

La joven, advirtiendo ahora lo que ocurría, usó de todas sus fuerzas para poner toda la distancia posible entre ella y el perro.

Por tercera vez Mason empleó el remo contra el animal; y éste una vez más se aferró con los dientes a la pala. Una vez más Mason hizo dar vuelta al perro dentro del agua, donde lo mantuvo durante unos momentos, y en esta ocasión cuando el aturdido animal alcanzó la superficie empezó a nadar hacia la costa.

Mason, haciendo virar rápidamente su canoa, se acercó a la exhausta joven.

—Suba —le dijo—. Suba por la proa, para no volcar la

embarcación.

La joven lanzó una mirada a Mason por encima de su hombro, una rápida y desesperada mirada de apreciación. Luego, como comprendiendo que no le quedaba otra alternativa, levantó su mano derecha y arrojó algo dentro de la proa de la canoa. Hecho esto, se agarró con ambas manos a la proa, una a cada lado, con un poderoso impulso de sus fuertes y jóvenes brazos izó su torso hasta que quedó acostado sobre la proa, mientras sus piernas golpeaban el agua clara. Luego se deslizó suavemente dentro de la canoa, encogió las piernas, se estiró su vestido mojado y susurró:

—No sé… quién es usted… Pero lo mejor que puede hacer es remar como si lo persiguiera el diablo.

Puntitos de luz, moviéndose como luciérnagas, aparecieron en la costa. Mason oyó que alguien gritaba:

—¡Ella está allí, nadando!

—No es ella, sino el perro. ¡Vuelve para acá!

Los haces de luz de las lámparas eléctricas, convergieron sobre el perro, luego se levantaron y trazaron círculos luminosos sobre las oscuras aguas.

Uno de los rayos de luz más poderosos alcanzó a la canoa. Mason cesó inmediatamente de remar, se mantuvo de espaldas, con la cabeza agachada, y dijo a la mujer:

—Es mejor que se agache.

—Lo sé —contestó ella, obediente—. ¡Malditos sean estos grandes escotes! ¡Tenía que ser traicionada por la moda! ¡Me siento tan expuesta como una muñeca de feria! ¡Ojalá tuviera algo con que cubrirme estos hombros!

Una voz de hombre gritó, en la costa.

—Hay un bote allá. ¡Le digo que es un bote!

Durante unos momentos el foco de luz iluminó la canoa, la perdió y empezó a describir círculos inútiles, porque los perseguidores fracasaron en poder señalar ninguna pista sobre las aguas.

Mason empleó el remo una vez más, gobernando la canoa lejos de la costa y hacia el sur de la bahía, deslizándose rápidamente sobre las olas.

—¿Bueno…? —preguntó al fin.

Ella contestó:

—Gracias por el paseíto.

—Me temo —contestó Mason— que no será tan fácil como eso.

—¿Hacer qué?

—Arreglar las cosas.

—¿Qué cosas?

—Una de ellas, mi conciencia.

—¿Qué pasa con su conciencia? ¿Es insólitamente delicada?

—No. Sólo lo es de un modo corriente.

—Permítame que cobre un poco de aliento y le contaré todo lo ocurrido.

—¿Adónde desea usted ir?

—Hasta mi yate, el pequeño *Kathy Kay*, y pueda recoger…

—Continuaremos aquí, en territorio neutral, hasta que conozcamos cuál es la situación. Obré impulsivamente. Al ver al perro abalanzado contra usted, enseñando los colmillos, se precipitaron mis generosos impulsos.

—¿Qué desea usted saber?

—Quién es usted y qué andaba buscando.

—¡Oh, comprendo! Usted está dispuesto a ser un valiente caballero, pero también desea ser un prudente caballero.

—Exactamente.

—Después de todo, ¿sabe usted?, yo soy una ladrona de joyas internacional y las joyas que he lanzado al fondo de su canoa pertenecen a la reina.

—Como chiste no está mal —contestó Mason—, pero puesto que la idea ha sido suya, investigaremos eso.

—Perfectamente —dijo ella—. Se lo contaré, pero antes deme unos minutos de respiro —añadió, acentuando su jadeo, para ganar tiempo.

—¿Y proporcionarle ocasión para pergeñar una historia? —preguntó Mason.

—No sea usted tonto. ¡Si supiera usted lo que es sentirse perseguida por un perro furioso! Me sentía como el conejo mecánico en una carrera de galgos.

—Corría casi tan ligera como él —dijo Mason.

—El agua me salvó —admitió ella—. Y usted y su providencial canoa. ¿Por qué se encontraba usted allí?

—Se lo contaré… ejem…, pero antes deme unos minutos de

respiro…, ejem…, ejem…

Ella se echó a reír, se colocó en una posición más cómoda y miró a Mason.

La luz de la luna cayó sobre el rostro de la mujer, y Mason vio unos juveniles y simétricos rasgos, unos hundidos y oscuros ojos, pómulo saliente, nariz corta, una boca pequeña de gruesos labios y una figura que se dibujaba admirablemente bajo el vestido mojado.

Ella dijo francamente:

—Me siento como si estuviera desnuda. Una no lleva gran cosa debajo de esos vestidos, los cuales se pegan al cuerpo, ¿no cree usted?

—Cuando…

—¿Cuándo, qué? —preguntó ella.

—Cuando usted haya tomado algún respiro me contará algo acerca de su botín.

—¡Oh, eso! —exclamó ella—. Déjeme hacer y no tenga miedo. Estoy acostumbrada a las canoas. No la volcaré.

Ella se balanceó rápidamente, moviéndose con un sentido tan seguro del equilibrio que la canoa apenas osciló. Llegó a proa, levantó un objeto que brilló a la luz de la luna y lo tendió al abogado.

—Son los diamantes de la reina —dijo ella.

El objeto era una sencilla botella de vidrio cuidadosamente cerrada, un lado de la cual parecía hecha de vidrio opaco. Dentro de la botella había algo blanco, no un líquido, sino algo que parecía un trozo de papel enrollado.

Mason sacudió la botella y luego la levantó para poder examinarla mejor a la luz de la luna.

—Las joyas —dijo la muchacha secamente—. Supongo que ahora podré ser entregada a la policía.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó Mason.

—Es una botella con un pedazo de papel dentro.

Mason dejó la botella para poder examinar a la muchacha más cuidadosamente.

—¿No hay ninguna otra chuchería relacionada con eso? ¿Tal vez un anillo de diamantes, un reloj o alguna cosa por el estilo?

—¿Oculta en mi persona? —preguntó ella, señalando las líneas de su vestido mojado—. ¿Con este traje, señor Inquisidor? No podía

ocultar ni siquiera un timbre de correo, y mucho menos una piedra preciosa.

Por el lado del muelle llegó el ronroneo de un motor, seguido de un brusco sonido de explosiones.

—¡Oh! —exclamó ella, con desaliento—. Han puesto en marcha una lancha de motor. ¡Rápido! Vamos hacia los yates que están allí enfrente. Reme a toda velocidad. No podemos dejar que nos agarren.

Un momento antes ella se había mostrado triunfalmente segura de sí misma, dispuesta a plantar cara a lo que fuera, pero ahora el pánico de la desesperación había hecho presa en ella.

Mason vaciló durante unos instantes, luego hundió el remo dentro del agua.

—No crea usted que este asunto haya terminado cuando lleguemos al yate —dijo Mason—. Continuaré la investigación.

—Continúe usted lo que quiera —contestó ella—, pero no permita que nos agarren como un par de pajaritos. Tienen un reflector en la lancha y… ¡No escaparemos!

A bordo de la lancha, una lona fue quitada del reflector y un largo trazo de luz empezó a moverse de un lado a otro a través del sombrío espacio de las aguas.

—¡Más aprisa! ¡Más aprisa! —gritó ella, mirando con aprensión por encima de su hombro—. Todavía están lejos y avanzan contra la corriente. Otros ciento cincuenta metros y estaremos ya…

El reflector, bruscamente, trazó un rápido círculo, pasó directamente por encima de la canoa, vaciló un momento, retrocedió y enfocó a los ocupantes con su luz blanca.

—¡Oh, nos han hallado! —exclamó la joven—. ¡Reme! ¡Reme, por favor!

La lancha motora describió un semicírculo y se lanzó tras ellos a gran velocidad.

Un yate anclado se interpuso entre la lancha y la canoa, ocultando momentáneamente el rayo del reflector.

—¡Agárrese a lo que pueda! —dijo Mason, haciendo virar bruscamente la canoa hacia el yate anclado—. ¡Agárrese a lo que pueda, cuélguese de cualquier cosa!

—¡No! ¡No! —dijo ella—. ¡No es ése! No podemos subir a ése, y…

—¡Agárrese! —ordenó Mason.

Ella se asió a una portañola, haciendo oscilar a la canoa.

—¡Ahora zambúllase! —ordenó Mason, cuando la canoa llegó junto al yate.

Súbitamente, la joven advirtió la maniobra y empujó la canoa hacia adelante en el momento de lanzarse al fondo. Mason, cambiando completamente su dirección, remó hasta colocarse bajo la proa del yate, al otro lado. Mientras tanto, la lancha motora había avanzado de manera que el rayo del reflector podía iluminar de nuevo a la canoa, por el lado de babor del yate. Mason esperó hasta el momento en que la lancha pasó y luego empezó a remar desde el lado estribor del yate.

Olas levantadas por la lancha alcanzaron los costados de la canoa y, por unos momentos, la amenazaron con hacerla zozobrar. Mason cruzó la estela de la lancha, la cual a la sazón borneaba, tras haber aparentemente desarrollado demasiada velocidad teniendo en cuenta la proximidad de los yates anclados.

La joven examinó atentamente los diversos yates anclados y dijo:

—El nuestro es aquél que se encuentra a unos ciento cincuenta metros de aquí. Aquí los tenemos de nuevo, buscándonos.

Mason se hizo cargo de la situación.

—Acomódese bien. Voy a intentar la prueba con aquel gran yate que está allí.

—Pero aquél pertenece a…

—Lo emplearemos como escudo —explicó Mason—. Ahora nos han perdido de vista, y si podemos permanecer ocultos pensarán que hemos subido a bordo de uno de esos grandes yates.

Mason puso todos sus esfuerzos en remar a través de la sombría zona de agua. La lancha describió un círculo completo, pero cuando la luz del reflector barría las aguas del mar abierto, Mason había alcanzado el lado alejado del yate, frenó el avance de la canoa y se metió bajo las sombras protectoras del casco del yate. Cuando la lancha trazó otro ancho círculo, Mason se deslizó bajo la proa del yate y regresó hacia estribor. Esperando su oportunidad, dio la vuelta a popa y remó rápidamente hacia otro yate de buen tamaño y que tenía la suficiente obra muerta para ofrecerles una completa protección.

A la sazón la joven temblaba de excitación y a causa de su

vestido mojado.

Mason, frenando el avance de la canoa bajo el amparo del tercer yate, podía percibir las débiles vibraciones de los escalofríos de la joven, que se agarraba a la borda de la ligera canoa.

—Tiene usted frío —dijo él—. Está usted temblando.

—Sí, tengo frío —contestó ella—. La ropa de este vestido está helada, pero no se preocupe por mis escalofríos. Se está usted portando muy bien. Ahora, si usted puede llegar hasta aquel pequeño yate…

La joven se puso a castañetear.

Mason dijo:

—Se resfriará usted. No debería…

—¿Qué quiere usted que haga? ¿Que me quite el vestido?

—Es lo mejor que podría hacer —contestó Mason.

—Claro que puedo —admitió ella, despegando de su piel la ropa mojada—. Se pega y se agarra a la piel, y supongo que debe ser casi del todo transparente. Pero…

—¡Oh! ¡Oh! —la interrumpió Mason—. Están describiendo un ancho círculo alrededor del ancladero. Tal vez podamos realizar nuestro intento. ¿Lo intentamos?

Ella contestó, sarcástica:

—A estas alturas usted debería saber que soy una joven conservadora que nunca se arriesga a probar.

Mason lanzó la canoa fuera de la protección del yate, a través de un trecho descubierto, y ganó luego el costado del pequeño yate que la joven le había indicado.

—¡Rápido! —dijo ella, trepando a bordo—. Hemos de hacer algo con la canoa. Están describiendo un círculo en busca del yate que ha…

—¡Hay que izarla a bordo! —dijo Mason.

—No hay sitio donde ponerla en el puente.

—Deslícela dentro del camarote —sugirió Mason—. Ponga parte de ella en el camarote y deje que una parte asome…

—Está bien. ¿Puede usted levantarla?

—Sí. Es una canoa de aluminio. Encárguese de la proa, mientras yo cargo con la popa. Muy bien… ¡Ya!

Subieron la canoa hasta el puente y luego, abriendo el camarote, deslizaron una parte de la proa dentro del mismo.

—¡Listos! —dijo ella—. Y ahora yo voy a tomarme un trago de whisky y usted se tomará otro. Luego usted se portará como un caballero y se volverá de espaldas. No puedo cerrar la puerta del camarote con la canoa aquí y hay la suficiente luz de luna para…

Mason dijo:

—Saldré un momento para echar una ojeada a la lancha…

—Se guardará usted bien de hacerlo. Los de la lancha lo verían. En el momento en que usted asomara la cabeza, ellos lo cazarían con la luz del reflector. No se mueva de aquí.

Mason contestó:

—Deseo asegurarme de que esta, botella fue la única cosa que usted tomó. Yo…

—Siéntese quietecito y le pasaré mi ropa mojada. Puede registrarla. Desearía que no fuera usted tan suspicaz.

—Lo sé —contestó Mason—. Soy un viejo cascarrabias lleno de prejuicios. Siempre he entrado en sospechas al ver a una joven saltando por una ventana…

—¿Entonces lo vio?

Mason hizo un gesto afirmativo.

—Mantenga sus ojos cerrados —dijo ella—. Ahí va un bien mojadito vestido de noche. Ahora me pondré una bata y… ¿Dónde estará? ¡Ya la tengo! Ahora, espere un minuto… Muy bien. Ya puede usted abrir los ojos y nos tomaremos un buen trago de whisky, sin agua y sin hielo.

—Que el mío sea ligero —dijo Mason.

Mason oyó un ruido de chocar de vasos, vio a la joven moviéndose en el pequeño camarote, luego oyó el borboteo del líquido y un vaso fue puesto en su mano.

—Creo que esto está pidiendo un brindis, ¡Por el crimen! —dijo ella echándose a reír.

Mason sorbió el whisky y oyó que ella se servía otra vez.

—¿Otro trago?

—No; ya tengo bastante. No beba demasiado.

—No tema —contestó la joven—. Por lo regular no bebo mucho, pero el frío me ha entrado hasta los huesos.

—¿Y si procediéramos a sacar un inventario? —dijo Mason.

—¿De qué?

—De aquella botella.

—Ya la vio usted.

—Deseo ver qué hay dentro.

—Mire —dijo ella—, ha sido usted un buen guía, se portó usted como un buen amigo y le estoy muy agradecida. En el día de mañana me vestiré como es debido, me pondré en contacto con usted y le demostraré cuán agradecida le estoy. Mientras tanto…

—Mientras tanto —repuso Mason—, yo soy un abogado. Soy un hombre que debe mantener una posición. Por lo que se refiere a mí, usted es la asaltante de una casa. A menos que me demuestre a satisfacción que no robó nada, tendré que dar parte a la policía.

—¿A la policía?

—Así es.

Ella vaciló durante unos momentos y luego dijo:

—¿Y usted es un abogado?

—Sí.

—Entonces tal vez pueda ayudar… ¡Escuche!

La lancha se acercó rugiendo al yate. Una serie de olas hicieron balancear la ligera embarcación.

Desde el puente de uno de los yates, una voz exasperada gritó:

—Aléjense de la zona de anclaje de este yate, tontos borrachos.

Desde la lancha, una voz contentó:

—Estamos persiguiendo a un ladrón. ¿No ha visto usted un bote con dos personas a bordo?

—No he visto nada —contestó la voz del yate, secamente—. ¿Por qué no se van a casita a dormir?

La lancha dio una vuelta y luego el motor aminoró su ruido. Al parecer, los ocupantes sostenían una conferencia. A poco, el motor volvió a zumbar de nuevo. La lancha viró y el sonido del motor se fue perdiendo en la distancia.

La joven lanzó un suspiro de alivio.

—¡Gracias a Dios han regresado!

—Han regresado para dar parte a la policía —dijo Mason.

—Bueno —anunció ella, esperanzada—, mientras están haciendo eso usted podría… Podríamos sacar la canoa y…

—Sí —dijo Mason, agriamente—, usted podría seguir adelante con su asunto, mientras *yo* remaría en la bahía. Y antes de que llegara a mi destino sería detenido y sometido a una serie de preguntas… ¿Qué sugiere usted que le diga?

—Eso es un asunto puramente privado y personal —contestó ella.

—Pero una vez la policía se haya metido en él, se convierte en un asunto impersonal y público. No tengo ningún deseo de ser acusado como cómplice.

—Saquemos las mantas de las literas y cubramos con ellas las portañolas, para que podamos usar una pequeña lámpara eléctrica. Echaremos una ojeada a eso.

—De acuerdo —dijo Mason—. Sólo que nuestros amigos no permanecerán ociosos mientras tanto.

—No, supongo que no; pero no han asomado las narices en este yate.

—No creo que vengan mientras estemos a bordo —contestó Mason, pacientemente—. Ya he indicado que si soy detenido antes de llegar a la costa, tendré que explicar dónde he estado y qué he estado haciendo…

—Bueno —dijo ella, débilmente—, no puede usted quedarse aquí toda la noche.

La joven reflexionó durante unos instantes; luego, antes de que Mason pudiera hacer ningún comentario, añadió rápidamente:

—Sí, puede quedarse; ha de hacerlo. Es lo único que se puede hacer. Hemos de conservar esta maldita canoa en el camarote, para que no sea descubierta, y luego, mañana por la mañana, podremos lanzarla al agua tranquilamente, como dispuestos a iniciar una partida de pesca. Usted llevará un atuendo deportivo, permanecerá sentado en la silla giratoria con la caña de pescar y…

—Mientras tanto —dijo Mason—, cubramos con mantas las portañolas, porque quiero echar una ojeada a la botella.

Ella, tras unos momentos de vacilación, dijo:

—Está bien; trato hecho.

Mason vio vagamente a la joven moverse dentro del camarote y oyó el ruido que hacían las mantas al ser sacudidas. Luego, la luz de la luna desapareció bruscamente de babor. Algunos segundos más tarde la claridad lunar se desvaneció en las tinieblas, a estribor.

—¡Listos! —dijo la muchacha, y el chorro de luz de la lámpara eléctrica atravesó la oscuridad.

Su voz vibraba de excitación. Dijo:

—Podemos tener la lámpara encendida cerca de la puerta y así

será… ¿Dónde está la botella?

—En la canoa, creo —contestó Mason.

La joven cubrió el lente de la lámpara eléctrica con ambas manos, pero dejando que se filtrase un rayito de luz.

La luz, brillando a través de su piel, esbozó la línea de sus dedos en un rojo sanguíneo, y mostró también las bronceadas piernas, que aparecían a través de una abertura de la bata.

—Aquí está —dijo ella, al tiempo que, inclinándose hacia adelante, apartaba una mano de la lámpara eléctrica.

Las manos de Mason se cerraron sobre la botella antes de que la joven pudiera alcanzarla.

—Yo me cuidaré de la botella, mientras usted lo hace con la lámpara eléctrica.

—Es usted muy amable conmigo —dijo ella, sarcástica.

Mason inspeccionó la botella y dijo:

—Se necesitan unas tenacillas para sacar el papel que está dentro de la botella. Se metió en ella enrollado y luego se dilató.

—En una caja de herramientas tengo unos alicates de cabeza alargada y…

—Véamoslos. Es posible que sirvan.

Mientras el rayo de luz de la lámpara eléctrica fue dirigido hacia el interior del camarote, Mason permaneció en la oscuridad. Oyó el ruido de un cajón al ser abierto, luego un sonido de metal chocando con metal y, un momento después, ella volvía con la lámpara eléctrica y los alicates.

Mason insertó el pico de los alicates dentro del cuello de la botella y enrolló el papel al mismo tiempo que tiraba del mismo hacia el estrecho cuello, de manera que pudiera sacarse sin desgarrarse.

Había varias hojas de papel dentro de la botella, todas ellas llevando el mismo membrete: A BORDO DEL THAYERBELLE, PROPIEDAD DE GEORGE S. ALDER.

Mason se puso el documento sobre las rodillas y ambos leyeron lo siguiente, escrito en letra clara y firme:

En aguas de la Isla Catalina. Yo, Minerva Danby, escribo este relato porque si algo me sucediera deseo que se haga justicia.

Escribo estas líneas a bordo del yate de George S. Alder el

Thayerbelle. *Debido al hecho de que dispongo de información que podría privar a George Alder de una buena parte de su fortuna, él hará cualquier cosa para sellar mis labios.*

Temo haber sido imprudente, por no decir estúpida.

Cuando el padre de George Alder falleció, dejó todas las acciones de la importante compañía conocida por el nombre de Alder Associates, Inc. *divididas entre su hijastra Corrine Lansing y su hijo George S. Alder. El sobreviviente se quedaría con todas las acciones. Un hermano del padre, Dorley II. Alder, tendría voto por una tercera parte de las acciones y se le beneficiaría con una renta vitalicia, pero no debía tener intereses en la Compañía, a menos que los jóvenes muriesen antes que él. Los dividendos serían pagados a base de una tercera parte a cada uno. Sin embargo, había diez acciones, al margen de la compañía, en poder de Carmen Monterrey. Hago constar todo esto para demostrar que comprendo el peligro en que me hallo y las razones que lo justifican.*

Corrine Lansing se fue a América del Sur. Sufría de los nervios y su estado había empeorado últimamente.

La conocí en un avión, mientras yo volaba sobre los Andes, entre Santiago de Chile y Buenos Aires. Se hallaba en un estado de gran nerviosismo y desaliento y yo procuré animarla. Como resultado de esto, ella me demostró un súbito afecto e insistió que debía viajar en su compañía, compartiendo con ella las comodidades del viaje, cuyos gastos correrían completamente de su cuenta.

Como yo viajaba sujeta a un presupuesto muy reducido, y, además, pensaba que podía serle de utilidad, acepté su ofrecimiento, a pesar de que no sabía nada acerca de su pasado.

Corrine viajaba con su criada, Carmen Monterrey, quien había estado al servicio de la familia durante años y quien, por lo que supe, había sido una favorita del padrastro de Corrine.

Poco a poco, fui enterándome por ella de los antecedentes de la familia, de su hermano y de las estipulaciones del testamento de su padre. Carmen Monterrey, naturalmente, estaba también enterada de todo eso. Era tratada como «un miembro de la familia», y Corrine Lansing no duda nunca en hablar de sus asuntos en su presencia.

Pese al hecho de que el arreglo era muy ventajoso para mí desde el punto de vista económico, llegó un momento en que simplemente no me fue posible prolongarlo más. Día tras día, Corrine Lansing empeoraba. Tenía yo fundadas razones para creer que su desequilibrio era completo sobre ciertas cosas. Carmen me contó que Corrine había dicho que me mataría si trataba de abandonarla.

En tales circunstancias, temí que una ruptura declarada con ella cobrase formas violentas. En una palabra, aquella mujer había desarrollado un intenso y apasionado cariño por mi persona e insistía que estuviera cerca de ella continuamente. No había duda acerca de que se convertía rápidamente en un caso de enfermedad mental. Deseaba monopolizarme. Había en ella un deseo concreto de dominar, el cual no solamente me molestaba sino que me asustaba. Parece que era presa de un complejo de persecución y estaba convencida de que alguien trataba de envenenarla. Tenerme constantemente a su lado era su única protección. Me inspiraba lástima, pero llegué a temer por mí misma, y sabía que Carmen Monterrey estaba igualmente asustada.

Resultó que George Alder se vio precisado a dirigirse por avión a América del Sur, llevando algunos documentos que Corrine debía firmar. El día en que Alder debía llegar, mientras Corrine se encontraba en el salón de belleza, hice mis maletas y dejé una nota para ella en la cual le decía que me veía en la necesidad de regresar inmediatamente a mi casa, llamada por un telegrama en el cual se me informaba que un allegado mío se encontraba muy enfermo y se esperaba un fatal desenlace. Previendo que ella iría al salón de belleza antes de la llegada de su hermano, yo había sacado con antelación pasaje para un avión de la Pan American que se dirigía al norte.

Creyéndome libre de complicaciones engorrosas, no pensé en el asunto durante las primeras semanas que siguieron a mi regreso. Luego leí en los periódicos que Corrine probablemente había muerto, que había desaparecido durante la parte del día que yo había partido y que nadie había encontrado rastro de ella.

Al principio se había supuesto que Corrine vagaba presa de

una crisis de desaliento. Al parecer, estaba muy afectada por la partida de «una amiga» y temióse que había salido en su busca. Después, creyóse que había sido víctima de un fatal accidente.

Se contrataron detectives para que la localizaran, pero los resultados fueron nulos. Sin embargo, se estableció definitivamente que la mujer era una desequilibrada mental cuando ocurrió su desaparición.

Naturalmente, después de leer estas noticias, fui a ver a George S. Alder, le dije lo que sabía y le ofrecí ayudarlo en lo que pudiera. Me sentía en cierto modo culpable, porque sabía que Corrine había salido en mi busca cuando desapareció.

Alder se mostró al principio muy agradecido, luego sus sentimientos derivaron hacia la amistad. Admito francamente que yo fui lo suficientemente necia para creer que tal vez había algo más bajo su amistad que el deseo de comprobar que la evidencia acerca de la muerte de su hermana estaba perfectamente demostrada.

Yo había dicho a George Alder que estaba dispuesta a hacer un viaje por mar con él, y esta perspectiva me causaba un gran placer. Sin embargo, poco antes de emprender este crucero, tuve ocasión de visitar el hospital para enfermedades mentales de Los Merritos. *Al salir, vi en el patio a una mujer que, de buenas a primeras, me pareció un espectro.*

¡Era Corrine Lansing!

Me quedé mirándola, atónita, y ella clavó en mí su mirada en la que brillaba ese peculiar fulgor de la locura, pero me reconoció. «¡Minerva! —exclamo—. ¿Qué está usted haciendo aquí? ¡Minerva, Minerva, Minerva!», y empezó a chillar hasta que un acompañante corrió hacia ella y le dijo que no debía excitarse de aquella manera. A la razón, Corrine era presa de un ataque de histerismo y fue trasladada a una habitación donde pudiese ser atendida.

Por medio de discretas preguntas me enteré de que aquella mujer había sido recogida en las calles de Los Angeles, por las cuales vagaba corno si soñase. Al parecer, no sabía nada acerca de sí misma y no había sido capaz de decir cómo se llamaba ni de dar el nombre de ningún pariente. A veces afirmaba ser una persona, a veces otra, pero siempre con un nombre distinto. En

otras ocasiones era incapaz de dar ningún nombre; se limitaba a permanecer sentada, desvalida y triste.

Trastornada y medrosa, me apresuré a ir a ver a George Alder, para darle cuenta de mi descubrimiento.

Alder no se hallaba a bordo del yate cuando yo llegué, y nadie sabía dónde se encontraba. Decidí esperar su regreso, pero a las diez, al ver que no había llegado aún, encargué que le dijeran que deseaba hablar con él y me fui a esperar en mi camarote.

El día había sido muy agobiador para mí. Me tendí en un canapé y a poco me quedé dormida. Me sacó de mi sueño el ruido de los motores y, por el movimiento del yate, advertí que navegábamos a través de una mar gruesa. Además, el viento soplaba sobre el yate, lo que me dio a entender que nos hallábamos en medio: de una tempestad.

Llamé al camarero y le pedí, a pesar de lo avanzado de la hora, que fuese a ver a George Alder y le dijera que yo debía verlo en seguida.

George me mandó decir que una brusca y terrible tempestad de viento nos tenía envueltos y que la maniobra del yate lo tenía muy ocupado, pero que vendría a verme tan pronto le fuese posible. Una hora más tarde, a las dos de la madrugada, George entró en mi camarote.

Lo puse en antecedentes de mi descubrimiento. Él me hizo algunas sagaces preguntas y luego quiso saber si había hablado con alguien acerca de lo sucedido.

A la sazón yo era demasiado necia para advertir lo que él tenía en él pensamiento. Estaba más bien orgullosa de haber obrado de acuerdo con mi propio criterio de mantener el asunto dentro de un plan de discreción, porque sabía que George Alder detestaba la escandalosa publicidad de los periódicos.

Estoy tratando de hacerme cargo del hecho de que había sufrido una dura experiencia y de que los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas habían representado un gran choque para mí. Pero, a pesar de todos mis intentos para discernir lo que ha ocurrido y de achacarlo a los nervios, me siento llena de aprensión.

George Alder continuó sentado en mi camarote tras haberle

contado mi historia y clavó en mí una fija y escudriñadora mirada.

Empecé a sentirme inquieta. Era como si una serpiente estuviese tratando de fascinar a un pájaro.

—¿Está usted segura de no haber hablado a nadie de eso, Minerva? —me preguntó.

—Absolutamente a nadie —contesté—. Puede usted confiar en que en este asunto mi discreción ha sido total.

Y entonces, súbitamente, advertí en sus ojos la misma mirada que había visto en los de su hermana, la mirada de una persona loca pensando en los astutos medios que empleará para conseguir su objetivo. Se levantó sin decir una palabra, se dirigió hacia la puerta, manoseó el cerrojo durante un momento, me lanzó de nuevo su extraña mirada y luego salió, cerrando violentamente la puerta.

Súbitamente, fui presa de inquietud. Deseaba desembarcar. Deseaba comunicarme con alguien. Corrí hacia la puerta.

Estaba cerrada. George la había cerrado por fuera al salir.

Me lancé contra la puerta y la golpeé con los puños y le di de patadas. Gritando, tiré de la manija.

Nada sucedió. El fragor de la tempestad se abatía sobre el yate. El casco crujía y rechinaba al embate de las olas. El viento rugía al regolfar entre los aparejos. En medio de las furiosas olas, mis gritos parecían débiles y ridículos.

He llamado varias veces al camarero. Nada. He tratado de telefonear. La línea no funciona. Ahora me doy cuenta de que George ha cortado los hilos del teléfono de mi camarote.

He mirado a mi alrededor, tratando de hallar el medio de comunicar la situación en que me hallo, de hallar la manera de ponerme en contacto con alguien; pero el ruido de la tempestad, lo avanzado de la hora y el hecho de que me encuentro aislada en un camarote de popa, hacen esto imposible.

Sólo alimento una esperanza, una sola esperanza. He decidido escribir todo lo que ha sucedido, poner las hojas dentro de una botella y lanzar ésta al mar por la portañola. Luego, si George vuelve, le comunicaré lo que he hecho. Le diré que la botella será arrojada a la playa por las olas y que seguramente alguien la hallará. Así, por lo menos puedo esperar hacerlo

entrar en razón; pero presiento que ese hombre, con la insentada astucia que es una característica de la familia, intentará sellarme para siempre los labios.

Minerva Danby.

Mason sintió la presión de los dedos de la joven en su brazo.

—¡Lo tengo en mi poder! —exclamó ella, triunfalmente—. ¡Lo tengo en mi poder! ¿No comprende usted lo que esta carta significa? ¡Lo tengo en mi poder!

—Soy yo quien está en su poder —indicó Mason—. Desearía poder usar mi brazo otra vez.

—¡Oh, lo siento!

—¿Quién es Minerva Danby? —preguntó Mason.

—Poco sé acerca de ella, excepto lo que consta en esta carta. Todo lo que sé es que murió ahogada. Fue barrida de la cubierta del yate de Alder hace seis meses. Tal es la historia.

Mason, cauto, dijo:

—Puesto que, al parecer me he convertido en un cómplice de un robo importante, ya podría usted decirme algo más acerca de lo que sucedió.

Ella, excitada, contestó:

—¡Oh, siempre sospeché que había algo inverosímil en este asunto acerca de Corrine! Siempre tuve la certeza de que no había muerto, y ahora… ¡Oh, ya advertirá usted la terrible diferencia que ello significa!

—¿Cuál es la diferencia?

—Estoy emparentada con Corrine; seguramente soy la única pariente consanguínea que tiene. ¡Oh, esto representa una diferencia, una gran diferencia!

Mason dijo:

—En las actuales circunstancias, lo mejor que podría hacer es contarme más cosas.

—¿Qué más puedo contar? La carta habla por sí misma.

—Pero no habla por usted.

—¿Por qué he de hablar yo? —preguntó ella.

—Por variar, seamos prácticos —dijo Mason—. Soy un ciudadano responsable. La hallé cometiendo un robo y las circunstancias conspiran para colocarme en la situación de sacarla

de apuros.

—Usted dijo que era abogado.

—De acuerdo, soy un abogado. Y bien podría darse el caso de que George S. Alder se alegrara de encontrarse en situación de acusarme de haberme confabulado con usted para robar esta prueba de su casa.

—¿No se da usted cuenta —dijo ella, con acento burlón— de que Alder no puede acusar a nadie de nada? No puede arriesgarse a que esta carta se publique.

—Está bien —dijo Mason, calmoso—. ¿Qué hará usted con esta carta?

—La publicaré.

—¿Y cómo explicará usted el hecho de que esté en su poder?

—Iré a los periódicos. Y diré que…

—Siga —dijo Mason.

—¿No puedo decir que he hallado la carta?

—¿Dónde?

—En algún lugar de la playa.

—Y luego Alder presentará testigos que afirmarán que la carta estaba en posesión de él, que le fue robada de su casa, y usted tendrá que enfrentarse con una doble acusación de perjurio y robo.

—No había pensado en eso —dijo ella, consternada.

—Me satisface saberlo. Ahora, supongamos que usted me dice quién es usted, cómo supo que la carta se encontraba allí y otros pequeños detalles.

—¿Y si no quisiera?

—Siempre hay la policía.

—Usted no me ha contado nada acerca de su persona —arguyó ella.

—Es verdad, nada le he contado —repuso Mason, secamente.

Ella reflexionó durante unos segundos, luego dijo:

—Me llamo Dorothy Fenner. Tenía un empleo de secretaria de un hombre de negocios. Cuando mi madre falleció, me dejó algún dinero. Llegué aquí del Colorado hace un par de años. Mi madre era una de las hermanas de Cora Lansing. Cora se casó con Jack Lansing. Sólo tuvieron un hijo: Corrine. El matrimonio no fue feliz. Cora Lansing se casó con Samuel Nathan Alder. Tuvieron un hijo: George S. Alder. Corrine es cinco años mayor que George. Así, a

pesar de la diferencia de edad, soy prima de Corrine. Nos teníamos mucho cariño. Tía Cora murió hace diez años; luego murió el padre de George y dejó su fortuna dividida entre Corrine, George y Dorley Alder, tío de George.

—¿Cómo se lleva usted con los Alder? —preguntó Mason—. No muy bien, ¿verdad?

—Me llevo muy bien con tío Dorley. Es un hombre espléndido. En cambio no estoy en buenas relaciones con George Alder. Nadie se lleva bien con él, a menos que se deje dominar en cuerpo y alma.

—¿Cómo se enteró usted de la existencia de esta carta? —preguntó Mason.

—No…, no puedo decirlo.

—Es mejor que tenga preparada su historia —aconsejó Mason.

—Oí hablar de ella.

—¿Cómo?

—Bueno, si usted desea saberlo, le diré que tío Dorley me puso sobre la pista.

—¡Claro está! —dijo Mason, interesado.

—Fue a propósito de una pregunta que hizo —dijo ella—. Me dijo que comprendió que Pete Cádiz había recogido una carta escrita por Minerva Danby antes de caer al mar. Me preguntó si yo sabía algo acerca de esto, si George me había dicho algo…

—¿Conoce usted a Pete Cádiz?

—Sí. Creo que todos los propietarios de yates lo conocen. Es una especie de vagabundo de las playas. Todo el mundo sabe quién es.

—Así, pues, ¿Dorley está enterado de la existencia de la carta?

—Está enterado de todo acerca de este asunto.

—¿Por qué no fue usted a ver a George S. Alder y le planteó el caso sin ambages?

—Bien se advierte que conoce usted poco a George Alder —dijo ella—. Creo que estaba dispuesto a destruir esta carta. Ya lo hubiera hecho, tal vez, si no hubiese pensado que Pete Cádiz o alguien más tenían conocimiento de lo que en la carta se decía. Lo que yo deseaba era leerla. Me enteré de que George Alder daba una fiesta esta noche y conozco su casa muy bien. Pensé que podría introducirme en ella mientras los invitados estuvieran cenando, deslizarme en el estudio de George, tomar la botella de su escritorio, leer la carta y enterarme de lo que en ella se decía. Usted

probablemente lo ignora, pero Alder tiene el lugar sembrado de señales de alarma. Sólo hay una manera de entrar en la casa sin ser descubierto. Y fue la que usé. Anduve hasta más allá del arenal, desnuda, puse luego mi ropa dentro de una bolsa impermeable, que acomodé a mi espalda y nadé hacia la isla. Llevaba un vestido de noche porque si alguno de los criados me veía me tomase por una invitada de George.

—¿Conoce usted a los criados?

—Naturalmente.

—¿Qué hay acerca del perro? Al parecer, usted no lo conocía.

—El perro desbarató mis planes —dijo ella con amargura—. Algún instinto debió advertirle que yo tomaba algo que no me pertenecía. Fue entrenado como perro de guerra y nunca ha dejado de serlo. Corrine lo adquirió cuando el Ejército terminó con él. Carmen lo entrenó y lo alimentó, y el animal se encariñó con ella; pero George se hizo cargo del perro después de la desaparición de Corrine.

—¿Tiene usted una cámara fotográfica a bordo?

—No. ¿Por qué?

—Deseo fotografiar este documento.

—Tengo una máquina de escribir portátil. Podríamos copiar la carta… Pero ¿por qué desea usted una copia cuando tenemos el original?

—*Usted* tiene el original —dijo Mason—. Para el caso de que yo fuese requerido para contar *mi* historia, quiero estar seguro de poderla contar de una manera fidedigna. Ahora prepare usted su máquina portátil y saque dos copias de esta carta: una para usted y otra para mí.

—¿Y qué debo hacer con la carta autógrafa?

—Devolverla a George Alder, con sus excusas.

—¿Se ha vuelto usted loco?

—Reflexione —contestó Mason—. Saque usted una copia de la carta. Luego comparamos la copia con el original. Más tarde, devuelve usted la carta a Alder, sonriendo dulcemente y diciéndole que sólo deseaba usted leerla, pero que en medio de la batahola se la llevó consigo. Luego usted le pregunta qué intenta hacer con la carta.

Ella reflexionó, en silencio. Finalmente, presa de un brusco

entusiasmo, ella dijo:

—Después de todo, creo que usted no es tan obtuso como eso.

—Gracias —contestó Mason, con vehemencia—. Empezaba a tener mis dudas.

Capítulo 2

La canoa se deslizó silenciosamente hasta el agua.

Dorothy Fenner dijo en voz baja:

—Gracias por todo.

—No hay de qué —contestó Mason.

—Quisiera saber quién es usted.

—¿Por qué?

—Si lo supiera, me sentiría más segura. ¿No conoce usted a George S. Alder?

Mason dijo:

—Todo lo que ha de hacer usted es devolverle esta botella y decirle que un testigo ha visto la carta y tiene una copia de la misma.

Ella replicó en tono de duda:

—A usted le es fácil decir eso. No lo conoce usted.

—¿Lo hará usted?

—No lo sé. Lo pensaré. Creo que quizás si guardo la carta original lo podré tener más agarrado.

—Le aconsejo que lea la ley en lo que se refiere al chantaje —observó Mason—. Sin embargo, no tengo tiempo ahora para discutir con usted. Espero poder llegar a tierra sin ser descubierto. Buenas noches, Dorothy.

—Buenas noches, señor Misterioso Desconocido. Me gustaría que… ¿Se presentaría usted como testigo… en el caso de que lo necesitara?

—¡Quién sabe! —contestó Mason.

Y se alejó.

Mason se inclinó sobre los remos y puso proa a las luces del embarcadero del club de alquiler de canoas.

El ruido de un motor de gran potencia, transmitido por la capa

de aire húmedo que se extendía sobre el mar, se oía de un modo creciente y nefasto…

Mason remó con todas sus fuerzas. La ligera canoa, rozando apenas la superficie del agua, avanzaba rápidamente hacia el embarcadero.

La canoa había sido alquilada para la noche y pagada por anticipado; por lo tanto, Mason sólo tuvo que amarrarla y marcharse.

Con sorpresa, vio que no había ningún empleado de servicio en el embarcadero y aparte del roncar del motor de gran potencia parecía tener toda la bahía para él.

Entonces atravesó a toda prisa el embarcadero flotante, bien encasquetado el sombrero y con el ala baja, y se dirigió rápidamente al lugar donde había dejado su coche.

Della Street, la secretaria particular de Perry Mason, estaba sentada dentro del coche, escuchando la radio. Levantó los ojos y sonrió cuando Mason abrió la portezuela. Cerró la radio y dijo:

—Debes haber hecho todo un viaje.

—¿Telefoneaste? —preguntó Mason.

—Todo —contestó ella—. Luego vine aquí para esperar. Hace casi dos horas que estoy aquí.

—Tuve una aventura —confesó Mason.

—No te enteraste de lo del robo, ¿verdad?

—¿Qué robo?

—Robaron cincuenta mil dólares en joyas de la casa de nuestro amigo George S. Alder.

—¡Diablos! —exclamó Mason.

Ella se echó a reír.

—Pensé que quizás estuvieras metido en ello.

La voz de Mason estaba impregnada de aflicción.

—Sospecho que acaso estuve.

Ella lo miró con sorna.

—Explícate.

—Tú primero —le contestó él.

—Todo lo que sé es lo que oí por la radio hace pocos minutos. Una audaz ladrona llegó nadando a tierra desde un ligero bote que la llevó a la isla y estuvo esperándola en la oscuridad. Como vestía traje de noche, los criados la tomaron por una de las invitadas a la

cena. Fue descubierta sólo por accidente, cuando estaba desvalijando el escritorio del dueño. Saltó por una ventana, corrió hasta la orilla del mar, saltó al agua, vestida, y se puso a nadar. Fue recogida por su cómplice y logró escapar. La policía tiene razones para creer que pudo esconderse en uno de los yates anclados en la bahía. La policía va a acordonar este sitio y ya está bloqueando las carreteras.

—¿Cuándo oíste eso, exactamente?

—Lo anunció la radio hace cinco minutos. Yo estaba un poco preocupada. Pensé que quizá tú podías verte mezclado con esa gente y… bueno, ¿sabes?, evidentemente estaban furiosos.

—¿Alguna pista? —preguntó Mason.

—La policía encontró una toalla y un gorro de baño que la joven dejó en la isla…, y también una bolsa impermeable.

Mason puso en marcha el motor, encendió los faros, hizo retroceder el coche hasta fuera del lugar de estacionamiento, aceleró y avanzó rápidamente.

—Bueno —dijo Della Street—, pareces tomarlo muy seriamente. ¿Qué pasa?

—Lo creas o no —dijo Mason—, *yo* era el cómplice masculino que proporcionó el medio de escapar.

—¡Fuiste tú!

—Exacto. Ella huyó en mi canoa.

Della lo contempló por un momento y luego, de repente, se echó a reír.

—Supongo —dijo— que el propósito de esta ocurrencia es hacer que no me duerma mientras regresamos a la ciudad.

—El propósito de esta afirmación, que tú, erróneamente calificas de ocurrencia, es hacer constar que un hombre nunca debe obrar impulsivamente cuando encuentre a una mujer desconocida.

—¿La encontraste tú?

—Sí.

—¿Dónde?

—Huyendo de la isla con un traje de noche muy fino y casi nada más, perseguida por un perro feroz.

—¿Y qué hiciste?

—Obré por impulso y le dije que subiese a la canoa.

—Bien —dijo Della Street—, puedo comprender el impulso, pero

al menos debías hacerle soltar la mitad de las joyas.

—No se llevó ninguna joya —replicó Mason—. Se llevó una pieza de convicción, pero el hombre de quien se trata es demasiado listo para dejarse atrapar de este modo, por eso alega que ha perdido cincuenta mil dólares en alhajas. Y ya puedes ver en qué lugar me deja a mí eso.

—¿Cómo sabes que no se llevó joyas?

—Pues…, bueno, se quitó la ropa y me dejó registrar el vestido.

—¿En la canoa?

—No, a bordo de un yate que *dijo* era suyo.

—¿Y es ésta la única manera por la que sabes que no se llevó ninguna alhaja?

—Temo que sí.

Della Street emitió unos ruiditos haciendo chasquear la lengua contra el paladar.

—Tendrías que llevarme siempre contigo…, aunque sólo fuera con el objeto de registrar a las mujeres.

—¡Que me ahorquen si no debería hacerlo! —exclamó Mason con vehemencia.

—¿Descubriste algo referente a Alder? —preguntó Della.

Mason soltó una risita y dijo:

—En cuanto a eso, creo que tengo algo.

—¿Qué?

Mason contestó:

—Alder compró esa isla y pagó por ella un precio fabuloso. Quiere tener un castillo feudal completamente suyo. Es de ese tipo. Si sucediera algo que le impidiese controlar cada centímetro cuadrado de esa isla, creo que se volvería loco.

—Pero ¿no le pertenece toda?

—Le pertenece —contestó Mason—, pero cuando dragaron el canal construyeron un muro de contención y amontonaron tierra junto a él. Esto formó un lago de arena semicircular que constituye un saliente hacia el noroeste.

Della Street rio y dijo:

—Naturalmente que yo aprendo leyes de oído, pero ¿la propiedad formada por acrecencia no pertenece al propietario del terreno adyacente?

—Sin duda le pertenece cuando la acrecencia es resultado de

causas *naturales*; pero creo que hay en algún lugar un decreto del Tribunal Supremo que establece que la propiedad formada por actividades gubernamentales como el dragado de un canal pertenece al Gobierno. Pues bien, si el caso es ése y alguien se estableciera en el arenal de la parte noroeste de la isla de Alder y construyera de la noche a la mañana una pequeña choza…, bueno, puedes comprender lo que sucedería. Alder…

Mason se detuvo de repente al ver brillar de pronto una luz roja frente a él. Un policía en motocicleta se acercó al lado del coche y dijo a Mason:

—Póngase en fila tras esos otros coches. Avance despacio.

Había delante una docena de coches y varios policías estaban examinando la documentación y haciendo preguntas.

Mason cambió unas miradas con Della Street, luego avanzó el coche y uno de los policías le dijo:

—¿Puedo ver su licencia y el registro del coche, si me hace el favor?

Mason le mostró los documentos.

—Estuvo usted allá abajo… ¡Oh, oh! Es usted Perry Mason, el abogado…

—Exacto.

El policía sonrió y dijo:

—Perdóneme por haberle detenido, señor Mason. Está bien, siga. Estamos buscando a unos ladrones de joyas. Puede usted dar vuelta a la derecha de esos coches y seguir adelante hasta el final del bloqueo. Siento haberle molestado… Sin embargo, por cuestión de rutina, será mejor que vea quién es la persona que va con usted, porque era una mujer quien…

—Della Street, secretaria del señor Mason —dijo Della Street, entregando al policía su licencia de conducción de coche.

Examinó el documento, la miró, devolvió la licencia y dijo:

—Lo siento, pero tenemos órdenes de revisar. ¿Estuvo usted allá abajo por algún asunto, señor Mason?

—Sólo buscando unos testigos —contestó Mason, sin darle importancia.

Otro coche que venía a mucha velocidad hizo chirriar los frenos ante la luz roja que se reflejó en el parabrisas y un motorista le indicó que se arrimase a un lado de la carretera.

—Bueno —dijo Mason—, hasta la vista.

Y avanzó para pasar el bloqueo.

Ya en la carretera libre, aceleró de nuevo el coche.

—Jefe —dijo Della Street, poniéndose seria de repente—, ¿supones que esa muchacha robó joyas?

—No lo creo.

—¿Pero no lo sabes?

—La miré muy bien, Della. Tenía una botella en la mano derecha, una botella que contenía una nota, la cual, al parecer, había sido arrojada desde la borda del *Thayerbelle*, el yate de George Alder, por una mujer que tenía miedo de ser asesinada y que después fue encontrada muerta.

—¡Jefe! —exclamó Della Street.

—Y —continuó Mason— la observé con mucho cuidado para asegurarme de que no tenía nada oculto.

—¿Examinaste el extremo de sus medias?

—El extremo de sus medias, no —contestó Mason—; pero cuando trepó a la canoa vi un par de piernas muy simétricas, sin ningún feo abultamiento como lo hubieran hecho unas joyas valoradas en cincuenta mil dólares. Un traje de noche mojado deja muy poco, muy poco campo para la imaginación.

—¿Le diste a conocer tu nombre?

—Dorothy Fenner es el nombre que me dio. Dice que es pariente de Corrine, la hermanastra desaparecida desde hace varios meses. Yo no me di a conocer.

—¿De buen ver?

—¡Magnífico!

—¿Figura?

—Estupenda.

Della Street observó:

—Bueno, los hombres siempre serán hombres.

Mason dijo:

—Ahora que hemos pasado el bloqueo de la carretera, te dejaré leer algo.

Sacó de su bolsillo la copia de la carta que había hecho Dorothy Fenner y la entregó a Della Street.

—¿Qué es esto?

—Una copia de la carta que había dentro de la botella. La

muchacha es una buena mecanógrafa. Yo sostuve la lámpara eléctrica y le dicté la carta original. Ella hizo la copia con una máquina de escribir portátil sobre sus rodillas.

Della Street desdobló las páginas, encendió la luz del tablero y leyó con creciente interés. Cuando terminó dijo:

—¡Buen Dios! Jefe, ¿esta carta no hace que tengamos a George S. Alder bien agarrado?

—O bien hace que George S. Alder me tenga bien agarrado a mí.

—¿Quieres decir que todo fue una estratagema?

—Esto es lo que me tiene preocupado como mil demonios —contestó Mason—. Alder sabe que yo represento a ese sindicato. Podía haber hecho la aguda suposición de que yo iría por allí a observar su isla; y después de todo, yo no vi de dónde venía esa nadadora. La primera cosa que supe de ella fue que estaba deslizándose por el agua, luego llegó a la isla, salió a tierra para destacar su silueta contra la luz de aquel letrero que dice «Prohibido el paso» y empezó a secarse con una toalla. No puede imaginarse nada mejor calculado para, atraer la atención de un paseante en canoa.

—¡Y tú con los binóculos! —exclamó Della Street, riendo.

—Yo con mis binóculos y mi maldita curiosidad, cayendo en el lazo. Todo fue perfectamente cronometrado. Después de ser descubierta, la muchacha tuvo la suficiente ventaja para llegar al agua frente a mi canoa antes de que soltaran el perro. El perro casi le mordía los talones. Naturalmente, yo empujé al perro e invité a la muchacha a subir. Era bonita, sencillamente locuaz…, no parecía una ladrona…, y debes reconocer que el encuentro era inusitado.

—Pero —dijo Della Street— tomarías precauciones…

—*Creí* que tomaba precauciones. Llevaba un vestido de noche sin tirantes y debajo de él ni una maldita cosa, excepto un par de medias. Se esforzó por mostrar esa botella de un modo ostensible…, y luego, claro, cuando leí lo que había en la botella, comprendí que aquello me venía muy oportunamente. No puede pedirse una trampa mejor preparada.

—Mejor cebo, querrás decir.

—Es lo mismo.

Permanecieron silenciosos un rato; luego Della Street dijo:

—Y después, George Alder anuncia que ella le robó cincuenta

mil dólares en alhajas y que tenía un cómplice masculino esperándola en un bote. ¿Dónde te deja a ti eso, jefe?

—En el peor lugar. Si hubiera hecho lo que debía hacer, decir a la muchacha quien era yo y persuadirla de que me dejase llevar esa carta…, bueno, esto me hubiera dejado realmente bien situado.

—Pero, tal como están las cosas, ella no sabe quién eres —observó Della Street.

—Si se trata de una trampa, lo sabe —replicó Mason—. En este caso, lo sabía antes de nadar hacia la costa y empezar a secarse con una toalla de baño, la cual abandonó convenientemente para que la policía la encontrase…, y supongo que habrá en esa toalla una señal de la lavandería que permitirá a la policía encontrar la pista de la muchacha.

—¡Oh, oh!

—Exactamente —comentó Mason.

Della Street dobló la copia de la carta y la devolvió a Perry Mason.

—Esta carta es dinamita —dijo.

—Lo es, si es auténtica.

—Me parece a mí como si realmente lo tuvieras a la defensiva —dijo Della Street.

Mason replicó:

—Precisamente quién tiene a quién a la defensiva es una de esas cosas que los acontecimientos tendrán que determinar.

Ella levantó hacia Mason los ojos, con una mirada llena de confianza.

—Tú tienes la habilidad de determinar los acontecimientos —observó.

Capítulo 3

El lunes por la mañana, a las nueve y cinco, cuando Mason entró en su oficina, Della Street, con el dedo sobre los labios, levantó los ojos del teléfono del despacho particular de Mason y dijo a la bocina:

—Sí, señora Brawley, sí, en efecto. ¿Puede usted esperar un momento? Están llamando por el otro teléfono.

Della Street tapó el aparato con la mano y dijo rápidamente a Perry Mason:

—La señora Brawley, la matrona de la cárcel de Las Alisas, tiene una mujer presa, Dorothy Fenner, detenida por sospecha de robo de joyas, quien quiere consultar un abobado y quiere que éste seas tú.

—¡Oh, oh! —exclamó Mason—. Es una trampa, entonces. Sabía quién era yo desde el principio.

—Quizá no lo sabía —objetó Della Street, todavía con la mano sobre la bocina—. ¿Quieres que mande a Jackson allá para que hable con ella? De este modo podrás averiguar si es sólo una coincidencia o…

Mason sonrió.

—Gracias por el salvavidas, Della. Eso es lo que haremos.

Della Street quitó la mano de la bocina y dijo:

—Bueno, no estoy autorizada a hablar por el señor Mason, señora Brawley, pero le diré lo que vamos a hacer, haremos que el señor Jackson, el pasante del señor Mason, vaya a entrevistarse con la señorita Fenner. ¿Dice usted que está detenida por robo de joyas…? Sí… ¡Oh, dentro de media hora, más o menos! Se pondrá en camino dentro de treinta minutos… Sí… Muy bien, gracias. Adiós.

Della Street colgó el teléfono, levantó una ceja y miró a su jefe con aire interrogante.

Mason dijo sombríamente:

—George S. Alder empieza ahora a apretar el tornillo. Así, esa muchacha fue realmente un cebo para la trampa, después de todo.

—¿Es verdaderamente hermosa, jefe?

Mason asintió con un movimiento de cabeza.

—Bien —observó Della Street—, eso es un consuelo. Su belleza será completamente inútil con Carl Jackson. Jackson sólo verá los principios legales relacionados con ella y, por lo demás, la mirará como una lechuza a través de esos gruesos anteojos suyos, guiñando los ojos como tratando de partir la situación en pedacitos para poder introducirlos más fácilmente en su aparato digestivo mental.

Mason se echó a reír.

—Buena descripción, Della. Yo nunca lo había observado antes, pero sí que parece tener miedo de permitirse mirar a una muchacha todo de una vez.

—Tiene una gran fe en los precedentes —dijo Della Street—. Creo que si un día tuviera que enfrentarse con una situación verdaderamente nueva se desmayaría. Corre a sus libros de *leyes*, cava en ellos como un topo y, por fin, sale con algún caso que es lo que él llama «un exacto precedente» y que fue resuelto hace setenta y cinco o cien años.

—Esto hay que concedérselo —dijo Mason—. Siempre encuentra el caso precedente. Es el terror más absoluto de todos esos jóvenes abogados que se toman seriamente tales cosas. Suelta a Jackson en una biblioteca de textos legales y saldrá con un montón de precedentes a favor suyo. Hay tantos pasantes que parecen tener afición a encontrar precedentes muertos, contrarios a lo que el cliente quiere hacer.

Della dijo con malicia:

—Siempre recuerdo lo que dijiste sobre él cuando se casó.

—¿Qué era? —preguntó Mason ligeramente alarmado.

—Una conversación que oí entre Paul Drake y tú.

—¡Ta, ta! No deberías escuchar tales conversaciones, particularmente en un momento como aquél.

—Lo sé —admitió ella—. Es por eso que puse especial cuidado en escuchar. Recuerdo que dijiste a Paul Drake que Jackson se casaba con una viuda porque tenía miedo de cualquier situación para lo cual no pudiese hallar un precedente.

Mason se echó a reír.

—No debiera haberlo dicho, pero probablemente es verdad. Tráelo aquí, Della, y lo pondremos a trabajar con lo de Dorothy Fenner.

—¿Le dirás que trate de juzgar sobre…?

Mason sacudió la cabeza y dijo:

—Le diré que representaremos a esa joven. Sólo quiero que averigüe cómo fue que se puso en contacto con nosotros. Eso es todo.

—Pero ¿supongamos que no fue una trampa? Supongamos que ella no sabía y…

—Y pidiera otro abogado —continuó Perry Mason—. Y luego, en la mitad del proceso, viese por casualidad mi retrato o me divisase en el juzgado y le charlara a su abogado que yo era aquél a quien se habían referido como su cómplice masculino. El abogado correría a los periódicos… ¡Puedes imaginarte qué situación crearía eso! No, Della, estamos en esto y seguiremos hasta el fin. Si no es una trampa, le daremos qué hacer a Alder, y si lo es, saldremos de ella como podamos. Trae a Jackson.

Della Street se levantó de su escritorio, traspuso la puerta rápidamente, atravesó la biblioteca y se dirigió al despacho de Jackson. Unos momentos después regresó, seguida a pocos pasos por Jackson, el de los guiños y las cejas pobladas, que miraba como una lechuza a través de sus anteojos de gruesos cristales.

Mason dijo:

—Siéntese, Jackson. Hay un caso muy interesante en la cárcel de Las Alisas, una joven a quien hemos de representar. Su nombre es Dorothy Fenner. Se la acusa de haberse introducido en la casa de George S. Alder y robado unos cincuenta mil dólares en alhajas. Ahora bien, la defenderemos. Quiero que esto quede bien entendido. La cuestión de los honorarios no tiene especial importancia, pero quiero averiguar cómo fue que pidió que yo la representara.

Jackson parpadeó.

—Luego —añadió Mason— quiero que se le fije una fianza y cuando encuentre usted el juez que ha de fijarla quiero que haga usted la protesta de que los cincuenta mil dólares de alhajas no son más que charla periodística; que es fácil decir cincuenta mil dólares

en números redondos, pero que, con el fin de fijar la fianza, queremos saber exactamente cuáles fueron las joyas robadas; de otro modo, consideraremos que las joyas tenían sólo un valor nominal y que la fianza debe fijarse en una suma completamente nominal.

Jackson movió la cabeza afirmativamente.

—¿Cree usted que puede hacer eso? —preguntó Mason—. Yo… ¿Quiero decir encontrar un juez que investigue la naturaleza y la extensión de lo robado antes de fijar la suma de la fianza?

—Bueno, naturalmente que puedo intentarlo —contestó Jackson —, pero como recuerdo la tesis que se sostuvo en un caso que consta con el número ochenta y dos en los registros de California… A ver, espere un minuto, y se lo diré… No me interrumpa, por favor.

Jackson levantó la mano derecha y empezó a hacer chasquear los dedos. Al tercer chasquido dijo:

—¡Ah, sí, ya lo tengo! En la causa de Williams, número ochenta y dos de los registros de California, creo que en la página ochenta y tres, se estableció que la cantidad de la fianza no ha de depender de la suma de dinero que puede haber perdido una parte u obtenido la otra parte por razón del delito motivo de la acusación, se sostuvo que la fianza ha de depender más bien de la vileza del crimen y del peligro público que resulta de la comisión del delito.

Mason sonrió.

—Precisamente acababa de decir a Della Street lo listo que es usted en desenterrar precedentes que resulten en favor de nuestros clientes más que en contra.

—Bueno, naturalmente —continuó Jackson juiciosamente—, mucho, muchísimo, depende del *carácter* de la joven; y, claro está, de las circunstancias bajo las cuales se alega que ha sido cometido el robo. Para el objeto de establecer una fianza, será necesario dar por sentado que la acusación tiene fundamento.

Mason dijo:

—Váyase allí dispuesto a la lucha y póngase en contacto con el fiscal del distrito que tiene el asunto en sus manos y pídale que eche mano del testigo acusador. Insista en que queremos un alegato específico de lo que fue robado, de cuándo exactamente fue robado y de su valor. Y, ante todo, averigüe si esa joven me llamó a mí a

causa de mi reputación, porque alguien se lo aconsejó o porque cree que me conoce.

—¿La conoce usted? —preguntó Jackson, mirando a Mason con los ojos entornados.

—¿Cómo diablos he de saberlo? Jackson, si se hallara usted en mi lugar, ¿conocería usted a todos los que han formado parte de un jurado, a todos los que han sido testigos en un caso?

—No, señor, no creo que los conociera.

—Yo tampoco creo que usted los conociera —dijo Mason, asiendo algunos papeles—. Lárguese a la cárcel de Las Alisas y póngase de acuerdo con esa Dorothy Fenner. Dígale que no se preocupe. Empiece tan pronto como pueda. Necesitamos acción. Establezca un *habeas corpus* si es necesario.

Cuando Jackson hubo salido, Mason se volvió a Della.

—Hace las más condenadas preguntas.

—¿Sí, verdad? Y en los momentos más inesperados. Entonces uno observa esa actitud impasible suya y esos ojos entrecerrados que contemplan a uno como si fuera una especie de insecto que él estuviera examinando con un microscopio, y difícil es que uno no se pregunte si el tipo es realmente listo o si sólo es inteligente.

Mason echó la cabeza hacia atrás y soltó la carcajada.

—Búscame a Paul Drake, Della. Vamos a poner a trabajar a algunos detectives.

Della Street marcó el número confidencial del teléfono de Paul Drake por la línea privada que tenía Perry Mason en su oficina, después de desconectar la clavija de la comunicación exterior. Al momento dijo:

—¡Hola! ¿Es Paul? Soy Della… ¿Estás muy ocupado? ¿Podrás venir corriendo a la oficina? Está bien. En seguida, ¿eh?

Miró a Mason, levantando las cejas interrogativamente, captó el movimiento de cabeza de su jefe asintiendo y dijo:

—Está bien, Paul. El jefe te estará esperando. Yo te esperaré en la puerta.

Colgó el teléfono y se dirigió a la puerta del despacho particular de Mason que daba al pasillo.

—Viene inmediatamente —dijo.

Paul Drake, jefe de la Agencia de Detectives Drake, tenía sus oficinas al extremo del pasillo, junto al ascensor, y a los pocos

segundos Della Street oyó sus pasos. Tan pronto como la oscura sombra se dibujó sobre el cristal esmerilado de la puerta de salida, Della Street levantó el pestillo y abrió la puerta.

—A tus órdenes —dijo Drake, sonriéndole amistosamente, mientras se instalaba en el gran sillón de gruesos cojines y buscaba su posición favorita: las piernas sobre uno de los redondos brazos del sillón y la espalda apoyada en el otro.

—¿De qué se trata? —dijo lentamente, elevando una rodilla y entrecruzando los dedos alrededor de ella, mientras paseaba la mirada de Mason a Della Street.

—Eres un detective del diablo —le dijo Mason—. Siempre parece que estás a punto de caer hecho pedazos.

—Ya lo sé —dijo Drake—. Es mi disfraz. Bajo este escaso cabello, detrás de estos ojos vidriosos, hay un cerebro que corre como un loco.

—Quizá es por eso que resulta tan condenadamente difícil hacer que te dispares en una nueva dirección —comentó Mason—. Tu cerebro no es más que un enorme giroscopio.

—Conserva la estabilidad —dijo Drake— y me permite absorber grandes cantidades de alcohol.

—¿El alcohol no te afecta? —preguntó Della Street.

—Sólo lo hace marchar más de prisa —le aseguró Drake—. Tendré que cargar a alguien este tiempo que pierdo. ¿Me hicisteis venir aquí para hacerme preguntas sobre mis sesos?

—¡Dios no lo permita! —contestó Mason—. Te necesitamos para que averigües algo sobre un bonito caso de homicidio.

—Los casos de homicidio nunca son bonitos —replicó Drake—, particularmente tus casos de asesinato.

—Este es un magnífico caso de asesinato —dijo Mason—. Afecta a una señorita, Minerva Danby, sin duda un curvilíneo exponente de pulcritud femenina, a quien se supone ahogada, tras haber sido barrida de la cubierta de un yate…

—¿Te refieres al caso Alder? —interrumpió Drake.

—¿Estás enterado?

—Recuerdo algo de ello —contestó Drake—. Lo recuerdo a causa de las grandes cantidades de encubridora pintura blanca que se derramaron sobre todo lo que había a la vista. Los oficiales de la policía parecían competir entre ellos en apoderarse de Alder,

estrechar su mano y enjalbegar de pies a cabeza al muchacho.

—¿Recuerdas alguno de los hechos? —preguntó Mason inocentemente, dirigiendo una mirada subrepticia a Della.

—Bueno —dijo Drake—, ese George Alder es un pez gordo de verdad. Posee un gran yate que es como un trasatlántico en miniatura, todo hecho de madera de teca, caoba, latón y barniz, con teléfonos por todas partes, un bar privado, camareros y todas esas cosas. Posee una gran finca en una isla… ¡Eh! Espera un momento… Ese debe ser el Alder cuya casa fue desvalijada anoche.

—¿Qué hay de eso? —preguntó Mason.

—¡Oh, sólo una noticia en el periódico! Una mujer se puso un vestido de noche, se mezcló con los invitados, se apoderó de cincuenta mil dólares en joyas y se escapó por el mar. Un cómplice masculino estaba allí sentado tranquilamente, tras haber mandado a la muchacha a hacer el trabajo sucio. Cuando ella salió corriendo, él se acercó con la canoa, la recogió y se la llevó para ponerla a salvo. Mientras, por poco los agarran, pues salieron inmediatamente en lanchas motoras. Después la identificaron por medio de una toalla de baño.

Mason dijo:

—Bien, quiero averiguar todo lo que se refiera a Alder; quiero investigar sobre la muerte de Minerva Danby y si tú quieres dejar que diversas y variadas personas se enteren de que se está investigando sobre esa muerte, por mí está bien.

—¿Por los periódicos? —preguntó Drake.

—No de un modo *demasiado* claro —dijo Mason—. Quizás una referencia velada al hecho de que tu agencia está interrogando gente alrededor de la isla Catalina, tratando de determinar hechos adicionales sobre la misteriosa muerte de una joven que, según se declaró, había sido arrastrada por las olas tempestuosas a bordo del yate de un multimillonario… ¿sabes?, esta especie de cosa vaga…

—A los periódicos no les interesa mucho ese género —observó Drake—, pero conozco un par de reporteros que estarán dispuestos a empezar. Eso es si se trata de un asunto que ha de progresar.

—Ha de progresar. Adelante, y empieza tu investigación. Indaga todo lo que puedas.

—Muy bien. ¿Nada más?

—Sigue con atención eso del robo de joyas. Trata de averiguar si

se trataba de eso *realmente*.

—¡Caramba, Perry! ¿Crees que hay alguna probabilidad de que haya sido…?

—No sé —dijo Mason—. Muévete y averigua. Interroga; pon hombres a trabajar; descubre todo lo que puedas referente a Alder. Quiero un cuadro completo.

—¿Cuántos hombres pongo a trabajar en eso? —preguntó Drake.

—Tantos como se necesiten.

—¿Para obtener la información para qué hora?

—Tan pronto como puedas.

Drake dijo:

—Tienes suerte, Perry. Tengo muchos hombres que puedo poner a trabajar ahora. El negocio anda flojo y…

—Que pongan manos a la obra —dijo Mason—. Sólo cuida de que no tropiecen unos con otros o se interponga uno en el camino de otro pero haz que investiguen y que se echen a la calle verdaderamente.

—¿Y no tenemos que hacerlo a la chita callando?

—Por lo que a mí se refiere —contestó Mason—, puedes alquilar una banda de música.

—Está bien —dijo Drake—, esto nos evita mucha molestia. Significa que no necesitamos perder tiempo con precauciones.

—Otra cosa —añadió Mason—. Quiero que me busques la fecha en que murió Minerva Danby. Luego revisa los registros en Los Merritos. Encontrarás que en aquel tiempo había una mujer sometida a tratamiento en aquella institución. Esta mujer no podía decir concretamente quién era; sufría una especie de amnesia y, al parecer, no tenía parientes. Además, averigua sobre Corrine Lansing: su edad, figura, color de ojos y todo eso. Entérate de lo que puedas sobre su desaparición. Es hermanastra de George Alder. En todo caso, recoge todos los datos y hazlo rápidamente.

—Muy bien. ¿Nada más, Perry?

—Quiero un trabajo completo sobre Alder. Quiero saber todo lo que pueda de él. Si adolece de algún punto débil, quiero información sobre ello. Esto es, de cualquier parte vulnerable de su coraza.

Drake se levantó del sillón.

—Perfectamente, Perry. Voy a trabajar.

Mason esperó hasta que Drake hubo salido; luego se volvió a Della Street.

—Ponte en comunicación con la compañía de seguros; diles que quiero que pongan una fianza dentro de poco en ese caso de Dorothy Fenner; diles que se informen tanto como quieran sobre Dorothy Fenner, pero que yo responderé de cualquier fianza que se haga y que quiero que estén en disposición de ponerla rápidamente cuando llegue el momento.

Della Street se acercó al teléfono.

—Será mejor que hables con el gerente personalmente —dijo Mason—. Dile que le agradeceré una acción rápida en esto.

—Le diré que es un favor *personal* —dijo ella.

—Nada de pullas —advirtió Mason.

—No fue una pulla, fue una ocurrencia.

Della Street empezó a marcar el número.

Capítulo 4

Jackson carraspeó, depositó su cartera sobre la mesa y empezó a sacar papeles metódicamente.

—¿Obtuvo usted que se fijara la fianza? —preguntó Mason.

Jackson dijo:

—Quizás será mejor que se lo explique por orden cronológico y le diga exactamente lo que sucedió. Yo…

—¿Obtuvo usted que se fijara la fianza?

—Todavía no. El juez Lankershim tiene el asunto en estudio.

—¿Tener en estudio un asunto de fianza? —preguntó Mason, incrédulo.

—Bueno, el juez insinuó que fijaría una fianza de veinticinco mil dólares en el caso de que se le pidiera una decisión inmediata. Quería consultar con el fiscal del distrito e insinuó que haría una considerable reducción en la suma de la fianza en el supuesto de que creyera que sería lo suficiente seguro hacerlo así. Dijo que se ocuparía del asunto a las cuatro de esta tarde, inmediatamente después de haber terminado la orden del día.

Mason consultó su reloj.

Jackson dijo:

—Fui a la cárcel de Las Alisas y discutí el asunto con esa joven. Lo conoce a usted sólo por su reputación y nunca lo ha visto. Quiere tener el mejor abogado disponible, pero, como es bien usual en las personas que piden lo mejor, sus recursos económicos son limitados. Sin embargo, en vista del hecho de que se me había advertido decisivamente que admitiríamos el caso, no discutí con ella el asunto de los emolumentos de ningún modo, sino que simplemente intenté asegurarme de sus condiciones financieras.

»Al parecer, tiene poco dinero. Es una experta mecanógrafa, taquígrafa y secretaria y está empleada con un buen sueldo. Tiene

unos ocho o nueve mil dólares que quedan de una póliza de seguros que su madre adquirió a su favor. Es una gran entusiasta del deporte náutico y posee un pequeño yate, conoce a los deportistas náuticos y, al parecer, es muy popular entre ellos. Su propio yate le costó relativamente poco, lo compró de lance en…

—Eso no importa —dijo Mason—. ¿Qué hay referente al caso?

—Insiste en que no robó ninguna alhaja. No explica la presencia de la toalla de baño, el gorro de baño y una bolsa impermeable en el lugar del delito. Parece que no puede presentar una coartada. Estaba a bordo de su yate a la hora del robo. Cuenta una historia muy peculiar sobre alguien que fue a bordo de su yate durante su ausencia y robó algo de su pertenencia. Insinúa, sin hacer una acusación directa, que el señor Alder sabe algo de eso. Dice, además, que cuando pueda comunicarse con cierto hombre misterioso, cuyo nombre no puede o no quiere divulgar, espera poder probar algo bastante grave contra el señor Alder, pero no puede establecer la naturaleza exacta de esa acusación. Es muy extraño lo que dice de que ese hombre misterioso es un abogado. Está segura de que él la ayudaría, pero o bien no conoce su nombre o dice que no lo conoce. Naturalmente, ha oído hablar mucho de usted e insiste en que necesita el mejor abogado que pueda conseguir. Tiene relación personal con George S. Alder y parece tenerle mucho miedo. Deseo hacer constar francamente que no me siento impresionado favorablemente por esa joven. A mi juicio, obra como si fuera culpable. Sin embargo, siguiendo sus instrucciones, le dije que usted la representaría. Quiere hablar con usted personalmente. Temo que yo no le causé una impresión muy favorable y debo confesar que la falta de confianza era mutua. Su relato está muy lejos de ser un dechado de integridad.

—¿Estará ella en el juzgado esta tarde a las cuatro?

—El juez Lankershim no dijo nada de que ella hubiera de estar. Pidió que un representante de este bufete y uno del fiscal del distrito se reúnan con él para discutir el asunto.

—¿Quién se ocupó del caso por el fiscal del distrito?

—Vincent Colton.

Mason miró a Della Street.

—¿Cómo es ella físicamente, Jackson? ¿Bonita?

Jackson reflexionó un momento, parpadeó meditativamente y

dijo:

—Creo que sí, señor Mason —como si la idea acabara de ocurrírsele.

—¿Cree que puede hacer buena impresión sobre un jurado?

Jackson de nuevo dirigió la idea con lenta, parpadeante consideración.

—Creo que puede.

—¿Y Vincent Colton quería un aplazamiento de la cuestión?

—Insinuó que podría aclarar la posición del fiscal del distrito a última hora de esta tarde.

—¿Cree usted que esa joven haya tenido algún conocimiento directo de nuestro bufete? ¿Es simplemente cuestión de…?

—De que quiere lo mejor. Ha oído hablar mucho de usted y… bueno, al menos está deseosa de intentarlo. Naturalmente su idea de la remuneración probablemente no está de ningún modo proporcionada al trabajo requerido. No discutí este aspecto del asunto.

Mason echó una ojeada a su reloj y dijo:

—Perfectamente, corro para allá. Les veré a ustedes más tarde. Della, ¿puedes esperar que yo telefonee antes de irte a casa?

Ella asintió con la cabeza.

—Gracias, Jackson —dijo Mason.

—En tales asuntos —dijo Jackson con rígida solemnidad— me siento a veces completamente inadecuado. Es particularmente embarazoso cuando uno es un perfecto experto en todas las fases de la ley, encontrarse con un profano que adopta una posición de…, bueno, francamente, señor Mason, de duda.

—Ciertamente es así —dijo Mason—. Muy bien, yo me encargo de ello ahora, Jackson. Olvídese del asunto.

El suspiro de alivio que exhaló Jackson fue claramente audible.

—Pensándolo bien, señor Mason —dijo—, ahora que usted ha mencionado el asunto, realmente ella es lo que puede llamarse atractiva. Una especie de rubia, con un cutis muy bonito y…

—¿Buena figura? —preguntó Della maliciosamente.

—¡Oh, Dios mío, eso no podría decirlo! —contestó Jackson—. En realidad, es con algún esfuerzo que recuerdo el color de sus ojos y de su pelo, pero la impresión general, la impresión que por encima de todo produciría en un jurado diría yo que había de ser

favorable, destacadamente favorable.

Mason dijo:

—Bien, yo me encargo de eso. Aquí hay algo en que puede usted empezar a trabajar, Jackson. Según *yo* entiendo la ley, cualquier aumento de una propiedad debido a la acrecencia y causada por los elementos pertenece al propietario.

—Sí, señor. Hay docenas de sentencias…

—Pero cuando se trata de una acrecencia causada por alguna actividad gubernamental como la construcción de una escollera o el dragado de un canal, la acrecencia queda propiedad del Gobierno, en cuyo caso puede ser arrendado por un ciudadano.

Se marcaron pliegues en la frente de Jackson.

—Bueno, veamos, déjeme considerarlo. Esta es una distinción algo delicada. Temo, señor Mason… ¡No, por Dios! Espere un momento… ¡Tiene usted razón! El caso que estableció el precedente es el de ciudad de Los Angeles contra Anderson, en el 206 California. En ese caso creo que se trataba de un terreno que se formó adyacente a una escollera del Gobierno. No puedo tener la certeza de que podría aplicarse a alguna otra actividad gubernamental como el dragado. Sin embargo, el principio parece ser el mismo.

—Estúdielo —dijo Mason—. Quiero una base en qué apoyarme. Hágalo tan sólido como pueda.

—Sí, señor. Y ¿debo entender que usted se encarga de ese asunto de la fianza? Sería extremadamente enojoso que…

—Me encargo de él —contestó Mason—. Usted sólo concéntrese en el problema de la acrecencia debida a actividad gubernamental.

Mason tomó su sombrero, se dirigió a la oficina del director de Las Alisias, consiguió un pase y telefoneó a la matrona.

—Quiero ver a Dorothy Fenner —dijo—. Soy Perry Mason.

—¡Ah! El señor Jackson de su despacho estuvo aquí esta mañana. Habló con ella.

—¿Sí, eh? —dijo Mason—. Bueno, hablaré con ella yo mismo.

—Está bien. La haré bajar a la sala de visitas. Ha… ha estado llorando.

—Eso es bonito —dijo Mason—. Trataré de animarla un poco.

—Creo que se siente bastante deprimida.

—Bien, la veré a usted en la sala de visitas.

El abogado subió en el ascensor, exhibió su pase y esperó hasta que la matrona trajo una Dorothy Fenner de ojos hinchados a la sala, una sala con una larga mesa en medio de la cual había una sólida reja que dividía la pieza en dos salas separadas.

—Venga por aquí, querida. Aquí está el señor Mason. Quiere hablar con usted —dijo la matrona.

Dorothy Fenner se acercó a la reja con aire aturdido; luego, de pronto, miró con atención y sorpresa.

—¡Cómo! Usted es…

—Perry Mason —interrumpió el abogado—. Y encantado de conocerla, señorita Fenner.

—Pero lo que quiero decir es que usted es…

—Perry Mason —de nuevo interrumpió Mason significativamente.

—¡Oh! —dijo ella.

Y se sentó como si sus piernas se doblaran.

La matrona sonrió, le dio unas palmaditas a la espalda para tranquilizarla y dijo:

—¿Cómo van las cosas, señor Mason?

—Perfectamente —contestó Mason.

—Avíseme cuando haya terminado —dijo la matrona.

Y se retiró a una distancia desde la cual no podía oír. Dorothy Fenner levantó la cabeza y observó a Mason a través de la reja, con ojos incrédulos.

Miró por encima del hombre para asegurarse de que no podía ser oída y luego dijo en voz baja:

—¿Por qué… por qué no me lo dijo usted?

Mason contestó:

—¿No comprende usted mi posición? Usted estaba cometiendo un acto ilegal.

—¿Qué va usted a hacer ahora?

—La primera cosa que voy a hacer —contestó Mason— es sacarla a usted de aquí bajo fianza, pero quiero saber exactamente lo que sucedió.

Ella dijo:

—Creo que fui un poco loca, señor Mason. No hice lo que usted me dijo que hiciera. Me hallaba en una situación difícil, pero no estaba dispuesta a ir a ver a George Alder. Pensé que hablaría con

Pete Cádiz del hallazgo de la botella. Quería tener tiempo para reflexionar.

—Entonces, ¿qué hizo usted?

—Oculté aquella botella —contestó Dorothy— donde creía que nunca podría ser hallada.

—¿Dónde?

—Dentro del depósito de agua dulce de mi yate. Desatornillé el tapón del depósito y metí la botella adentro.

—¿Y luego qué?

—Luego fui a tierra para tomar el tren interurbano hasta la ciudad, sintiéndome muy satisfecha de mí misma.

—¿Tiene usted automóvil?

—No. Mi único lujo es el yate. Adoro el deporte náutico. En total, me cuesta mucho menos mantener ese yate de lo que me costaría un coche y…

—Está bien —interrumpió Mason—. ¿Qué sucedió?

Ella dijo:

—Me detuve en un pequeño restaurante para desayunar, ayer por la mañana, leí los periódicos y me enteré de lo que Alder decía: que alguien se había introducido en su casa y le había robado cincuenta mil dólares en joyas y… bueno, de pronto, comprendí que me tenía en su poder. Fue lo suficiente listo para no decir absolutamente nada sobre la pérdida de la botella que contenía la carta, sino que simplemente denunció que yo había entrado con el fin de robar alhajas. Y, naturalmente, como una tontuela, sin tener deseos de ser atrapada en tal embrollo, me había dejado descubrir. Y entonces comprendí que usted era mi única esperanza, porque usted…, naturalmente que yo no sabía entonces quién era usted…, podía jurar que yo no me había llevado ninguna alhaja de la casa.

—Así, ¿qué hizo usted? —preguntó Mason.

—Pues bien, ya demasiado tarde decidí seguir su consejo. Volví al yate, resuelta a coger esa botella con la carta y…

—¿Había puesto usted de nuevo la carta dentro de la botella?

—Sí. Del mismo modo que la encontré. Tapada con el corcho y todo.

—Está bien. ¿Qué sucedió?

—Bueno, cuando volví al yate la botella había desaparecido. Me sentí como herida por un rayo. No podía creer que fuera posible.

Busqué y busqué, luego vacié el tanque hasta la última bendita gota de agua y miré adentro con la lámpara eléctrica. La botella había desaparecido.

Mason dijo:

—Se las ha de haber usted con un individuo sagaz, Dorothy. Él sabía quién tenía la botella. Simplemente, esperó que usted se marchase a tierra y luego fue a bordo y empezó a registrar el yate. Evidentemente, es un buen conocedor de los yates y, como tal, se imaginó los lugares donde una cosa como esa podía ocultarse. De modo que ahora tiene la botella y la carta y dispone también de suficientes pruebas contra usted para poder acusarla de asaltar su casa. ¿No es así?

—Así lo creo, sí… Yo…, supongo que debí dejar huellas digitales. Como una boba, no me puse guantes… ¡Oh! ¡Qué lío es esto!

Mason movió la cabeza afirmativamente.

—Bueno —dijo ella—, hay una cosa. Usted puede testificar lo que yo declare y ahora podemos decir la verdad. ¡Oh, me siento tan tranquilizada, y tan contenta de verlo a usted, señor Mason! Me preguntaba cómo podría ponerme en contacto con el único hombre en el mundo que puede afirmar que no me llevé esas joyas…

—Calma, calma —dijo Mason—. No puede usted hacerlo de esta manera.

—¿Por qué no?

—Porque si ahora contamos esa historia, parecerá que intentamos fabricar pruebas para tratar de forjar una acusación contra Alder. Todo el mundo se reiría de nosotros por no ser capaces de inventar una mentira mejor que esa. Tanto más cuanto que yo me mostré interesado por esa carta que había en la botella y luego dejé que usted se la quedara y la metiera en el depósito de agua, de donde alguien podía robársela, y todo lo que podemos exhibir es una copia a máquina de lo que *pretendemos* que era la carta… No, querida, temo que no podemos hacer eso.

—Entonces, ¿qué *podemos* hacer?

Mason sonrió y dijo:

—¿No oyó usted nunca la historia del norteamericano que fue a un país extranjero y se metió en un lío con un mañoso comerciante?

—No. ¿Qué pasó?

Mason dijo:

—Es un caso legal clásico. El comerciante reclamó al norteamericano una gran suma de dinero que pretendía haberle prestado para empezar una aventura comercial. El norteamericano acudió a un abogado, se lamentó amargamente y se mostró decidido a presentarse ante el Tribunal y jurar que aquélla era una completa falsedad. El abogado escuchó atentamente el relato del norteamericano, sonrió benignamente y le dijo que él lo arreglaría. Imagínese usted la sorpresa del norteamericano cuando se celebró el juicio ante el tribunal extranjero. El comerciante se presentó y juró que había prestado al norteamericano aquella suma de dinero y luego presentó cinco testigos; dos de ellos juraron que habían visto el dinero prestado al norteamericano y otros tres testificaron que el norteamericano les había dicho que había pedido prestado el dinero a aquel comerciante y que esperaba poder devolverlo de los beneficios.

—¿Y qué pasó? —preguntó Dorothy, interesada.

—El abogado del norteamericano ni siquiera interrogó a los testigos y al norteamericano casi le dio un ataque —dijo Mason—. Su abogado le explicó que en aquel país era muy fácil encontrar testigos dispuestos al perjurio por una consideración razonable. El norteamericano veía caerle encima la ruina. Luego llegó su turno de defenderse y el abogado llamó cortésmente a siete testigos cada uno de los cuales declaró que sabía que el norteamericano había pedido prestado dinero a aquel comerciante, pero que había presenciado cómo lo devolvía hasta el último céntimo.

Una ligera sonrisa apareció en los labios de Dorothy.

—¿Y cuál es la moral de esa historia, señor Mason?

—No es «moral», sino «inmoral» —contestó Mason—. Quiere decir que hay ocasiones en que uno tiene que combatir al diablo con fuego.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Por el momento se trata de lo que no hacemos. No vamos corriendo al juzgado y decimos todo lo referente a la botella. No mostramos la copia que hicimos de la carta. Ojalá hubiéramos tenido una cámara fotográfica para poder fotografiar aquel documento. De este modo nos hallaríamos en una situación enteramente distinta. Pero no la teníamos, y así estamos o mejor

dicho, aquí está usted.

—Pero, señor Mason, ¿no ve usted lo que él hizo? El…, ¡vamos! si lo dejamos que siga con esto, si lo dejamos que nos coloque en esa situación, yo habré perdido mi prueba, ya no podré decir nunca nada sobre ello más tarde, y… y ¡buen Dios!, yo *sí* penetré en su casa y puede acusarme de un delito y…

—Déjelo usted en mis manos —dijo Mason—. No estoy del todo seguro de que su amigo George S. Alder no haya de sufrir algo como una fuerte impresión cuando se entere de que yo la represento a usted. Manténgase firme, Dorothy. Puede usted hallarse fuera de aquí a la hora de comer.

—¿A la hora de comer, señor Mason? ¡Cómo! Aun cuando un juez diese orden de admitirme una fianza, mis recursos económicos son…

Mason interrumpió:

—A mí me toca mucho directamente, eso. Si no hubiera sido por…, bueno, ya ve usted ahora lo que pasó. No me era posible hacer nada allí el sábado por la noche sin que pareciera que estábamos realizando algún plan, fuese para urdir o para robar pruebas, y ambas cosas serían malas para mí.

—¡Oh, si al menos yo hubiese ido a encontrar a Alder, tal como usted me dijo! Pero creí que yo sabía mejor lo que debía hacer. Si hubiese sabido quién era usted, hubiese seguido su consejo sin vacilar.

—Bueno —dijo Mason—, ahora estamos en el jaleo y veremos cómo nos salimos de él.

—¿Qué va usted a hacer?

Mason dijo:

—Voy a usar un poco el ingenio, como primera providencia, y quizás un poco de baladronada. La primera cosa que hará usted es salir en libertad bajo fianza. Lo segundo que haremos será citar a George S. Alder y dar la noticia de que queremos su declaración. Y luego lo tendremos preocupado.

—¿Pero usted puede hacer todo eso? —preguntó ella.

—Podemos intentarlo —dijo Mason—. ¡Animo, Dorothy! La veré más tarde.

Mason hizo seña a la matrona indicando que la entrevista había terminado.

Capítulo 5

El juez Lankershim escuchó pacientemente las conclusiones de un prolijo abogado y dijo:

—No se admite la alegación contra los motivos de litigio. Diez días para contestar.

Miró el reloj y observó:

—Con esto termina la orden del día. Ahora tenemos un asunto que he aplazado hasta esta hora. Se trata de la cuestión de la fianza en el caso del pueblo contra Fenner.

Vincent Colton dijo:

—Estamos dispuestos a discutir el asunto por el fiscal, Señoría.

El juez Lankershim explicó:

—El señor Jackson, del bufete del señor Mason, estuvo… ¡Oh, veo que el mismo señor Mason se halla aquí! ¿Está usted dispuesto a empezar, señor Mason?

—Si, Señoría.

—Veamos, ¿cuál es el problema? —preguntó el juez Lankershim —. Parece que una joven es acusada de robo. A lo que entendí por el modo como el señor Jackson me expuso la situación, es absolutamente improbable cualquier intento de huida por su parte. Tiene dinero en el Banco, posee un yate y…

—Y el dinero del Banco puede ser retirado de hoy a mañana — objetó vivamente Colton—. El yate es una pequeña y vieja embarcación, de valor muy dudoso. Esa joven no tiene antecedentes criminales, que yo sepa, pero hay el hecho innegable de que penetró en esa morada durante la noche, se mezcló con los invitados a una cena y robó unos cincuenta mil dólares en joyas. Permitirle salir de la cárcel bajo fianza nominal sería simplemente darle libertad para depositar la fianza de cinco o diez mil dólares, vender las joyas y obtener un beneficio de cuarenta mil.

—Eso es una tontería —dijo Mason.

—Un momento, señor Mason —intervino el juez Lankershim—. Tendrá usted oportunidad para exponer su caso. Continúe, señor fiscal del distrito.

—Esto casi resume la situación —dijo Colton—. Nuestro departamento cree que éste es un caso en el que la fianza debería ser al menos cuantiosa como el valor robado.

—¿No ha sido recobrado por la policía nada de lo robado?

El juez Lankershim meditó un momento, luego miró a Perry Mason por encima de sus gafas.

—Bueno, señor Mason, ¿cuál es su punto de vista de la situación? Creo que ya conozco casi todas sus opiniones. El señor Jackson me hizo una exposición completa del caso cuando me habló en la sala de justicia. El señor Colton dijo que necesitaba tiempo para reunir algunas pruebas más.

Mason dijo:

—En primer lugar, no creo que fueran robadas joyas por valor de cincuenta mil dólares. No creo que fuera robada ninguna joya.

—Comprendo —replicó Colton, sarcásticamente—. El señor Alder, ciudadano establecido y bien reputado, se dedica a presentar falsas acusaciones contra personas inocentes. ¿Es ésa la intención de usted?

—Se sorprenderá usted probablemente —contestó Mason— de saber que tal es mi intención. Me gustaría que el señor Alder hiciera una lista de los objetos de joyería que pretende le han sido robados.

—Ya le dije que preparara esa lista —dijo Colton.

—¿Y que después se la sometiera a usted?

—Si.

—¿Bajo juramento?

—Esto no es necesario. Prestará declaración cuando se presente ante el tribunal.

—¿Dónde está él ahora?

—En mi despacho, haciendo la lista.

Mason dijo:

—¿Cuánto tiempo supone usted que necesitará para hacerla?

—Bueno, había bastantes cosas.

—Sólo me gustaría saber cuáles son algunas de esas cosas —dijo Mason—. Me gustaría que demostrase de un modo preciso de dónde

saca esa cifra de cincuenta mil dólares.

—*Lo* demostrará a su debido tiempo.

—Su debido tiempo es ahora mismo, si es que quiere tratar de impedir que a esa joven se le imponga una fianza razonable.

Mason se volvió y se dirigió al juez.

—Señoría, tenemos allí a una joven distinguida y de posición, y creo que si su Señoría la viese comprendería inmediatamente que debe haber algún mal entendido, sin duda alguna. Todavía no he hablado con ella lo suficiente para conocer todos los hechos de la defensa. Tengo entendido que la única prueba que la relaciona con el delito es una toalla de baño que tiene la marca de su lavandería, hallada cerca de la casa. Es evidente que cualquier persona capaz de robar cincuenta mil dólares en joyas podría robar una toalla de baño. También dudo mucho de que fuese robada tal cantidad de joyas. Creo que la víctima hizo un cálculo rápido al denunciar el robo a la policía, y me atrevo a decir que si el señor Colton quisiera telefonear a su despacho en este momento se encontraría con que el señor Alder no solamente halla grandes dificultades para preparar la lista, sino que ni siquiera puede mencionar una sola alhaja de las que pretende que le han sido robadas.

—¡Oh, eso es absurdo! —exclamó Colton.

Mason dijo:

—¿De qué sirve molestarse en hacer declaraciones escritas? Tenemos al juez aquí, dispuesto a escuchar la cuestión. Si, como usted dice, Alder está en su despacho en este momento, ¿por qué no hacer que suba en el ascensor y se presente?

—Y si dice que fueron robados cincuenta mil dólares en joyas ¿estará usted de acuerdo de fijar una fianza de cincuenta mil dólares?

Mason contestó:

—Coloque usted a su hombre aquí sobre el estrado de los testigos. Hágale la pregunta bajo juramento. Deme la oportunidad de hacerle una o dos preguntas para aclarar la situación. Si entonces dice que le fueron robadas alhajas por valor de cincuenta mil dólares, aceptaré que la fianza sea de cincuenta mil dólares. Convengamos también en que si dice que fueron robadas diez mil dólares en joyas, la fianza será de diez mil, y si dice que las joyas robadas tenían un valor de mil dólares, la fianza será de mil

dólares, y si dice que no fue robada ninguna alhaja, se pondrá en libertad provisional a la acusada, sin fianza.

—Si dice que no fue robada ninguna alhaja —contestó Colton con ironía—, no solamente dejaré que sea puesta en libertad provisional a la acusada, sin fianza, sino que sobreseeré el caso.

—Muy bien, tráigalo —dijo Mason.

—¿Puedo usar el teléfono, Señoría?

—Adelante. Hable por el teléfono de mi despacho —contestó el juez Lankershim.

El fiscal del distrito se dirigió al despacho del juez. El juez Lankershim miró con algo de sorna a Perry Mason por encima de sus gafas.

—Veo que se encarga usted del asunto personalmente, señor Mason.

Mason asintió.

—Su pasante Jackson hizo una exposición de la ley muy inteligente —dijo el juez Lankershim.

—Me alegro de que así fuera, Señoría. Voy a intentar hacer una exposición de los hechos igualmente adecuada.

Los ojos del juez Lankershim centellearon.

Vincent Colton volvió a la sala del tribunal y dijo:

—El señor Alder subirá en seguida.

—¿Le preguntó usted si tenía esa lista? —preguntó Mason.

Colton contestó con dignidad:

—Le dije que trajera la lista para leerla.

—Quiero que este testimonio conste en el informe.

—Constará —dijo el relator.

—Y quiero una copia —dijo Mason.

—Sacaré una copia —lanzó Colton.

Esperaron unos momentos y luego se abrió la puerta y un hombre flaco, con los labios apretados, vistiendo un traje gris, entró en la sala del tribunal con aire de tranquila y competente autoridad.

—George S. Alder —anunció Colton—. Adelántese y preste juramento, señor Alder, y ocupe el estrado.

Alder miró a su alrededor con sus agudos ojos grises, debajo de unas cejas rectas, luego los posó con cierta curiosidad en Perry Mason, levantó la mano derecha y prestó juramento.

—Siéntese usted ahí en el estrado de los testigos —dijo Colton

—. ¿Tiene usted una lista de las alhajas que le fueron sustraídas?

—Tengo una lista parcial. Encuentro que es un poco difícil confiar en mi memoria para esas cosas. Realmente, preferiría volver a casa y hacer un inventario completo a fin de estar seguro.

—Bien. ¿Puede usted decir al tribunal de un modo general, cuál es el valor de las joyas sustraídas?

—Dije que aproximadamente era de cincuenta mil dólares y no veo ninguna razón para variar esa cifra —dijo Alder, dirigiendo una mirada rápida a Perry Mason y luego mirando otra vez a Colton.

—¿Está usted *completamente* seguro de que fueron sustraídas joyas por valor de cincuenta mil dólares?

—Bueno —dijo Alder—, yo, naturalmente, hago un cálculo aproximado… Todavía no he hecho un inventario completo y, además, naturalmente, depende de si se trata del precio de mayorista o de detallista. Pero diría que fueron sustraídas alhajas por valor de cincuenta mil dólares aproximadamente.

—Creo que eso es todo —concluyó Colton, triunfalmente.

—Sólo un par de preguntas —dijo Mason.

—Muy bien. Interrogue, señor Mason —dijo el juez Lankershim —. Esto parece ser un asunto de rutina y estamos haciendo mucho alboroto con él. Veamos si podemos solucionarlo. A mí me parece que cincuenta mil dólares de fianza es mucho, pero si tal cantidad fue robada…, naturalmente, ésta es la estipulación establecida.

—Muy bien —dijo Mason—, estoy dispuesto a cumplir el trato; pero quiero hacer un par de preguntas.

—Hágalas —autorizó el juez Lankershim.

—¿Esas alhajas estaban aseguradas? —preguntó Mason con naturalidad.

—¿Qué tiene que ver eso con el caso? —preguntó Colton.

—Simplemente esto —contestó Mason—: que si las alhajas *están* aseguradas habrá entonces un inventario, con los valores, adjunto a la póliza de seguro, y eso puede ayudar a la memoria del señor Alder.

—Comprendo. No hay objeción.

Alder afirmó:

—La mayor parte de mis joyas están aseguradas, sí.

—¿No tiene usted una póliza de seguro general para todos los riesgos que lo cubra completamente todo?

—Pensándolo bien, creo que sí, pero las joyas que asegura esa póliza constituyen un diez por ciento de la cuantía de la póliza, creo.

—¿Y cuál es la cuantía de la póliza?

—Cien mil dólares.

—Muy bien, entonces hay diez mil dólares de joyas. ¿Tiene usted otra póliza de seguro, específicamente de sus alhajas?

—Sí, señor.

—¿En la cual consta la lista de los objetos?

—Bueno, de algunos de ellos.

—Está bien —dijo Mason—. Ahora, dígame usted *una* alhaja, sólo *una*, fíjese bien, que esté asegurada por esa póliza especial y que haya sido sustraída de su casa en ese robo.

—Yo…, ya le dije que tenía que hacer un inventario.

—Sólo *una* —repitió Mason, levantando el índice para subrayar el número uno—. Sólo una alhaja asegurada por esa póliza.

—No creo que pueda hacerlo de repente.

—Está bien —dijo Mason—. Ahora, dígame una alhaja que fuera robada y que no estuviera asegurada por esa póliza.

—Bueno, en primer lugar, hay un reloj de pulsera.

—¿De qué marca?

—Un reloj suizo muy caro.

—¿Cómo sabe usted que fue robado?

—No lo he visto…, parece que falta.

—Está bien. Entonces ese reloj de pulsera está asegurado por la otra póliza, ¿no? ¿En el diez por ciento del total?

—Sí, creo que es así.

—Entonces —dijo Mason—, va usted a reclamar a la compañía de seguros el valor de ese reloj de pulsera en el caso de que la policía no lo recobre, ¿no es así?

—Bien, supongo que sí. Tengo muchas ocupaciones. No había pensado…

—Sí o no —insistió Mason—. ¿Va usted a reclamar a la compañía de seguros?

—¿Qué tiene que ver eso con el caso? —intervino Colton.

—Sólo esto —afirmó Mason—: si ese reloj de pulsera no fue robado y este hombre hace una reclamación a la compañía de seguros, será culpable de perjurio y de obtener dinero bajo falsos

pretextos, y creo que él lo sabe. Por lo tanto, no habrá ninguna declaración falsa relacionada con una reclamación sobre una póliza de seguro. Ahora, pues, señor Alder, usted ha jurado. Quiero que nos mencione usted una joya determinada que haya sido sustraída. Sólo una, cualquiera.

—Bien…, yo vi a esa persona, esto es, fue descubierta cuando intentaba robar algún objeto de mi escritorio, y yo… yo fui allá y abrí el compartimiento cerrado donde guardo mis joyas y…, bueno, eché una ojeada a la caja y estimé que faltaban una gran cantidad de alhajas.

—¿Dónde adquirió usted esas alhajas?

—La mayor parte las heredé de mi madre, después de la muerte de mi padre. Esto es, eran parte de la propiedad de mi padre. Eran las joyas de mi madre.

—¿Y las suyas?

—Reloj de pulsera, gemelos, un alfiler de diamantes, un anillo de rubíes…

—Bueno, entonces —dijo Mason—, no tendremos ninguna dificultad; hagamos la lista de esas cosas. Veamos, el alfiler de diamantes ha desaparecido, el anillo de rubíes ha desaparecido, el…

—Yo no dije que habían desaparecido.

—¿Están incluidos en la póliza de seguros?

—Así lo creo, sí.

—Bueno, ¿han desaparecido o no han desaparecido?

—No lo sé. Ya le dije que no he hecho un inventario detallado. Eché una ojeada a la caja de las joyas y estimé que faltaban alhajas por valor de unos cincuenta mil dólares.

—Cincuenta mil dólares —observó Mason— significa una buena cantidad de joyas.

—Sí, señor.

Alder se humedeció los labios y miró al fiscal del distrito, como pidiendo auxilio.

—¿Cuántas joyas había en esa caja?

—Muchas.

—¿Aseguradas?

—Sí, señor.

—¿Por qué cantidad estaban aseguradas?

—Por cincuenta mil dólares.

—¿Este era su valor?
—Sí, señor.
—Entonces debieron ser robadas todas, puesto que le faltan joyas por valor de cincuenta mil dólares.
—Bueno, no faltaban todas. Yo…, *ya* le dije que no hice un inventario.
—¿Por qué no? —preguntó Mason—. ¿No le convenía a usted hacer un inventario?
—Ciertamente —interrumpió el juez Lankershim—, debió usted hacer una revisión con el fin de averiguar lo que faltaba, señor Alder.
—Bueno, no revisé todo lo que había allí. Estaba excitado y…, bueno, eso fue, estaba excitado.
—Ahora no está usted excitado, ¿verdad? —preguntó Mason.
—No.
—Bien, díganos lo que faltaba.
—No tengo aquí la caja de las alhajas.
—¿Estaba usted excitado esta mañana antes de ir al despacho del fiscal del distrito?
—Naturalmente que sufría el disgusto de ver que alguien en quien confiaba había desvalijado mi casa.
—¿Cuán profundo era el disgusto?
—Un gran disgusto.
—¿Tan grande que no podía usted concentrarse para hacer una lista de las joyas?
—Bueno, estaba excitado, sí.
—Así, cuando dijo usted al fiscal del distrito que le habían robado por valor de cincuenta mil dólares en joyas, ¿estaba excitado?
—No comprendo qué tiene eso que ver con el caso.
—Estaba usted tan excitado que no pudo hacer un inventario de las alhajas que faltaban. ¿No es así?
—Bueno, puede usted decirlo así.
—Yo no lo digo así —observó Mason—, *usted* lo dice. Yo simplemente trato de resumir su testimonio. Ahora bien, ¿no es muy posible que cuando usted dijo que eran cincuenta mil dólares pensase en la cifra de la póliza de seguros y…?
—Supongo que quizás sea así, quizás fue eso lo que pasó.

—Ahora, en el momento presente, usted no juraría que fueron sustraídas joyas ni siquiera por valor de diez mil dólares, ¿verdad?

—Mire —dijo Alder, encolerizado—, esa joven penetró en mi casa; estaba ante mi escritorio; la caja de mis joyas estaba abierta. Alguien abrió la puerta y la sorprendió. Uno de los invitados empezó a preguntarle qué estaba haciendo allí y la mujer agarró esa botella, corrió hacia la ventana y…

Alder se detuvo repentinamente.

—¿Qué botella? —preguntó Mason.

—La botella que contenía las joyas —contestó Alder, coléricamente.

—¿Guarda usted sus joyas en una botella?

—No lo sé. No, claro que no, pero a algunos de los testigos que la vieron saltar por la ventana les pareció como si hubiera metido las joyas dentro de una botella o algo así. Tenía planeada la huida y supongo que no quería perder las joyas al nadar. No lo sé. Todo lo que sé es que algunos de los invitados vieron una botella.

—¿*Usted* no vio a la joven?

—No de cerca. La vi correr después de haber saltado por la ventana. Solté el perro. Si la hubiese atrapado, hubiéramos sabido cuántas eran las joyas que se llevó y ese despreciable cómplice suyo.

—No tiene necesidad de enojarse por esto —dijo Mason—. Simplemente estamos tratando de enderezar la cuestión. Por lo que se refiere a usted, no sabe ni siquiera que fuese robado un valor de dos mil dólares en alhajas, ¿verdad?

—Bueno, yo creo…

—Ni siquiera *sabe* usted que fuese robado un valor de mil dólares en joyas.

—Yo no *sé* que fuese robado nada —dijo Alder con enojo—. Yo eché una mirada a aquella caja abierta y me pareció que faltaban muchas cosas.

—Pero cuando usted dijo cincuenta mil dólares, estaba pensando en el hecho de que las alhajas estaban aseguradas por cincuenta mil dólares. Estaba usted excitado y por eso dijo que le habían robado joyas por valor de cincuenta mil dólares. ¿Es así?

—Bueno, ésa puede ser la explicación.

—¿No ha hecho usted ninguna reclamación a la compañía de

seguros?

—No, señor.

—Y, en realidad —dijo Mason señalando a Alder con el dedo—, no piensa usted hacer ninguna reclamación a la compañía de seguros, ¿verdad?

—No veo que eso tenga nada que ver con el caso y no creo que esté yo obligado a permanecer aquí sentado para que se me intimide —dijo Alder.

Mason se dirigió al juez Lankershim.

—Ya lo ve, Señoría. Yo estoy dispuesto a cumplir el trato. Si él hubiese dicho que le habían robado por valor de cincuenta mil dólares, el tribunal hubiera fijado la fianza de cincuenta mil dólares. Resulta que no puede decir que le hayan robado nada. En cuyo caso el fiscal del distrito convino en que mi cliente sería puesta en libertad provisional sin fianza y que sobreseería el caso, y…

—No tan aprisa, no tan aprisa —interpuso Colton—. Hay mucha diferencia entre intimidar y confundir a ese testigo y…

—No me gusta esta palabra, intimidar —dijo Mason—. Este hombre es un comerciante. Conoce sus derechos. Yo simplemente le pido que haga ante este tribunal una declaración directa, positiva e inequívoca. Tiene miedo de hacerla. Tiene miedo de mencionar una alhaja determinada y jurar que esa mujer robó esa alhaja, porque sabe que no puede probarlo. Una cosa es decir a los periodistas y a la policía que ha perdido cincuenta mil dólares en joyas y otra cosa es probarlo.

—Pero ¿por qué motivo un hombre ha de querer declarar que ha perdido alhajas por valor de cincuenta mil dólares, si no las ha perdido? —preguntó el juez Lankershim, perplejo—. No nos hallamos aquí ante el caso de un individuo que busque publicidad y quiera ver su nombre en los periódicos.

—Porque —contestó Mason—, por razones suyas, quería que se encarcelase a la acusada.

—¿Se da usted cuenta, señor Mason, de que ésa es una acusación muy grave?

—Me doy cuenta de que es una acusación muy grave —contestó Mason—, y hasta tal punto me doy cuenta de ello que puedo advertir a este tribunal y al señor Alder que la acusada, Dorothy

Fenner, va a demandarlo por difamación y luego voy a tomarle declaración, y cuando lo tenga sobre el estrado de los testigos voy a desafiarlo a que presente alguna prueba del robo de una sola alhaja. Además, insistiré en que los representantes de la compañía de seguros vayan a su casa a hacer el inventario de las joyas que quedan y lo comprueben con los objetos mencionados en la póliza de seguros.

Mason dejó de hablar y se produjo un silencio tenso y dramático.

Este silencio fue interrumpido al fin por Colton, quien dijo:

—Eso me suena como si el señor Mason tratase de amenazar al testigo.

—Bien, escúcheme otra vez y verá que sólo trato de proteger a mi cliente contra una impostura.

—Todo este asunto es absurdo —dijo Alder—. El sábado por la noche yo estaba excitado y ayer por la mañana estaba contundido. No me imaginaba que ningún abogado iría a intimidarme…

—Ha empleado usted esta palabra varias veces —lo interrumpió el juez Lankershim—. Este tribunal no ha de permitir que nadie intimide a usted, señor Alder, pero este tribunal le hará a usted una pregunta. ¿Está usted dispuesto a que un representante de este tribunal vaya a su casa y revise el contenido de su cofre de las alhajas comparándolo con el inventario que se hizo para el seguro?

—¿Cuándo?

—Ahora.

—No sería conveniente ahora. Tengo otros compromisos.

—Muy bien. Entonces, fije usted la hora.

Hubo un intervalo de silencio y luego Alder dijo:

—Iré a mi casa y haré yo mismo ese inventario. Soy un ciudadano respetable. No hay necesidad de todo ese aparato. Uno diría que soy yo el ladrón… Ya parece que sea el acusado.

El juez Lankershim apretó los labios.

Hubo otro silencio.

—¡Oh, bueno! —dijo el juez Lankershim—. Admitiré de la acusada una fianza de veinticinco mil dólares.

Mason recogió su cartera y se volvió hacia la puerta mientras el juez Lankershim se levantaba de su sillón.

—Oiga, ¿qué significa eso? —preguntó Colton a Mason con

expresión de curiosidad—. ¿Sabe usted algo sobre ese robo que yo no sepa?

—Pregúnteselo a Alder —contestó Mason.

Colton soltó una risa áspera.

—No crea que no vaya a hacer esto precisamente —dijo.

Alder dejó el estrado de los testigos, tratando al parecer de evitar tanto a Colton como a Mason.

Colton, de pronto, se volvió hacia él.

—No se vaya, señor Alder —dijo—. Quiero que vuelva usted a mi despacho, quiero hablar con usted.

—Tengo otros asuntos —replicó Alder, crispado—, algunas citas.

—No creo que sean tan importantes como esta cuestión —le dijo Colton—. Es mejor que arregle usted esto mientras tenemos ocasión de hacerlo.

Mason dijo al escribano del tribunal:

—Si quiere usted hacerme una copia del atestado de la orden del juez, me ocuparé de hacer dar la libertad bajo fianza a mi cliente.

Colton dijo a Alder, con una inclinación de cabeza:

—Por aquí, señor Alder.

Capítulo 6

Perry Mason sonrió a la matrona y dijo a Dorothy Fenner:

—Bueno, Dorothy, prepare sus cosas. Puede marcharse para su casa.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó ella, sobresaltada.

—Va usted a salir de aquí —contestó Perry—. El juez Lankershim le acepta una fianza por valor de veinticinco mil dólares y una compañía ha puesto el dinero.

—Pero… pero esta compañía de fianzas debe pedir dinero como garantía o algo por el estilo.

—Tengo un arreglo con ellos —dijo Mason alegremente—. Tome sus cosas y márchese para su casa. ¿Dónde vive usted? Podría llevarla hasta su casa.

—Vivo en el hotel de departamentos «Monadnock».

—Voy a estar muy ocupado —dijo Mason—. Metimos pie en los periódicos. Nadie esperaba ver fuegos artificiales. Nos presentamos en el Tribunal e hicimos pasar a Alder diez minutos muy malos.

—¿Dijo él algo acerca de…?

Mason lanzó una significativa mirada hacia la matrona y dijo:

—Empezó a hacer salir al gato del cesto y luego trató de zafarse…

La matrona, riendo, dijo:

—No se preocupe, señor Mason. Lo que oigo, por un oído me entra y me sale por otro. Lo mejor que puedo hacer es salir un momento. ¿Tiene usted el certificado de la fianza y la orden de libertad?

Mason le entregó los papeles.

—Perfectamente —dijo la matrona—. Volveré cuando estén listos para salir. Ahora, si ustedes me lo permiten, voy a atender otro asunto…

La matrona salió.

Dorothy, rápidamente y con voz angustiada, dijo:

—¿Se dijo algo acerca de la carta?

—Nada —contestó Mason—. Él se excitó y dijo algo acerca de una botella; luego pasó en seguida a afirmar que usted tenía una botella para llevar en ella las joyas.

—Por valor de cincuenta mil dólares, supongo —dijo ella, amargamente.

—Bueno —contestó Mason haciendo una mueca—, dicha cantidad ha sido materialmente cercenada. A Alder no se le ocurrió que la compañía de seguros podía estar interesada en esto. Y luego yo solté una bomba manifestando que entablaríamos proceso por difamación. No me sorprendería que usted tuviera noticias de Alder en el sentido de que quiere arreglar las cosas.

—¿Y qué he de contestarle?

—Dígale precisamente esto: «Entiéndase con mi abogado». Eso es todo. ¿Se acordará usted?

—Sí.

—Los periodistas se pondrán en contacto con usted —prosiguió Mason—. Deseo que les diga que usted no se encuentra en disposición de hacer ninguna declaración. ¿Se acordará de esto? ¿Puedo confiar en usted?

—Pero, señor Mason, ¿qué vamos a hacer ahora? ¿Cómo rescataremos la prueba que representa la carta metida dentro de la botella? Tengo la impresión de que todo esto que estamos haciendo nos lleva al punto de partida.

—Hemos llegado a esto —dijo Mason— por no haber hecho usted lo que le dije. Sin embargo, no se preocupe demasiado por la prueba ahora. Alder se encuentra a la defensiva, y no creo que le guste encontrarse en esta posición. ¡Vámonos!

—¿Dónde estará usted? —preguntó ella—. ¿Podré comunicarme con usted más tarde, esta noche…, si ocurre algo?

—Si sucediera algo realmente importante —contestó Mason—, llame a la agencia de detectives Drake. Se trata de una agencia de detectives que tiene sus oficinas en el mismo edificio donde está instalada la mía y en el mismo piso. Están a mano derecha, al salir del ascensor. Pregunte por Paul Drake, quien sabe lo que debe hacer para enviarme un mensaje; pero no llame a menos que se trate de

algo muy importante, y no permita que nadie le saque ninguna declaración. Emplearán toda clase de trucos, pero usted ha de saber esquivarlos.

Tomando la mano de Mason con las dos suyas, Dorothy dijo:

—Señor Mason… usted… Yo no puedo… —Su voz era ahogada y tenía los ojos arrasados en lágrimas.

—Está bien, está bien… —dijo Mason—. Espere tranquila y compórtese como si no hubiese ocurrido nada.

—Pero…, señor Mason —dijo ella, enjugándose las lágrimas—, de todos modos… aquella carta…

—Deje que me cuide de todo esto —dijo Mason.

—Pero no comprendo cómo puede usted…, a menos que yo declare…

—Manténgase completamente tranquila —aconsejó Mason—. No diga nada a nadie. Ahora iremos a buscar a la matrona, saldrá usted en libertad y, después de pasar por la ciudad, la dejaré en su departamento.

Capítulo 7

Mason encontró a Della Street en su despacho particular.

—Bueno —dijo Della—, ¿qué ha sucedido?

Mason soltó una risita.

—Alder tuvo que dar *alguna* explicación a sus invitados. Dijo que el desconocido ladrón se había introducido en su casa y había robado joyas por valor de cincuenta mil dólares. Para entonces no sabía que Dorothy Fenner había dejado una toalla, una gorra de baño y una bolsa impermeable en su finca, cerca del letrero iluminado; a causa de eso embelleció el robo con detalles fantásticos. Después, para consternación suya, la policía encontró la marca de la lavandería y detuvo a Dorothy. Naturalmente, Alder está un poco desconcertado. Cuando yo le indiqué que todas sus joyas estaban aseguradas, y que la compañía de seguros esperaría de él que hiciese una reclamación de la pérdida —y él sabía perfectamente bien que la compañía de seguros no dejaría de sospechar—, bueno…, empezó a perder sus bríos rápidamente:

Della Street dijo:

—Un visitante te espera en la antesala, jefe. Dijo que estaba dispuesto a esperar hasta que se cerrara la oficina, sin importarle el tiempo.

—¿Quién es? —preguntó Mason.

—El señor Dorley H. Alder.

Mason lanzó un débil silbido.

—Se limitó a decirme que tenía que verte esta noche.

Mason, entrecerrando los ojos pensativamente, prestó al asunto toda su consideración y luego dijo:

—Me interesa saber a qué hora llegó, Della. Deseo saber si fue antes o después de que George Alder empezó a advertir que se había metido en un avispero.

—Debe haber sido antes. Ha estado esperando desde las cuatro y cuarto.

—Descríbelo, Della.

—Por lo que a su aspecto se refiere es fácil describirlo, pero en cuanto a su carácter ya es harina de otro costal. Es un hombre de unos sesenta y cinco años, bien vestido, bien conservado, de espesas cejas y pelo gris. Pero hay algo en ese hombre que impresiona…, bueno, no con fuerza, eso no. Impresiona sin que uno apenas lo advierta. No se trata precisamente de benevolencia, sino de un poder dulce…, de algo que está en sus maneras y en el acento de su voz.

—Vamos a echarle una ojeada —dijo Mason—. Parece ser un hombre interesante.

—Definitivamente —contestó Della Street—. El hombre es interesante, pero no es el títere de nadie, y apostaría cualquier cosa a que ésta es la primera vez que espera durante tanto tiempo en una antesala.

—Está bien —dijo Mason—. Hazlo pasar.

El abogado se sentó ante su mesa, acercó hacia él algunas cartas que Della Street había dejado sobre el escritorio para que las firmara y dijo:

—Cuando él entre, estaré firmando la correspondencia. Es la cosa convencional que cabe hacer, ¿sabes?, aparecer atareado.

—Lo mejor que podrás hacer es firmar estas cartas —dijo Della, riendo—, porque quiero echarlas al correo esta misma noche. Ahora lo haré pasar.

Mason estaba firmando la última de las cartas cuando Della Street abrió la puerta y dijo:

—Haga el favor de pasar, señor Alder.

Mason secó la firma, tapó luego su estilográfica y levantó los ojos para encontrarse con la fija mirada de unos ojos grises sobre los cuales se arqueaban unas espesas cejas.

—Señor Alder —dijo Mason, levantándose y alargando la mano.

Alder estrechó la mano de Mason sin sonreír. Una chispa brilló durante unos momentos en sus ojos, dulcificando la mirada, y luego ésta volvió a ser aguda, dura y escrutadora.

Era un hombre robusto y fuerte, y en reposo su rostro era de rasgos acusados, los cuales, junto con sus ojos de mirar agudo,

daban una impresión de calma y de fuerza equilibrada.

Dorley Alder se instaló cómodamente en el gran sillón de los clientes, que pareció llenar completamente.

El gran sillón de cuero era una de las armas psicológicas más sutiles de Mason. Los cojines eran gruesos y blandos. Los clientes que se sentaban en ellos se sentían inclinados a descansar físicamente y, al hacerlo, a olvidarse de su guardia, o bien, en asuntos más urgentes, adelantaban el cuerpo hasta sentarse en un borde del sillón, como si temiesen hundirse en él.

Mason había establecido un sistema de fichas en las cuales constaba la manera cómo sus clientes se sentaban en el sillón. Algunos trataban de huir de las realidades del mundo sumiéndose en sus profundidades; pero había algunas personas, pocas, que se sentaban cómodamente y llenaban con sus cuerpos todo el sillón. Dorley Alder era uno de esos.

—Creo que deseaba usted verme para un asunto de mucha importancia —dijo Mason.

—Señor Mason, ¿conoce usted nuestra compañía, la *Alder Asociates Incorporated*?

—He oído algo acerca de ella —contestó Mason, con sequedad.

—¿Tiene usted conocimientos acerca de su organización?

—¿Desea usted consultarme sobre eso?

—No exactamente —dijo Dorley Alder—, pero no deseo perder tiempo contándole cosas que usted ya sepa.

—Considere que no sé nada —contestó Mason.

La mirada de los ojos grises se endureció.

—Eso representaría un insulto contra su inteligencia y contra la mía, señor Mason. Usted representa a un sindicato que es propietario de una gran cantidad de terreno lindante con el nuestro.

Mason callaba.

—Y hemos sabido —prosiguió Alder— que el sindicato está deseoso de firmar un contrato petrolero, pero la compañía perforadora no seguirá adelante en sus trabajos a menos que pueda también controlar nuestro terreno. Nosotros no solamente hemos rehusado unir nuestras propiedades con las de su sindicato a los efectos del contrato, sino que, francamente, hemos manejado las cosas para obligar a sus clientes a vender sus propiedades por una parte de su valor. Un empujón financiero por un lado, una pequeña

presión política por otro… Bajo tales circunstancias, señor Mason, pensar que usted ignora completamente la naturaleza de nuestra pequeña corporación sería un reflejo de sus habilidades como abogado, pero a ello se opone mi perspicacia.

—Prosiga usted —dijo Mason, sonriendo agriamente—. La fiesta la da usted. Cuando guste, empiece a servir refrescos.

Un destello de humor brilló en los ojos de Dorley Alder. Había algo casi hipnótico en la calmosa cadencia de su voz.

—Supongo, señor Mason, que usted debe haber estudiado el asunto, que debe haber buscado sus puntos débiles y que tal vez ha hallado alguno. Como usted seguramente debe saber, el real control de la corporación está en manos de mi sobrino, George S. Alder. George es relativamente un jovenzuelo, señor Mason, y yo soy un hombre que pasa de los sesenta. Doy por establecido que usted está enterado de las condiciones en que mi hermano dejó las acciones de la corporación.

—¿La actual sociedad posee todas las acciones? —preguntó Mason.

—Todas —contestó Dorley.

—Muy bien —dijo Mason—. Prosiga.

—Corrine Lansing, la hermanastra de George, disfrutaba, naturalmente, de un interés igual.

Mason hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Corrine desapareció.

Mason volvió a asentir con la cabeza.

—Dadas las circunstancias —dijo Alder—, mientras siguen los trámites de algunos expedientes, se nos ha advertido que la muerte de Corrine no será establecida legalmente hasta transcurridos siete años.

—Sin comentarios —dijo Mason, sonriendo—. Tengo bastantes quebraderos de cabeza aconsejando a mis propios clientes para meterme a controlar las opiniones de otros abogados.

—Naturalmente —prosiguió Alder—, eso es válido en el caso de que meramente se trate de una desaparición inexplicada. Pero si hallamos circunstancias que abonen la evidencia de una muerte efectiva, el asunto presenta otro cariz.

—Tengo la casi seguridad de que usted no desea consultarme acerca de eso —dijo Mason.

Dorley dijo:

—Estoy sencillamente esbozando una situación.

—Siga adelante con el esbozo.

—En el caso de que Corrine viva aún, la situación, en lo que se refiere al control de la compañía, puede cambiar de una manera drástica. En la actualidad, dentro de la compañía yo soy meramente un accionista minoritario por lo que a votos hace referencia. Si Corrine viviese, creo tener derecho a suponer que ella tal vez vería las cosas como yo.

—¿Se refiere usted a algo concreto, señor Alder? —preguntó Mason.

Dorley contestó:

—Señor Mason, tanto usted como yo somos hombres de negocios. ¿Por qué no hablar francamente?

—Quien tiene la palabra es usted. Yo estoy escuchando francamente.

Dorley Alder sonrió y dijo:

—¿Para qué esta pequeña farsa, señor Mason, esta historia acerca de las joyas robadas? Esto está bien para el público, pero para nosotros, para usted y para mí, la situación es distinta.

—¿En qué estriba la diferencia?

—Tengo razones para creer que Dorothy Fenner entró en la casa. Creo que entró en ella con el propósito de apoderarse de una carta. Estoy muy interesado en esta carta.

—¿Hasta qué punto está usted interesado en ella?

—*Completamente* interesado.

—¿Qué sabe usted exactamente acerca de esa carta? —preguntó Mason.

—Sé que una carta fue hallada por un vagabundo de las playas. Sé que esa carta había sido escrita a bordo del *Thayerbelle*. Estoy enterado de que fue escrita por Minerva Danby, una mujer que cayó al mar desde la cubierta del referido yate y se ahogó durante una corta pero furiosa tempestad.

—¿Y qué más desea usted saber? —preguntó Mason.

—Desearía saber más; mucho más, acerca del contenido de esa carta.

Mason examinó al hombre que tenía delante pensativamente.

—¿Desea usted conocer el contenido de la carta o simplemente

saber si yo estoy enterado de lo que dicha carta dice?

—Deseo conocer su contenido.

—Suponiendo que el contenido era significativo, ¿qué ventaja representaría para mí comunicárselo a usted?

—Dispondría usted de un valioso aliado.

—En este asunto —dijo Mason, sonriendo—, lo difícil es decir si uno se procura un aliado o simplemente está armando a un enemigo en la retaguardia.

—Le doy a usted mi palabra, señor Mason… y siento mucho cariño por Dorothy Fenner.

Mason sacó de su bolsillo la copia de la carta que hizo Dorothy a bordo del pequeño yate y, sin decir palabra, la tendió a Dorley Alder.

El anciano casi estrujó la carta al tomarla, afanoso. Empezó a leer rápidamente, recorriendo las líneas con los ojos. Al terminar, se puso la carta sobre las rodillas y su mirada se clavó, absorta, en la pared que tenía delante. Luego dijo en voz baja:

—¡Cielos!

Mason se inclinó hacia adelante y, aprovechándose de la preocupación de Dorley Alder, tomó la carta que éste había dejado sobre sus rodillas, la dobló y se la puso de nuevo en el bolsillo.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Dorley Alder, como hablando consigo mismo—. Había sospechado algo, pero nada como eso…, nada que pudiera parecerse a eso.

—¿Ha sido un golpe para usted? —preguntó Mason.

—George es un muchacho raro…, un muchacho muy raro, señor Mason. No permitirá que nada se interponga en su camino. Cuando ha decidido obrar de una determinada manera, creo que sacrificaría su propia vida o la de quien fuera para alcanzar su propósito. Señor Mason, debo ver el original de esta carta.

—Lo siento, pero es imposible.

—¿Por qué es imposible?

—De la carta se sacó una copia, pero el original ha desaparecido.

Una oleada de súbita rabia descompuso a Dorley Alder.

—¡Gran Dios! ¿Está usted tratando de jugar conmigo, señor Mason?

—Le digo que ésta es una copia sacada de la carta que estaba

dentro de la botella.

—¡Tonterías!

—Una copia exacta —añadió Mason.

—¿Cómo sabe usted que se trata de una copia exacta?

—Puedo asegurárselo.

Dorley Alder dijo:

—Temo que ha sido usted engañado por su cliente o que trata de engañarme a mí. Yo… No, Mason, lo siento. Salí de quicio porque sufrí una amarga decepción. Creía que el original de la carta estaba en su poder o que la tenía su cliente. Disponía de fundados motivos para creer que era así.

—Esta es una copia —dijo Mason.

—¿Quién afirma tal cosa?

—Mi cliente.

—¡Bah!

Mason prosiguió:

—Y otro testigo que comparó la copia con el original, un testigo cuyo nombre no estoy autorizado a revelar en este momento.

El rostro de Dorley Alder se iluminó.

—¿Quiere usted decir que existe un testigo, desinteresado que puede garantizar la fidelidad de esta copia?

—Sí.

—Eso es diferente —dijo Alder.

—Del todo diferente —aseguró Mason.

—¿Sabe George que la carta fue copiada?

—No lo creo.

—¿Puede sospecharlo?

—Sí.

—¿Procuró George recobrar la carta?

—Hay indicios de que sí.

Dorley Alder permaneció silencioso durante algunos segundos; luego, volviéndose hacia Mason dijo:

—Señor Mason, deseo que no se enfrente usted con George Alder. Deseo que su cliente no se mezcle en este asunto. Estoy particularmente interesado en ella. Si George sospecha que ella tiene una copia de la carta…, bueno…, para su seguridad, en interés de su propia vida, creo que ha de tomar medidas para protegerse. Está bajo custodia ahora y…

—Ya no lo está —dijo Mason—. Fue puesta en libertad bajo fianza hace una hora.

—¿De veras?

—Así es.

—¿Y dónde se encuentra en estos momentos?

—En su departamento, creo.

Dorley Alder se incorporó de las profundidades del sillón y dijo a Mason:

—Aparte a Dorothy del camino de George Alder, y manténgase usted mismo al margen. Guarde la copia de la carta. Tendrá noticias mías dentro de uno o dos días. Recuerde lo que le he dicho, señor Mason. Se ha procurado usted un valioso aliado.

—Un momento —dijo Mason—. Desearía hacerle una o dos preguntas.

—¿Cuáles?

—¿Cómo se enteró usted de la existencia de la carta dentro de la botella?

—Francamente, lo que sabía me lo dijo mi sobrino, George S. Alder. Empezó a hacerme confidencias, pero luego cambió de parecer. Me enteré de lo suficiente para saber que dicha carta existía. Deseé saber más acerca de la misma. Pregunté a Dorothy si había oído algo sobre la tal carta. No sabía nada. Esperé que mi pregunta despertaría en ella la idea de interrogar a Pete Cádiz. ¿Y su segunda pregunta, señor Mason?

—¿Por qué teme tanto a George?

—No le temo.

—Usted ha insistido para que me mantenga apartado de él y que…

—¡Oh, eso!

—Sí, eso.

—Bueno, señor Mason… Yo, personalmente, no le temo. Cuando se le contraría tiene terribles estallidos de cólera. Cuando Corrine desapareció, tras su crisis de desesperación, temí que ello había sido causado en parte por haber discrepado de él. El voló a América del Sur para que ella firmase algunos documentos. Opino que ella al principio rehusó, luego se negó a verlo y… bueno, *ya* conoce usted el resto… Francamente, creo que él no perdonó nunca a la pobre muchacha enferma que no accedió a sus demandas. Sin embargo,

quizá he contestado a esta segunda pregunta con demasiada extensión. Debo marcharme…, en seguida.

Dorley saludó con una inclinación de cabeza a Della, estrechó la mano a Mason, se volvió hacia la puerta del corredor y dijo:

—¿Puedo salir por aquí?

Mason asintió con la cabeza.

—No diga a nadie que he estado aquí —dijo Dorley Alder—. Nada a nadie.

Se dirigió a la puerta de salida, la abrió y salió sin volver la cabeza, pero procurando mantener la dignidad y el aspecto imponente de su presencia conservando erguidos sus hombros y espalda.

Tras haberse cerrado la puerta, Mason y su secretaria permanecieron silenciosos durante unos segundos.

—¿Bueno? —dijo Della, al fin.

Mason contestó:

—Llama a Dorothy Fenner por teléfono, Della. Dile que tengo mucho interés en que se mantenga alejada de George Alder y que, por ahora, no reciba a Dorley Alder.

Della Street frunció las cejas.

—Todo lo que Dorley Alder tenga que decir a Dorothy —explicó Mason— debe ser dicho a través de mí. No sé si lo habrás observado, Della, pero el hombre tuvo cuidado en decir que todas las acciones estaban en la compañía.

—¿Y…?

—Carmen Monterrey posee diez acciones que no están dentro de la compañía.

Después de unos momentos de reflexión, Della preguntó:

—¿Y esas diez acciones pueden ser importantes?

—Pueden ser condenadamente importantes, Della.

—Así, pues, no hemos obtenido ningún aliado, jefe.

—Eso lo sabremos a su debido tiempo —contestó Mason.

—¿Cuándo?

—Muy pronto —contestó Mason, soltando una risita.

Capítulo 8

La llamada en la puerta del departamento de Dorothy Fenner era queda e insistente; había algo casi de excusa en el suave y continuo: toc…, toc…, toc…, toc…, toc…

Dorothy Fenner fue hasta la puerta, la abrió con violencia y, con acento irritado, dijo:

—Quiero que los periodistas telefoneen antes de aporrear mi puerta. He estado…

De pronto, se detuvo, presa de un cierto temor.

—¿Puedo pasar? —preguntó George Alder.

Incapaz de hablar, continuaba de pie a un lado de la puerta abierta.

—¿Los periodistas han estado aquí? —preguntó el.

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

—Está bien —dijo él.

—Siéntese —lo invitó ella.

—Cierre la puerta, por favor.

Ella dudó durante un instante, luego dio vuelta a la perilla y puso el seguro.

Era un departamento pasado de moda, con muebles también pasados de moda, pero tenía una cierta holgura y los techos eran elevados. La obra de carpintería y los muebles eran de color oscuro, lo cual, durante el día, hacía que reinase allí un ambiente sombrío y deprimente, pero por la noche proporcionaba una atmósfera de suave respetabilidad.

Alder dijo:

—Bueno, ¿cuáles son las condiciones?

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó ella.

Alder se sentó en una silla de respaldo recto, cerca de la mesa. Había algo en su actitud que hacía pensar que se hallaba pronto a

sacar su carnet de cheques y su estilográfica.

—Soy un tonto —dijo él.

Ella contempló a George Alder con manifiesta hostilidad al darse cuenta del nuevo rumbo que tomaba la situación.

—¿A qué se debe ese brusco remordimiento? —preguntó ella.

—No se trata de remordimiento, sino de negocios —contestó él.

—Todo asunto de negocios debe ser discutido con mi abogado Perry Mason.

—No sea tonta.

—¿Qué hay de tonto en esto?

—Él es un hombre rico. Gana más dinero él en un día que usted en un mes.

—¿Qué tiene que ver eso?

—Estoy dispuesto a portarme de una manera decente y razonable. Toda esa publicidad en los periódicos le ha perjudicado. Probablemente debe usted haber perdido su empleo. La compensaré por el perjuicio que le he causado, pero no hay ninguna razón para que *usted* pague a Perry Mason con *su* dinero.

—¿Lo pagará usted?

—No sea necia. No soy tan estúpido como eso. Estoy dispuesto a entregar a usted una indemnización. Pero que me ahorquen si ayudo a un abogado con mi dinero.

Ella empezó a moverse hacia el teléfono. Pero, pensándolo mejor, se detuvo.

—Usted es una muchacha que trabaja —dijo él—. Sea sensata. No lo ha sido mucho hasta ahora.

Ella avanzó hacia él y se sentó en el brazo del sillón, con un brazo sobre el respaldo del mismo, el otro dejado caer indolentemente y la pierna derecha cruzada sobre la rodilla izquierda. Una estrella del cine siendo entrevistada para una revista habría tomado esa actitud, la cual hubiera sido de una gran eficacia. Dorothy Fenner la había ensayado, le gustaba y la había adoptado para cuando se presentara la oportunidad. Había una cierta indolencia en su actitud, un aire de espontánea soltura que la favorecía.

—Dejémonos de historias y pongamos algunas cartas sobre la mesa —dijo Alder.

Ella no contestó; miraba a Alder con ojos escrutadores.

—Si Minerva Danby —dijo Alder— escribió aquella carta, es absolutamente falsa. Francamente, no creo que la escribiera. Creo que es un amaño. Creo que es parte de un engaño o de una trampa para que alguien pueda preparar un chantaje.

Dorothy Fenner siguió sin cambiar de posición.

—Sin embargo, cuando aquella botella vino a mis manos y leí aquella sorprendente carta, deseé disponer de tiempo para reflexionar y para investigar. Inicié una investigación acerca de aquella historia de Los Merritos. Es absolutamente falsa del principio al fin. Y, créame usted, aquella noche no vi a Minerva Danby. En realidad, no comprendo aquella carta.

Alder hablaba con fuego ahora, tratando evidentemente de convencer a la joven. Dorothy Fenner se daba cuenta de que el callar era lo mejor que podía hacer. Se limitaba a mirar a Alder, dándole a entender que lo estaba escuchando, temerosa de hablar para que él no advirtiera que las cartas que ella tenía no eran tan buenas como él había temido, interesada ahora en comprobar hasta dónde iría aquel hombre y en saber qué proposición estaba dispuesto a hacer. Después de todo, nada malo podía acarrearle escuchar. Podría comunicarse con Perry Mason *después* de haber escuchado lo que Alder tenía que decir.

—Es la verdad —dijo Alder, tratando de que ella diese fe a sus palabras—. Me entretuvieron en la ciudad. Tenía la intención de regresar al yate a las ocho de la noche, pero no llegué sino hasta las once. Di órdenes al capitán para que zarpara, sin prestar mucha atención al tiempo que reinaba. Al cabo de media hora, una terrible tempestad de viento se abatió sobre el yate. Yo estuve en el puente con el capitán casi toda la noche. Le pregunté acerca de Minerva Danby. Me dijo que se encontraba en uno de los camarotes y que se había acostado. Bueno, ya sabe usted lo que sucedió. Por la mañana, la esperé para tomar el desayuno juntos. Al ver que no acudía, mandé un camarero a su camarote. El camarote estaba vacío y nadie había dormido en la cama. Por un momento pensé que había regresado a tierra, pero la tripulación me dijo que Minerva no había abandonado el yate. La travesía había sido muy mala y habíamos embarcado bastante agua; nada grave ocurrió, pero algunas olas inundaron la cubierta inferior. Sin embargo, uno no podía creer que ella hubiese sido barrida de a bordo, y no hay

ninguna razón para creer que pudiese tratarse de otra cosa.

—¿Asesinato? —preguntó Dorothy Fenner, tranquila.

Él se enderezó en su asiento y miró a la joven con cierto aire de censura.

—No, ciertamente. En todo caso, suicidio. No hable de esta manera, Dorothy.

—Comprendo —contestó ella.

—Sin embargo —prosiguió él—, el cadáver fue hallado y la autopsia demostró que había muerto ahogada en agua de mar. Eso fue lo que ocurrió. Poco tiempo después, Pete Cádiz me telefoneó para decirme que tenía una carta que había sido lanzada desde el *Thayerbelle*. Di poca importancia a eso, pensé que debía tratarse de alguna jugarreta, pero puesto que él se había tomado la molestia de llamarme le dije que trajese la carta y le pagaría por el viaje, y…, bueno, caí de lleno en la trampa. No sabía qué hacer. Estoy, o mejor dicho, estaba, dispuesto a iniciar una investigación. Y entonces llegó usted y robó la carta. Ya puede usted figurarse en qué situación quedaba yo. Si aquella carta se publicaba en los periódicos…, bueno…, perdí la cabeza, creo. Los invitados la habían visto a usted saltar por la ventana llevando algo en la mano. Insistieron para que viera qué era lo que había ocurrido y avisara a la policía.

»Yo tenía mucho miedo de que la policía pudiera detenerla hallase en su poder la botella; pero no había otra alternativa. No podía retroceder y decir sencillamente: «¡Oh, lo ocurrido no tiene ninguna importancia! Se trataba de alguien interesado en sellos de correo o algo por el estilo». Me encontraba en una situación, ¡maldito sea!, en que debía avisar a la policía.

»Pero antes que nada, claro está, salimos en persecución de usted. Cuando localizamos la canoa, tenía ya una clara idea de lo que había sucedido, y en el momento en que usted llegó a la zona de anclaje y vi allí su yate, tuve la certeza de ello.

»Tenía ye que pergeñar alguna historia para la policía. Así, pues inventé lo de las joyas robadas, pensando que más tarde me sería posible arreglar las cosas.

—¿Recobró usted la carta? —preguntó ella.

En el rostro de Alder se dibujó una mueca.

—Dé gracias a su buena estrella de que yo haya recobrado la

carta. De no ser así, tal vez no hubiera llegado viva a la mañana siguiente. No estoy acostumbrado a que me pisen, querida, y en este asunto estaba en juego mi reputación.

Ella trató de disimular el miedo que asomaba a sus ojos.

—¿Qué desea usted? —preguntó Dorothy.

—Sólo saber quién era su cómplice, cómo tuvo usted noticia de la existencia de la carta y comprar su silencio… con alguno de los más satisfactorios medios posibles…, satisfactorios para usted, quiero decir.

Alder sonreía, insinuante, pero en sus ojos brillaba un fulgor frío y mortal.

—¿Cómo supo usted dónde estaba oculta la botella?

Él se echó a reír.

—Se hallaba en el lugar más sencillo, querida. En la época de la prohibición, los propietarios de yates siempre ocultaban el licor en los tanques de agua dulce.

—Una vez recobrada la carta, no tenía usted motivos para hacerme detener por la policía.

—No la hice detener. Denuncié, simplemente, a una ladrona…, lo cual era sencillamente lo que debía hacer. No tenía la menor idea de que la policía encontrase realmente nada que la condujese hasta usted. Creí que usted era demasiado lista para dejarse cazar.

El pronunció estas últimas palabras en un tono de reproche. Dorothy, defendiéndose, contestó:

—Hubo aquel perro suyo…

—Admito que fue un error —dijo él—. Me estremezco al pensar en lo que hubiera ocurrido si el perro la agarra.

—Bueno, por eso tuve que abandonar la toalla —dijo ella.

—Hubo demasiados testigos del robo. Después de haber llamado a la policía, yo no podía retroceder. Debía seguir adelante. Y, además, se entrometió ese maldito abogado de usted. ¿Por qué diablos tuvo usted que acudir precisamente a Perry Mason?

—¿Qué hay de malo en él?

—Es condenadamente listo.

—Por eso lo tomé.

—Bueno, la verdad es que esta tarde me ha crucificado. Naturalmente, aquellas malditas joyas… No recordé que estaban todas aseguradas, pero tan pronto como Mason empezó a

preguntarme sobre el seguro me di cuenta de que llevaba las de perder. Si presentaba una reclamación basándome en que las joyas se habían perdido, la compañía aseguradora iniciaría una investigación independiente, y…, bueno, me aporreó, no hay más que decir. Si no presentaba ninguna reclamación contra la compañía de seguros, me delataba; pero si lo hacía, ello representaba tratar de obtener dinero fundándome en falsos pretextos. Las compañías de seguros no tienen contemplaciones para esa clase de asuntos.

—¿Qué sucedió esta tarde? —preguntó ella, para ganar tiempo.

—El fiscal del distrito se metió conmigo y me dijo que no le gustaban mis respuestas y que sobreseería el caso si no me mostraba mejor dispuesto a cooperar. Entonces yo me piqué y le dije que, en mi calidad de ciudadano que pagaba impuestos, merecía más consideraciones, pero que por lo que a mí se refería podía sobreseer el caso; que ya había visto bastante acerca de las tácticas de su sala de tribunal para saber que Perry Mason lo ataría de manos y que a mí me convertiría en un hazmerreír en vez de una víctima agraviada, lo que me importaba un comino. Tras eso, me marché de la sala.

—¿Y ahora, qué? —preguntó ella.

—Ahora deseo un entendimiento.

—¿De qué clase?

—Como hombre de negocios, creo que podría decir que deseo lo que es justo y luego tratar de obtener el más bajo precio posible. Pero en estos momentos mi talante no es el de un hombre de negocios. Me siento más bien como un pariente, quizá como un tío que ha herido a alguien a quien realmente quiere… ¿Cuánto?

—¿Para qué?

Él levantó las manos, como para subrayar sus palabras, y dijo:

—Para que abandone el asunto completamente; para su completo silencio en lo que a la prensa se refiere; para que me dé el nombre de su cómplice, y para que se olvide del todo de aquella carta.

—Creo que no puedo hacer eso. No sería jugar limpio. Y, en verdad, no tengo ningún cómplice. Fui recogida por el tripulante de una canoa que se encontraba allí por casualidad.

Los ojos de Alder se clavaron, escrutadores, en el rostro de la

joven, que se turbó.

—La carta —dijo él, grave— es un amaño. Se lo aseguro. ¿No le es más fácil ahora prometer que la olvidará?

—¿Cómo sabe usted que se trata de un amaño?

—Se lo *demostraré* a usted.

—Adelante.

—No aquí. No traigo la carta conmigo, y tampoco la prueba. Pero si me da usted la oportunidad para ello, querida, le *demostraré* el amaño, que se trata de una carta completamente falsificada. Después de esto, nada impedirá a usted ser razonable conmigo.

Ella reflexionó y luego dijo:

—¿Y me dará usted dinero?

—Naturalmente, querida, una gran… Bueno, digamos una suma adecuada. Después de todo, Dorothy, aunque no marchemos juntos, soy de fiar.

Ella desvió la mirada para no encontrarse con la de Alder, escrutadora. Se sentía como fascinada por el teléfono.

George Alder dijo:

—Está usted nerviosa, inquieta, y le inspiro un poco de miedo, ¿no es verdad?

—Creo que tiene usted un ulterior motivo, pues de lo contrario…

—¡Gran Dios! —exclamó él, impaciente—. No deseo publicidad. Trato de obrar como corresponde, si usted me lo permite, Dorothy —dijo—, regreso a la isla. Reflexione. Luego, cuando se haya dado cuenta de la lógica de mi posición, cuando esté dispuesta a aceptar la cantidad de dinero adecuada y ser exonerada de esta persecución criminal, venga a verme y le demostraré que esa carta es una completa falsificación.

—¿Cuándo?

—Esta noche, querida. Cuanto antes mejor. Despediré a los criados y el perro estará encerrado en su cuartito. La espero.

—Esta noche no. Yo…

—Esta noche —la interrumpió él, insistiendo con firmeza—. Tengo mis propios planes. Y recuerde, querida, que aún es usted culpable de robo con asalto y que, aunque está bajo fianza, todavía es usted la acusada en una acción criminal. *No diga nada a nadie*. Venga y deje que le demuestre la prueba evidente de la falsedad de

los cargos que constan en la carta. Tras esto, usted y yo llegaremos a un completo entendimiento. La esperaré, querida, pero no diga nada a nadie. Y sería mejor que abandonase ese hotel a escondidas. Su abogado desearía meter baza en este asunto, pero nosotros no queremos que se beneficie en absoluto de *nuestro* dinero, ¿verdad, Dorothy?

Se dirigió rápidamente hacia la puerta, se detuvo en el umbral y dijo:

—Recuerde que estaré en la isla, esperando. El perro estará encerrado y los criados ausentes. Atraviese el puente y luego siga el paseo que lleva hasta mi estudio. Ya conoce el camino. Buenas noches, Dorothy.

Salió y cerró la puerta tras sí.

Capítulo 9

Paul Drake, sentado en su despacho particular, con una visera de plástico verde sobre los ojos, estudiaba una serie de informes. Los teléfonos que tenía sobre la mesa lo mantenían constantemente en contacto con los hombres que estaban afuera trabajando. Un reloj eléctrico colgado de la pared marcaba silenciosamente los segundos.

Perry Mason y Della Street, haciendo uso de las prerrogativas de una larga amistad y de las relaciones de clientes constantes, avanzaron sin anunciarse por el estrecho pasillo, golpearon con los nudillos por pura fórmula a la puerta del despacho particular de Drake y en seguida Mason abrió y dejó pasar primero a Della Street.

Drake levantó los ojos de sus informes, sonrió, dirigió una mirada al reloj, se frotó los ojos y dijo:

—Ya me disponía a cerrar e irme a casa. ¿Dónde habéis estado?

Mason rodeó con el brazo la cintura de Della Street.

—Cenando, bailando y descansando, Paul. A estas alturas te alquilamos a ti para que hagas el trabajo.

Drake dijo con tedio:

—¿Acaso crees que no es trabajo esto? Esos ingenuos que creen que un detective privado vive brillantes aventuras, juega al escondite con los polizontes y emplea su tiempo libre en conquistar niñas bonitas, tendrían que probar qué significa tener dos docenas de auxiliares trabajando de modo que obtengan resultados y no tropiecen unos con otros.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó Mason.

—Un montón de cosas. Nada sensacional, sólo una cantidad de detalles que podremos reunir por la mañana. Las cosas siempre se hacen un poco más lentas a estas horas de la noche. No se puede hacer hablar a la gente cuando ya se han acostado, por muchos hombres que se tengan ocupados; así, generalmente empiezo por

hacer descansar a algunos hombres y hago el plan para reanudar la acción a primeras horas de la mañana.

—¿Averiguaste algo referente a Corrine? —preguntó Mason.

—Es evidente que quedó abatida cuando la abandonó una íntima amiga. Esa amiga, casualmente, era Minerva Danby, la cual fue arrastrada por las olas a bordo del yate de George Alder. Este voló a América del Sur cuando se enteró de que su hermanastra sufría una enfermedad mental. Llegó el día en que ella desapareció. Las circunstancias indican el suicidio por desesperación, pero su cadáver no fue nunca hallado. Carmen Monterrey, la criada y acompañante de Corrine, está de nuevo en este país, en algún lugar. He puesto anuncios en todos los periódicos redactados así como se acostumbra: «Si Carmen Monterrey quiere comunicarse con el suscrito, se enterará de algo que le interesa mucho». En el anuncio pongo un número de apartado postal, de modo…

El teléfono de la derecha, sobre el escritorio de Drake, sonó insistentemente.

El detective se excusó con un ademán dirigido a Mason, descolgó la bocina y contestó:

—Hola… Perfectamente, adelante… ¿Qué?… ¡Diablos!… Muy bien, deme detalles… Está bien, obtenga detalles y comuníquemelos aquí tan de prisa como pueda. Mando un par más de hombres ahí para que lo ayuden a usted. Quiero hechos… Bueno, estaré aquí… empiece a ahondar. Tendré dos hombres ahí dentro de media hora… Perfectamente, consígalos.

Drake colgó el teléfono con fuerza y dijo:

—Un minuto nada más, Perry; suspéndelo todo.

Asió el teléfono de la izquierda y espetó una orden a alguien de la oficina.

—Envíe dos hombres a la residencia de Alder en la isla. Quiero que ayuden a Jake. Que salgan rápidamente… No, me da igual cuáles hombres sean. Esto pasa delante de todo…, solamente procure que sean unos *buenos* hombres. ¡Esto es peliagudo!

Drake dejó el teléfono en su lugar, levantó la visera verde de su frente y dijo:

—George Alder ha sido asesinado.

—¡Diablo! ¿Cuándo?

—Al parecer durante estas últimas horas. Sally Bangor, sirvienta

de la casa, lo descubrió y sorprendió al asesino en el estudio. Aparentemente fue muerto de un tiro. El cuerpo yacía sobre el piso de la habitación. La puerta exterior estaba abierta. El perro encerrado en un cuartito donde George lo metía cuando esperaba visitas. El hombre que yo había destinado a vigilar la casa acababa de llegar allá. Encontró coches de la policía parados frente a la casa, tuvo noticia de que Alder había sido asesinado y corrió a un teléfono para darme la noticia. Ahora ha vuelto allá para rondar y ponerse en contacto con alguien que hable…, un fotógrafo, un periodista, un policía amable, o alguien. Tiene contacto y sabremos de él dentro de pocos minutos.

—¿Por qué no lo pusiste a vigilar antes? —preguntó Mason, irritado.

—Ten consideración, Perry. No había ningún indicio de que hubiera nada urgente para vigilar la casa. En realidad, dudé sobre si mandaba alguien allá antes de la mañana. Yo…

—Está bien, Paul —interrumpió Mason—. Soy impetuoso.

Drake dijo:

—Excúsame un momento; iré a la centralita y empezaré a dirigir las actividades desde allí. Puedo ganar un poco de tiempo de este modo y acaso obtenga algo de las oficinas periodísticas que hay aquí.

Drake salió del despacho. Mason cambió unas miradas con Della Street y luego empezó a pasearse.

Della Street permanecía inmóvil, contemplándolo, con su carnet de notas taquigráficas sobre las rodillas y un lápiz en la mano, lista para anotar las instrucciones que Mason pudiera darle. Pero el abogado continuaba paseándose pensativo arriba y abajo de los limitados confines del despacho de Drake, con la barbilla sobre el pecho.

Transcurridos diez o quince minutos, Drake entró como un torbellino en el despacho y dijo:

—Tengo echados muchos anzuelos, Perry, pero tardaré un rato en pescar detalles. ¿Quieres esperar o te los daré por la mañana?

Mason sonrió, se sentó en el único rincón desocupado del escritorio de Drake y dijo:

—Pregunta tonta… Esperaremos.

Drake sacó un paquete de cigarrillos del cajón de su escritorio,

hizo un gesto de invitación a Della Street, quien movió la cabeza negativamente, y a Mason, quien dijo:

—Gracias, Paul, tengo el mío.

Mason abrió su pitillera y él y Drake encendieron sus cigarrillos.

—Estas son las cosas que lo vuelven a uno loco en este trabajo —dijo Drake—. Tengo dos docenas de hombres ocupados en el asunto. Llega el momento de calma y empiezo a llamarlos para que regresen. Entonces estalla algo como esto. Soy como el corredor que se cae cuando empieza la carrera.

—Si tú te sientes así ante eso —comentó Mason—, piensa cómo he de sentirme yo.

Drake sacudió la cabeza, negando.

—Tu trabajo no ha empezado todavía. Yo te estoy buscando los datos. Cuando los tenga podrás emprender cualquier acción que sea indicada…, probablemente nada, ahora que el fulano ha sido asesinado.

Mason miró a Della Street y, sonriendo dijo:

—Oye al detective diciendo al abogado cuán fácil es la vida del que ejerce la abogacía.

Drake replicó:

—Crees que ser detective es una ganga. Se espera de mí que te entregue todos los datos bien empaquetaditos para que tú puedas trabajar con ellos. Dime, Perry, ¿qué resultará de eso? ¿Dejará de interesarte el caso?

—No lo creo —contestó Mason—. Apunto a piezas más grandes.

Drake lo miró, levantó una ceja interrogativamente, pero no expresó la pregunta en palabras.

Della Street recogió el periódico de la noche que estaba en el suelo junto al sillón que ella ocupaba y empezó a leer.

—Me disgusta ocultarte algo, Paul —dijo Mason.

—Bien —dijo Drake—. A veces puedo ayudar un poco más si sé en qué estás trabajando; eso es todo. Desde mi punto de vista, parece como si ahora Dorothy Fenner haya de quedar libre de la acusación. El fiscal no podrá proseguir sin que alguien jure que falta cierta propiedad determinada. Por lo que he oído decir, apabullaste a Alder esta mañana en la sala del tribunal.

Mason afirmó:

—Hay más en eso que el caso de Dorothy Fenner, Paul.

—Sí, lo sé —dijo Drake—. Es lo que deduje.

Mason advirtió:

—Esto es estrictamente confidencial, Paul.

—Nunca te he traicionado, ¿verdad?

—No —contestó Mason—. Pero cuando eches una mirada a esto, verás que está cargado con dinamita.

Mason sacó de su bolsillo la copia de la carta que estaba dentro de la botella y se la entregó a Paul Drake.

—Mira esto, Paul.

Drake leyó la carta, al principio con nerviosa impaciencia, los ojos mirando al papel, pero los oídos atentos a los teléfonos. Luego, de repente, prestó toda su atención a la carta y murmuró entre dientes:

—¡Por el amor de Dios!

—Algo de dinamita, ¿verdad, Paul?

Drake no contestó. Continuó absorto en la lectura.

Della Street levantó los ojos del periódico, empezó a decir algo, luego dobló el periódico y esperó hasta que Drake hubo terminado de leer.

Mason se recostó en una posición más cómoda y entrelazó los dedos sobre su rodilla.

Sonó el timbre de uno de los teléfonos.

Drake, con los ojos todavía fijos en la carta, alargó la mano distraídamente hacia el teléfono.

Diligentemente, Della Street tomó el auricular y lo puso en la mano de Drake.

—Gracias —dijo Drake. Luego, al teléfono—: Sí, ¿diga?

Escuchó las palabras que zumbaban en el teléfono y dijo:

—Bueno, ¡eso está *mucho* mejor! Deme usted algunos datos más.

Escuchó durante algunos segundos, luego dejó la carta que estaba leyendo, tomó un lápiz y empezó a tomar notas.

Durante dos o tres minutos se oyeron voces en el teléfono y Drake continuó tomando notas.

—¿Es todo? —preguntó.

Escuchó algunas palabras más y dijo:

—Perfectamente, creo que está usted actuando bien. Tendrá alguien que lo ayude dentro de poco rato. Quiero tener todos los informes que pueda y quiero que se averigüe lo que está haciendo

la policía. Me quedaré aquí. Continúe recogiendo datos. —Colgó el aparato y volviéndose hacia Mason, exclamó—: ¡Buen Dios, Perry!, esta carta es *realmente* algo. ¿De dónde la sacaste?

Mason contestó:

—Parece que fue encontrada dentro de una botella que el mar arrastró a la playa y fue recogida por un vagabundo de las playas que la entregó a Alder. Esto te hará ver algo de lo que tengo en la mente. ¿Qué te comunicaron ahora? ¿Algo nuevo?

—Al parecer eso será un verdadero respiro para tu cliente —dijo Drake.

—Exacto.

—Esto es —continuó Drake—, a menos que Dorothy Fenner no haya vuelto a la casa de Alder para terminar el trabajo que empezó el sábado por la noche.

—No seas tonto —le dijo Mason—. Dorothy Fenner es una buena muchachita. Sigue mis instrucciones. Yo la llevé a su casa y se está allí.

—¿Cómo lo sabes?

—Le dije lo que tenía que hacer. Creo que me tiene suficiente confianza para hacer exactamente lo que le dije. ¿Qué has descubierto, Paul?

Drake dijo:

—El que me habló era el hombre que tengo en la casa de Alder. Estableció contacto con un sheriff que se lo contó todo. Parece que la misma persona que asaltó la casa el sábado por la noche volvió y puso manos a la obra de nuevo. Esta vez no saltó por la ventana. El perro estaba encerrado en el cuartito y cuando Alder la sorprendió, lo despachó con un revólver del calibre treinta y ocho.

—¿Qué es lo que les hace creer que era la misma? —preguntó Mason, entrecerrando los ojos.

—Lo que la policía llama *modus operandi*. La persona que estaba en el estudio huyó por las puertas vidrieras que hay al fondo de la pieza. Esas puertas vidrieras dan al lado de la bahía. Sally Bangor, la criada que descubrió el cadáver, tuvo la suficiente presencia de ánimo para cerrar la verja que hay en el puente cuando volvió corriendo a la costa. Con esto la asesina quedó sitiada en la isla. Los gritos de la criada atrajeron a un motorista que pasaba, el cual actuó y en cuestión de minutos estuvieron en el lugar del crimen los

policías llamados por radio. Cuando oyeron el relato de Sally Bangor sacaron sus pistolas y empezaron el acostumbrado registro del lugar, dejando a un comité de ciudadanos curiosos que se había congregado para que permanecieran en el extremo del puente y cuidara de que nadie escapase a espaldas de los policías y saliera de la isla por allí.

—¿Y…? —preguntó Mason.

—Y no encontraron nada, precisamente —contestó Drake—, ni rastro de la asesina. El único camino por el cual pudo escapar es el mar, exactamente como lo hizo la otra noche.

—¿Qué más hay? —preguntó Mason.

—Bueno, George Alder yacía cara al suelo sobre un gran charco de sangre. Había recibido un tiro en el cuello de un revólver del calibre treinta y ocho y la bala había seccionado una de las grandes arterias, había atravesado el cuello y, al parecer, no se había alojado en ningún lugar de la habitación. Esto ofrece a la policía la dirección del tiro. La mujer que disparó contra él debía estar de pie junto al escritorio. Alder parece que cayó sobre sus propias huellas.

—¿Cómo supone la policía que ella estaba de pie junto al escritorio?

—Porque sólo en este caso pudo la bala atravesar el cuello de Alder y salir por la puerta vidriera abierta. Alder se desplomó hacia adelante. La muchacha debió arrojarle el revólver mientras caía.

—¿Cómo es eso?

—El arma fue encontrada *debajo* del cadáver, llena de sangre; se había disparado un cartucho. Así, pues, lo tienen todo en la mano, Perry.

—¿Dónde estaba el perro durante todo ese tiempo?

—Encerrado en un cuartito donde, al parecer, permanece casi siempre cuando Alder recibe visitas en su estudio. El perro es muy poco sociable. Fue entrenado para el combate…, no es del tipo que ladra mucho, sino del que actúa. Recibió el entrenamiento acostumbrado en el Ejército: perseguir gente, derribarla y todas esas cosas. Según tengo entendido, si una persona permanece perfectamente inmóvil con las manos en alto, el perro sabe que ha de agacharse y no hacer nada, pero en el momento en que la persona se mueve o hace un gesto amenazador, el perro lo destrozará.

—¿Y qué estuvo haciendo el perro durante todo el tiempo en que tuvo lugar el asesinato?

Paul Drake expresó desconcierto.

—¿Cómo diablos…? ¡Oh, comprendo! Haré que mi hombre lo averigüe y te lo comunicaré más tarde.

Mason preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que sucedió todo eso, Paul?

Drake contestó:

—Según lo más aproximado que puede establecer la policía después de un examen superficial, el asesinato debió tener lugar alrededor de las nueve de la noche. Es la noche que tiene libre la criada, la cual no regresó hasta las diez, más o menos.

—Por lo tanto, ¿el asesino ha de haber estado allí buscando durante una hora?

—Así parece.

Mason consultó su reloj.

—¡Diablo, Paul! ¡Son las doce ahora!

—Ya te dije —hizo constar Drake— que probablemente cometí una ligereza al no poner más pronto un hombre a vigilar la casa. Pero lo hice así, mandé a ese individuo allá y le dije que empezara su vigilancia a las doce y continuase su observación hasta las ocho de la mañana. ¡Caramba, Perry!, tú querías informes sobre Alder, pero no pediste que se siguiera a nadie, y yo incluso dudé en poner o no un hombre a vigilar la casa, pero finalmente decidí hacerlo sólo para tomar los números de los coches que pudiesen ir allá y…

—Está bien —dijo Mason—. Creo que iré a sacar de la cama a Dorothy Fenner y contarle lo que sucede. Esto puede prevenir alguna entrevista con la Prensa y…

Della Street, que estaba esperando una pausa en el diálogo, dijo:

—Antes de irte, jefe, puedes mirar esto.

—¿Qué?

Della Street levantó el periódico y dijo:

—Aquí hay un anuncio que dice: «Si Carmen Monterrey, quien se hallaba en América del Sur hace nueve meses, quiere comunicarse con el suscrito, recibirá informes de interés económico. Apartado de correos 123 J».

—Ciertamente —dijo Drake—, es el anuncio que *yo* hice insertar en el periódico.

—¿Y cómo lo insertaste en el periódico de la *tarde*?

Drake se enderezó de repente, con sobresalto.

—¿Cómo? —exclamó—. Déjame el periódico.

Mason observó:

—Parece como si alguien se nos hubiera adelantado, Paul. Lo mejor será que intentes averiguar si puedes qué es ese Apartado 123 J. Della, toma un taxi, vete a casa y trata de dormir un poco. Yo voy a sacar a Dorothy Fenner de la cama y ganar la mano a la policía.

—¿Crees que van a ir a visitarla? —preguntó Drake.

—¡Oh, sin duda! —contestó Mason—. Á menos que no hayan ido ya. Sin embargo, tendré con ella una pequeña conversación franca.

—¿No quieres que te acompañe? —preguntó Della Street con algo de ansiedad.

—No. Tú te vas a dormir un poco.

—Caramba, me siento como si nunca hubiera tenido sueño.

—Tómate una tableta —aconsejó Mason—. Tendrás que estar al trabajo por la mañana.

—Pero ¿y tú qué? —preguntó ella.

—Yo —contestó Mason con cierta amargura— tengo que ponerme al trabajo ahora mismo.

Capítulo 10

El hotel de departamentos «Monadnock» tenía una fachada con ornamentos que producía un efecto imponente de estuco de blanco deslumbrante y azulejos rojos. Los lados del edificio eran de simples ladrillos descubiertos, con estrechas ventanas que indicaban que la mayoría de departamentos ocupaban un espacio reducido, según requerían los limitados recursos económicos de los inquilinos.

Mason estacionó su coche, subió corriendo los peldaños, entró en un vestíbulo largo y estrecho, vio la luz sobre el mostrador y se acercó al empleado nocturno.

—Aquí vive una señorita llamada Dorothy Fenner —dijo—. Soy Perry Mason.

El empleado miró ostensiblemente el reloj.

—Su abogado —añadió Mason—. Llámela y dígale que estoy aquí.

El empleado puso la comunicación, movió una clavija varias veces y luego dijo:

—Temo que no tiene ganas de contestar o,… ¡Ah, espere un momento!

Habló al teléfono diciendo:

—El señor Perry Mason, su abogado, desea verla.

Vaciló un momento, frunció el ceño, miró una vez más el reloj y dijo a Mason, como dudando:

—Puede usted subir, señor Mason. Es el departamento 459.

Mason subió en el ascensor hasta el cuarto piso, siguió los números de los departamentos a lo largo del pasillo y llamó a la puerta del 459.

Dorothy Fenner, cubierta con una bata, abrió la puerta y dijo:

—¡Cómo, señor Mason!

Mason dijo:

—Lo siento, pero tenía que verla.

Ella se hizo a un lado, abrió de par en par la puerta para que Mason entrase y luego la cerró tras él.

—El departamento está en desorden —dijo—. Vivo sola y… bueno, la cama está deshecha y… yo dormía profundamente. Todavía no estoy bien despierta.

—Bueno —dijo Mason—. Hablemos rápidamente. George Alder está muerto.

—¡Muerto!

Mason movió la cabeza afirmando.

—¿Cómo puede ser? ¿Por qué…, cómo sucedió?

—Asesinado.

—¡Cielos! ¿Quién lo mató? ¿Qué…?

—No lo saben —dijo Mason—. Un informe preliminar establece que Sally Bangor, una criada, encontró su cadáver yaciendo en el suelo cuando volvió de su noche libre.

—¡Sally Bangor!

—¿La conoce usted? —preguntó Mason.

—Sé quién es, sí. He estado varias veces en la casa como invitada.

—Bueno, la policía puede venir aquí a interrogar a usted.

—¿Por qué?

—Por lo que sucedió el sábado por la noche.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Nada —dijo Mason—, excepto que hay algún indicio de que la persona que cometió el asesinato huyó por mar. La policía puede decidirse a atar cabos. ¿Ha salido usted esta noche?

—No, he permanecido en mi habitación desde que fui puesta en libertad.

—¿Dónde cenó?

—No tenía ganas de cenar. Me hice yo misma una taza de chocolate y no tomé nada más. Tenía aquí todos los ingredientes, así es que no salí.

—¿Tiene pruebas de eso?

Ella contestó, irritada:

—Una mujer soltera muy difícilmente puede presentar una coartada cuando está en la cama.

—Quiero decir durante la velada. ¿Alguien sabe que no salió?

—¡Pues, naturalmente! El hombre del mostrador de recepción me hubiera visto salir.

Mason se sentó al borde de la cama. Dorothy Fenner se acercó y sentóse a su lado.

—¿Alder no trató de telefonearle o de ponerse en comunicación con usted, eh? —preguntó Mason—…, después de salir del tribunal, quiero decir.

Ella cruzó las piernas. La bata resbaló de su pierna derecha. Ella la recogió, empezó a ponerla en su lugar, luego se quedó contemplando su carne y dijo:

—¿No es verdad, señor Mason, que para ser una muchacha de oficina, realmente tengo un lindo bronceado?

Estiró la pierna y se levantó la bata para que él pudiese ver su piel de rubia tostada por el sol.

Mason dirigió a la pierna una mirada indiferente, asintió con un movimiento de cabeza y dijo:

—Lindo.

—Gracias.

—Estábamos hablando de George Alder —le recordó Mason.

—¡Oh, sí! ¿Qué hay referente a él?

—Si es que le telefoneó o intentó ponerse en contacto con usted.

Ella tocó su pierna desnuda en el lugar donde debiera estar el extremo de la media y movió los dedos lentamente sobre la piel como trazando una línea invisible.

Mason dijo:

—Por el amor de Dios, despierte, présteme atención. Déjese de esas cosas. ¿Puede usted contestar a mi pregunta? Diríase que está tratando de distraer mi atención deliberadamente con el fin de ganar tiempo.

Ella reflexionó durante dos o tres segundos y luego dijo tranquilamente:

—Estuvo aquí.

—¡Aquí! —exclamó Mason.

—Sí.

—¡Diablos! ¿Cuándo?

—Supongo que después de terminar una conferencia con el fiscal del distrito y antes de volver a su casa.

—¿Puede usted fijar la hora?

—Creo que eran alrededor de las seis o de las seis y media.

Mason dijo:

—Bueno, mire, la audiencia tuvo lugar en un condado contiguo. Después de conseguir su libertad la traje aquí. Esto duró cuarenta minutos. Ahora bien, ¿cuánto tiempo después que llegó usted aquí en este hotel de departamentos y que *yo* la dejé en la acera vino Alder?

—Diría que fue una hora después. Quizás un poco más.

—¿Y durante ese tiempo él estuvo encerrado allá con el fiscal del distrito?

—Parte de ese tiempo, sí. Al menos es lo que él dijo.

—¿Por qué no regresó directamente a su casa de la isla? ¿Por qué vino hasta aquí, tan lejos?

—Quería verme.

—¿Qué quería?

—Traía una rama de olivo. Dijo que quería que llegásemos a un arreglo.

—¿Por qué no me lo notificó usted?

Los ojos de la joven se ensancharon inocentemente.

—Pues, iba a hacerlo… lo primero por la mañana.

—Pero ¿por qué no me lo hizo usted saber inmediatamente?

—Usted me dijo que sólo podía comunicarme con usted a través de esa Agencia de Detectives Drake y qué no lo llamase a menos que se tratara de algo extremadamente urgente. Pensé que esto podía esperar hasta mañana.

—¿Cuál era la idea que tenía él de un arreglo?

—Sé que quería darme dinero.

—¿Cuánto?

—No precisó.

Había extendido su índice y con él estaba trazando intrincados dibujos sobre la piel de su pierna.

—Siga. ¿Qué sucedió?

—Indicó que había obrado precipitadamente. Confesó que había ido a mi yate, que lo había registrado y había encontrado la botella y se había posesionado de nuevo de aquella carta. Dijo que podía probarme que la carta era apócrifa y que quería ofrecerme una compensación por la molestia que sufrí.

—¿Y no me telefoneó usted?

—Pues pensé que podía esperar hasta la mañana.
—¿Y qué quería él que usted hiciera?
—Sólo llegar a un acuerdo.
—¿Le ofreció a usted una cantidad?
—Nada preciso, pero dijo que si iba a su casa primeramente podría probarme que la carta era falsa y luego…
—¿Cuándo?
—Cuando yo estuviese allá.
—No, no. Quiero decir, ¿cuándo quería que fuese usted?
—Esta noche o… ¿Qué hora es?… ¡Oh, ya es la madrugada! Bueno, entonces, era anoche.
—¿Qué más le dijo?
—Dijo que me esperaría, que dejaría sin cerrar con llave la verja del puente y también la puerta del muro. Yo podría abrir ambas puertas y dirigirme al lado de la casa por donde podría entrar directamente en el estudio. Dijo que encerraría el perro y que me esperaría.
—¿No fue usted?
—Naturalmente que no. Usted me dijo que no lo hiciera.
—¿Pero no le dijo usted que no iría?
—No.
—¿Por qué?
—Pensé que era mejor que me guardase para mí sus instrucciones.
—¿A quién ha dicho usted algo sobre esa conversación?
—A nadie.
—¿Está segura de que no fue?
—Naturalmente que no fui. Naturalmente que no quería verlo sin que usted estuviese presente.
—¿Y qué es exactamente lo que quería?
—Quería mi promesa de que nunca diríamos nada de esta carta a la Prensa. Dijo que podía convencernos a los dos de que era todo un fraude, un montón de falsedades.
Mason se levantó del borde de la cama donde estaba sentado y empezó a pasearse por la habitación.
—¿No habló usted con nadie de esto?
—No.
—No lo haga.

—¿Por qué no?

Mason dijo:

—No sea tonta. Entonces intentarían atribuirle a usted el asesinato. Saben que Alder estaba esperando a alguien y suponen que esa persona es la autora del crimen. Si averiguan que Alder la estaba esperando a *usted* la…

—Pero yo no tenía la menor intención de ir allá. Èl continuó insistiendo en que dejaría las puertas abiertas para mí y que el perro estaría amarrado.

—El perro estaba encerrado en un cuartito —dijo Mason.

—Creo que tiene al perro encerrado allí casi siempre cuando espera visitas en la casa.

—Supongo que sí. ¿La conoce a usted el perro?

—Puede decirse que no lo he visto nunca, excepto aquella noche del sábado en que me persiguió. Siempre que estuve allí como invitada el perro permaneció encerrado en aquella especie de cuartito. En realidad, es un pequeño departamento para el perro y *Prince* es muy feliz allí dentro.

—¿Qué clase de convenio quería establecer Alder con usted?

—No lo sé; le dije que debería tratarlo con mi abogado.

—¿Entonces es posible que la estuviera esperando a *usted* allí esta noche?

—Naturalmente. *Quería* que yo fuese, pero le dije que no iría.

—¿Consideró él esa respuesta como definitiva?

—Parecía creer que podía hipnotizarme o intimidarme o engatusarme para que fuera. Casi lo último que dijo fue que estaría esperándome allí y que las puertas no estarían cerradas con llave. Yo tenía que ir directamente a su estudio.

Mason dijo:

—No diga nada a nadie de eso. Si viene aquí la policía, y ahora empieza a parecerme que puede venir, dígales simplemente que fui yo quien le dijo que George Alder había sido asesinado. Explíqueles que vine aquí especialmente para decirle que no haga ninguna declaración a la policía ni a los periodistas ni a nadie, porque, técnicamente, su caso está todavía pendiente en los tribunales. Use esto como excusa para no hablar. No haga ninguna declaración fuera de «no puedo decir nada».

Ella movió la cabeza afirmativamente.

—¿Cree usted que podrá hacer esto?

—Sí, naturalmente.

—No quiero que mienta usted sobre nada, pero no quiero que diga a nadie que Alder estuvo aquí esta noche. Y definitivamente, positivamente, absolutamente y finalmente, no quiero que ni siquiera por intimidación o de otro modo, admita o deje que nadie sepa que Alder le pidió que fuera usted allá esta noche.

—Pero ¿no tendré que decirlo tarde o temprano? ¿No es una prueba y…?

—Podrá usted declararlo como prueba y a su debido tiempo…, si es necesario —dijo Mason—. Entretanto, vamos a observar y ver cómo se desarrolla el asunto. ¿Conoce usted a Carmen Monterrey?

—Naturalmente.

—¿No puso usted un anunció en el periódico para ella?

—¿Yo?

—Sí.

—¡Cielos! Si hace semanas que no sé nada de ella. Estaba en América del Sur y…, bueno, creo que permaneció allí bastante tiempo, esperando hallar el rastro de Corrine. Quería mucho a Corrine y sé que estaba enojada contra Minerva Danby debido a la manera como la abandonó. Bueno, después de leer aquella carta, no sé si haría reproches a Minerva… Siempre fui más bien severa con ella a causa de lo que las cartas de Carmen me daban a entender y luego… bueno, ahora puedo comprender el punto de vista de Minerva. Creo que Carmen regresó una vez en que parecía que Corrine podía estar aquí en este país, pero resultó que se trataba de una pista falsa y se volvió a Sudamérica. No sé dónde está ahora.

Mason movió la cabeza asintiendo y dijo:

—No intente fantasear con la policía. Vístase, dígales que yo he estado aquí, le he dicho que Alder había sido asesinado y que no debía usted hacer ninguna declaración a la Prensa ni a la policía, excepto la de que no ha salido usted de este departamento desde que regresó alrededor de las cinco y media o las seis.

—Pero si me preguntan cómo sabía usted lo del asesinato, ¿qué les diré?

Mason sonrió y contestó:

—Dígales que tiene usted un abogado para que conteste preguntas por usted y que no quiere ponerse a contestar preguntas

por él. ¿Entendidos?

—Entendidos —dijo ella, sonriendo.

Mason recogió su sombrero y se dirigió a la salida.

Ella se acercó y puso la mano en el pomo de la puerta.

—Es usted simpático.

—Gracias.

De pronto, acercó sus labios.

—Buenas noches —dijo.

Mientras Mason se inclinaba para besarla, ella le rodeó el cuello con el brazo, luego sus dedos se posaron sobre la cabeza del abogado, le tiraron de los pelos y oprimieron su cabeza contra la de ella.

Después, de repente, lo soltó, retrocedió y lo miró con ojos velados por la emoción.

—Es usted simpático —susurró.

—Gracias —dijo Mason.

Y salió al pasillo.

Transcurrieron dos o tres segundos hasta que oyó cerrarse la puerta tras él, y había dado tres pasos más cuando oyó que se corría el pestillo airadamente.

Capítulo 11

Cuando Perry Mason entró en su despacho, a las nueve y media de la mañana del martes, Della Street dijo:

—Dorley Alder está aquí.

—¿Qué hay de nuevo?

—Drake tiene un informe…, algo voluminoso…, casi todo exposición de lo que te dijo anoche.

—Está bien. Hazme un resumen y luego veré a Dorley Alder.

—Parece que el perro alborotó en el momento del asesinato —dijo Della—, pero cuando llegó la policía estaba echado tranquilamente en su cuartito. La criada dijo que se le había enseñado a permanecer allí y cuando se le encerraba en el cuartito sabía que aquel lugar era donde podía estar. La policía creyó que el asesino podía hallarse todavía en la isla o bien oculto en algún lugar de la casa y quiso emplear al perro para rastrearlo. Preguntaron a la criada si podría dominar al perro y ella contestó que no lo creía y que no tenía ganas de probarlo. Dijo que el perro se mostraba amistoso con ella, pero que nadie más que George Alder podía darle de comer o acercársele; que el perro la toleraba en presencia de Alder, pero que cuando éste no estaba allí el perro siempre permanecía encerrado y que ella no quería tratos con el animal.

—¿Y el perro se estuvo quieto durante todo aquel tiempo?

—¿Quieres decir mientras la policía anduvo por allí?

—Sí.

—Esto es lo que tengo entendido según el informe de Drake —dijo Della.

—¿Y cómo saben que alborotó cuando se cometía el crimen?

—Bueno —dijo Della—, la policía por fin decidió entreabrir la puerta, tener preparada una cuerda con un nudo corredizo, hacer

salir al perro y ver si por acaso la criada podía conseguir hacerle rastrear a la persona que había cometido el asesinato. En caso de que el perro no se mostrase dócil, tendrían la cuerda alrededor de su cuello. Así, pues, abrieron la puerta del cuartito, el perro se arrojó contra la abertura, salió disparado, derribó a uno de los policías y salió de la casa corriendo, con el hocico en el suelo.

—¿Y halló el rastro del asesino? —preguntó Mason, interesado.

—No —dijo Della—. Trató de escapar, corrió hasta la verja del puente que estaba cerrada y empezó a arañarla, queriendo salir.

Mason dijo:

—Esto podría ser una buena indicación de que el asesino se había marchado por allí, Della.

—Parece que no pudo hacerlo. La criada salió corriendo y cerró la verja tras ella; tiene la certeza de que nadie pasó el puente ni nadie pudo nadar hasta la isla desde la costa. Hay un alto muro de ladrillo a ambos lados.

Mason, pensativo, frunció el ceño.

—Ahora, pues, volviendo a lo de cómo saben que el perro alborotó mientras se cometía el asesinato —dijo Della—, la policía, cuando examinó el interior del cuartito, encontró que la puerta estaba toda arañada y que había en ella manchas de sangre que indicaban que el perro debe haberse desgarrado una uña al tratar de salir. Probablemente se puso frenético cuando comprendió que su amo estaba en peligro.

—¿El perro no había arañado antes la puerta? —preguntó Mason, con interés.

—Nunca. La criada dijo que aquel cuartito había sido arreglado especialmente para el perro; tenía allí una colchoneta, un tazón de agua y todos los arreos. Y, naturalmente, había ventilación, la cual procedía de una alta ventana con gruesos barrotes. El perro había aprendido a estarse quieto allí cuando lo encerraban. Bueno, pues ésta es la historia. Ahora lo mejor que puedes hacer es recibir al señor Alder.

Se dirigió a la puerta para hacer pasar a Dorley Alder y se detuvo en el umbral.

—¿Viste a tu cliente anoche? —preguntó.

—Ajá.

—¿Todo está bajo control?

—Todo menos el cliente.

—¿Qué pasó?

—Se mostró muy agradecida por todo lo que estoy haciendo por ella.

—Debe estarlo.

—Estaba acostada —dijo Mason—. Se puso una bata.

—¿Y luego? —preguntó Della Street.

—Luego —contestó Mason—, comentó el bronceado de sus piernas, haciéndome observar qué lindo tostado del sol había conseguido tener a pesar del hecho de que es una muchacha que trabaja. Parecía un ardid.

—Bueno, ¿qué hay en ello? —preguntó Della Street—. ¿No tiene derecho a estar orgullosa del bronceado de su piel?

—Y cuando salí —continuó Mason— se acercó para abrirme la puerta y sus buenas noches fueron algo más afectuosas de lo que yo esperaba.

Della Street se cebó a reír.

—Quizá la pobre chica cree que puede emplear cierta influencia para determinar el importe de los honorarios.

—Es una legítima deducción de todas las circunstancias.

—¿Qué quieres decir: una deducción de los hechos o una deducción en los honorarios?

Mason observó:

—Tienes demasiada agudeza para mí esta mañana. ¿Dormiste?

—Después de tomar dos aspirinas y de estar dos horas dando vueltas en la cama.

—Drake no habrá averiguado nada de Carmen Monterrey, ¿verdad?

—Todavía no. Ha descubierto algo, aunque ha de figurar que no lo sabe. No puede decirnos cómo lo supo. Fue a través de ciertos contactos suyos.

—¿Qué es?

—El apartado de correos 123 J. Es de George S. Alder.

Mason permaneció silencioso, reflexionando sobre aquello; luego movió la cabeza de arriba abajo pensativamente.

—Naturalmente. Eso era un paso lógico en Alder. Comprendió contra qué tenía que enfrentarse cuando vio esa carta de la botella. Comprendió que debía encontrar a Carmen. Y quizás por medio de

ella hallar el medio de desvirtuar algunas de las afirmaciones de Minerva Danby. Muy bien, Della, vaya a buscar a Dorley Alder y veremos qué es lo que quiere.

Dorley Alder entró en el despacho cuando Della Street le abrió la puerta. No perdió el tiempo en preliminares.

—Mason, este asunto es condenadamente malo.

—Lo es por un motivo.

—Mi sobrino era soltero y, al parecer, yo soy el pariente más próximo, sobre quien pesan las responsabilidades en un caso como éste —dijo Alder.

Mason asintió sin dar ninguna expresión a su rostro.

Dorley Alder se sentó en el gran sillón de los clientes y dijo:

—¿Qué sucederá con el caso de Dorothy Fenner, ahora, señor Mason?

—Presumo que será sobreseído. No habrá testigo acusador, nadie que testifique los objetos que faltan si es que falta alguno.

Dorley preguntó:

—¿No se le ha ocurrido a usted en ningún momento, señor Mason, que las autoridades pueden tratar de implicar a Dorothy Fenner en el asesinato?

—Es una posibilidad —contestó Mason en tono indiferente—. Tenemos que habérnoslas con el sheriff de un condado, naturalmente…, y todo es posible. Sin embargo, si intentan dirigir las sospechas sobre la chica Fenner acabarán por ponerse en ridículo.

Dorley Alder sacó de su bolsillo un carnet de notas de tapas de cuero y dijo:

—Le dije a usted que había hecho un aliado. Ahora se lo demostraré. El arma de la que partió el tiro que mató a mi sobrino era la suya.

—¿El arma era de su sobrino? —observó Mason.

—Es la verdad. Uno de los nuevos Smith & Wessons con un cañón de dos pulgadas, un 38 especial.

—¿Está usted seguro de ello?

—Completamente. No solamente he comprobado la factura de la compra del arma, sino que ésta era evidentemente la que llevaba encima en el momento de su muerte. Creo que el sheriff está procurando ahora ocultar este dato a la Prensa.

—¿Entonces podía muy bien tratarse de suicidio?

—No puedo afirmarlo. Creo que han de tomarse en consideración cosas como las huellas de pólvora en la herida. Un experto técnico ha emitido la opinión de que el revólver debió estar demasiado lejos de la herida para ser suicidio.

—¿Pero el arma había sido disparada? —preguntó Mason.

—No solamente faltaba en ella un cartucho, sino que, según tengo entendido, una prueba hecha con parafina para descubrir las manchas de nitrato indica que mi sobrino tenía el arma en la mano cuando fue disparada. Él era zurdo y se produjo una reacción muy clara a lo que se llama la prueba de la parafina en su mano izquierda…, y el sheriff detuvo a Dorothy Fenner hace cinco horas.

Mason reflexionó.

—Me temía que haría algo así. ¿Encontró usted la botella y la carta?

—Yo no, pero las autoridades hicieron un registro completo del escritorio y del estudio antes de dejarme entrar. Pueden haberla encontrado y decidir no revelarlo de momento.

—Oiga, si George Alder hubiese disparado aquel revólver y la bala no hubiese penetrado en su cuerpo, ¿dónde podría haber ido?

—Parece que a ninguna parte. El único lugar posible por donde una bala podía haber salido de aquella habitación sin dejar un impacto revelador era a través de las puertas vidrieras. El informe médico dice que George se desplomó sobre sus propias huellas. Cayó cara al suelo. Se hallaba de cara al escritorio y de espaldas a las puertas vidrieras cuando recibió el tiro.

—¿Cómo iba vestido?

—Elevaba pantalones ligeros y una chaqueta deportiva de tejido suave que evidentemente llevaba puesta muchas veces cuando estaba en casa. Había estado pintando su yate unos días antes y había algunas manchas de pintura en la chaqueta y también un desgarro triangular muy pequeño en la manga izquierda, cerca del puño. Si es que estaba esperando, una visita, y al parecer la esperaba, no había creído necesario arreglarse. Su visitante debía ser una persona a quien podía recibir sin ceremonia.

—¿Uno de la familia, por ejemplo? —preguntó Mason.

Dorley Alder sonrió con sequedad.

—Estaba a punto de emplear la misma expresión, señor Mason,

cuando me di cuenta de que, exceptuando a Corrine, quien ha desaparecido bajo tales circunstancias que no me dejan ninguna esperanza de encontrarla, yo soy el único miembro de la familia.

—¿Tiene usted una coartada? —preguntó Mason con ligera zumba.

Dorley contestó gravemente:

—Es usted un abogado astuto, señor Mason. Su tono es de broma, pero su pregunta es espinosa.

—¿Y bien? —preguntó Mason.

—Soy soltero y vivo retirado, señor Mason. Mi principal distracción es la lectura. Tengo sesenta y tres años y sólo he deseado hasta ahora continuar cobrando mi renta de la compañía y seguir en mi vida tranquila. Los otros dos beneficiarios eran personas más jóvenes. Ciertamente, me podía permitir la suposición de que los cuadros de mortalidad me darían la ocasión de salir de la escena dejando a los dos jóvenes sobrevivientes para heredar las acciones de la compañía. Ahora quedo en la posición de único responsable y único beneficiario de la compañía, y no me gusta. No tengo a nadie a quien legar el dinero y las responsabilidades probablemente disminuirán los años que espero me queden de vida. Mi coartada es muy circunstancial, como el testimonio del hombre que engrasó mi coche ayer tarde, quien puede atestiguar que el velocímetro no registraba un viaje a la casa de mi sobrino y que no había sido desconectado. Y no soy tan tonto, señor Mason, para suponer que las autoridades no sospecharán y dejarán de comprobar con gran cuidado todos mis movimientos en todo momento. Como puede usted comprender estoy muy, muy ocupado esta mañana, señor Mason. Tengo mil y una cosas que hacer. Nuestra compañía explota unos vastos, extensos dominios. Confieso que no estoy del todo familiarizado con los detalles y de repente me encuentro bajo una terrible responsabilidad. Añádase a eso la convicción de que seguramente se murmura a mi espalda. Mi posición no es envidiable.

Mason asintió con un movimiento de cabeza.

—Pero quise venir para darle a usted la seguridad de que estaba dispuesto a cumplir lo que le dije ayer. Tiene usted en mí un amigo y un aliado, no sólo personalmente, sino como el miembro superviviente de la *Alder Associates Incorported*.

—Gracias.

—Entre las cosas de mi sobrino, encontré un informe que creo puede tener valor para usted.

—¿Qué es? —preguntó Mason.

—Descubrí que, después de enterarse del contenido de aquella carta, mi sobrino se esforzó frenéticamente por ponerse en contacto con Carmen Monterrey.

—Naturalmente que había de hacerlo —dijo Mason.

—Insertó anuncios en los diversos periódicos y tengo motivos para creer que Carmen Monterrey se puso en contacto con él por teléfono. Encuentro en su agenda una nota con las iniciales «C. M.» y una dirección. La dirección parece ser la de un restaurante mejicano para diversión de los turistas. No sé nada más, pero le traje a usted la dirección. Pensé que quizá podría interesarle.

Mason movió la cabeza afirmativamente.

—Intuyo —continuó Dorley— que el interés de su cliente requerirá una investigación de aquella carta. Creo que quizás usted pueda hacerlo con más probabilidades de éxito que yo y espero que le sea a usted posible comunicarme cualquier información que consiga. Creo que tanto usted como yo nos hallaremos en una posición mejor y más satisfactoria cuando se haya aclarado el misterio de la muerte de mi sobrino. Si fue suicidio, establezcamos este punto. Si fue una muerte accidental debida a que inesperadamente se disparó su revólver, demostrémoslo. Y si fue asesinato, hay que detener y condenar al asesino. Yo estoy dispuesto a contribuir con esfuerzo, tiempo y dinero para ayudar a usted en todo lo que haga con esos fines.

—Gracias. Puede ser que recurra a usted.

—Se lo agradeceré. Si hay que retribuir…

—No interprete mal mi actitud —interrumpió Mason—. Hasta que eso se resuelva sólo tengo un cliente y es Dorothy Fenner.

—Sí, sí. Lo comprendo a usted, Mason. Un abogado sólo puede servir a una parte…, pero cuando todo esto haya terminado, puedo asegurarle que entonces me acercaré a usted… económicamente. Entretanto, lo debe usted todo a su cliente y nada a mí. Considero leal decirle a usted que por alguna extraña razón las autoridades se sienten victoriosas por las pruebas que han encontrado contra alguien, y *creo* que ese alguien, es Dorothy Fenner. Sin embargo,

ahora ya conoce usted mi posición. Hágame el favor de acudir a mí si necesita mi cooperación.

—Bien —dijo Mason—. Como usted sabe, yo represento a Dorothy Fenner y también represento a ese sindicato que tiene una propiedad contigua a la de ustedes, y el cual…

—Por todo lo que se refiere al sindicato —interrumpió Dorley Alder—, puede usted asegurar decisivamente a sus clientes que tan pronto como se hagan los arreglos preliminares para que yo pueda tomar la dirección, podrán contar con la total cooperación de *Alder Associates*.

—¿Quiere usted decir que aceptará un arrendamiento justo? —preguntó Mason.

—Exactamente. Por parte de la compañía se ha llevado a cabo una política de explotación algo despiadada —explicó Dorley Alder—. Una política que yo personalmente he deplorado. Quiero que se dé usted cuenta de que en todo cuanto esté en mi poder, y a lo que parece ahora hay mucho en mi poder, esa política será abandonada.

Mason dijo:

—Esas noticias serán recibidas con mucho placer. ¿Podría usted quizás encontrar tiempo para hacerme una nota sobre el arrendamiento del petróleo, la cual yo mostraría a mis clientes del sindicato? Esto les haría sentir que he realizado algo tangible.

Dorley Alder sonrió:

—Usted tiene a la vez tacto y astucia, señor Mason. Le enviaré esa nota dentro de pocas horas, por un mensajero especial. Entretanto, aquí tiene la dirección que supongo es del lugar donde puede encontrar a Carmen Monterrey o donde se pueden conseguir informes concretos sobre ella. Quiero darle a usted las gracias por su cortesía profesional y puedo asegurarle que no tendrá motivos de lamentarla. Y ahora, si usted me dispensa, estoy terriblemente ocupado esta mañana, pero quería hacerle comprender la situación tan pronto como usted llegara.

Alder estrechó la mano a Mason y una vez más salió dignamente al pasillo sin volver la cabeza ni una sola vez.

Mason miró a Della Street, luego al papel con la dirección.

—Bueno, Della —dijo—, me parece que tú y yo tendremos que ir a cenar a un restaurante mejicano esta noche.

—¿A primera hora? —preguntó ella.

—A primera, hora —contestó Mason—; entretanto, llamaremos a Paul Drake, le daremos esta dirección y haremos que nos proporcione una descripción de Carmen Monterrey y que ponga algunos de sus hombres a vigilar el sitio.

—Parece que será una noche interesante —dijo Della Street.

—¡Maldito sea si no resulta interesante! —dijo Mason con una sonrisa.

—Y si tu cliente —observó ella— estaba agradecida por lo que hiciste anoche, imagínate cómo se sentirá en la noche próxima.

—Me lo temo.

—Opino —le dijo Della Street— que será mejor que tengas a tu secretaria tomando notas durante tu próxima entrevista con Dorothy Fenner. ¿Cuánto tiempo la tendrán presa?

Mason se encogió de hombros y dijo:

—Eso depende de si sigue mis instrucciones y no habla.

—¿Supongamos que no sigue tus instrucciones?

—Entonces pueden retenerla durante bastante tiempo.

—¿Supongamos que habla?

—Entonces se lo sacarán todo, la soltarán y empezarán en seguida a tratar de retorcer sus declaraciones de modo que puedan usarlas contra ella.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Nosotros —dijo Mason sonriendo— vamos a preparar una solicitud de *habeas corpus*, Della, y si se da el caso de que Dorothy Fenner no se comunica con nosotros antes de las dos de la tarde, iremos a ver al juez Lankershim del Departamento Uno, quien parece ser un individuo razonable, y haremos que nos extienda la orden de *habeas corpus*. Y esto obligará a la oficina del sheriff a pescar o a retirar el cebo.

—Quizás decidirán pescar.

—Entonces —dijo Mason con una sonrisa irónica— pondremos *nosotros* el cebo y nos esforzaremos por arreglarlo de un modo muy tentador en un anzuelo muy agudo.

Capítulo 12

Paul Drake dijo:

—Bueno, Perry, ahí va la información. Hemos trabajado endiabladamente para encontrar la pista de aquella mujer que estuvo en Los Merritos y saber de dónde vino. Es evidente que tal persona estuvo allí. La descripción parece concordar con la de Corrine Lansing. Dicha persona sufría de amnesia, alucinaciones, histeria completa y lo que se llama psicosis maniática depresiva. Se encontraba allí en la fecha en que Minerva Danby escribió aquella carta. Ella nunca les dijo quién era; sólo podían basarse en lo que ella les manifestó. Estuvo alojada en el ala sur del edificio donde, hace cuatro meses, ocurrió aquel terrible incendio. Media docena de internados se quemaron vivos. La persona que nos interesa era uno de ellos.

—¿Y el cuerpo? —preguntó Mason.

—Irreconocible de tan quemado —contestó Drake—. Pero fue identificado, sin embargo, por medio de una chapa de identificación.

—¿Hay lugar a creer que no fuese la misma persona?

—Existen muchas posibilidades de que no fuese Corrine Lansing —dijo Drake—, pero no hay ninguna que permita suponer que no se trataba de la persona que había sido confinada allí y a la cual Minerva identificó el mismo día de su muerte.

—¿No hay otros indicios? —preguntó Mason.

—No. No hemos podido encontrar una sola cosa que nos diera una respuesta concreta. Fue recogida en una calle de Los Angeles hacia las dos de la madrugada. El primer diagnóstico fue que estaba borracha. Se la internó como alcohólica, luego fue trasladada a la sección psicopática y después enviada a Los Merritos.

—¿Se trata de una institución particular?

—Sí. He aquí lo que sucedió. La policía, naturalmente, trató de localizar a los parientes. Habían registrado a aquella mujer en la lista de Personas Extraviadas. Una mujer que estaba buscando a una hermana suya que había desaparecido, pensó que esta persona respondía a la descripción y fue a verla. Manifestó que no se trataba de su hermana, pero escuchó lo que decía en su delirio, simpatizó con ella y manifestó que mandaría dinero para que pudiera tener un tratamiento particular. El superintendente pensó que la contribución consistiría en un cheque. Pero no fue así. Se hizo con dinero, un paquete de billetes de banco que fue entregado por un mensajero, junto con una nota en la cual se afirmaba que la mujer prefería conservar el anonimato.

—En otras palabras —dijo Mason—, no existe ninguna posibilidad de saber si el cadáver era o no el de Corrine Lansing.

—Así es.

—¿Hubo entierro?

Drake se encogió de hombros.

—La mujer fue registrada como «Muerta sin identificar». Ya sabes lo que ocurre en tales casos. Los cadáveres son entregados al Estado para propósitos de disección y demás. Se supone que son retenidos durante treinta días.

—¿Un cuerpo quemado? —preguntó Mason.

—Creo que son solicitados para utilizarlos en las clases que se dan a los agentes de policía sobre incendio premeditado, criminología e investigación sobre homicidio. ¿Y qué hay sobre ese mensaje en la botella?

—Si la policía lo ha hallado en el escritorio de Alder debe haberle echado mano. Pero no ha dicho ni una palabra sobre ello.

—¿Qué sabes de tu cliente?

—Nada. Solicité el *habeas corpus* hace un par de horas.

—El sheriff cree tener pruebas contra ella, Perry. Incidentalmente, la policía, cumpliendo órdenes del sheriff, ha detenido al empleado nocturno del hotel «Monadnock», por considerarlo un testigo material. ¿Para qué lo quieren si no es con el objeto de sacarle algo acerca de Dorothy Fenner?

—¡Maldito sea, Paul! Dorothy Fenner se encontraba en su departamento cuando el crimen fue cometido. Fue puesta en libertad bajo fianza y se dirigió directamente a su habitación del

hotel. La llevé hasta su casa yo mismo. Ahora, en confianza, te diré por qué el sheriff está interesado en el empleado del hotel. Él puede *demostrar* que George S. Alder fue a ver a Dorothy Fenner en su habitación del «Monadnock», pero eso es todo lo que pueden probar. Dorothy Fenner me ha asegurado que no salió de su habitación en todo el tiempo.

—Bueno —dijo Drake—, hay algo feo en la manera como han encerrado a ese empleado nocturno, Perry.

—Es tal como te lo conté, Paul —contestó Mason—. Lo han encerrado porque desean demostrar que Alder fue a ver a Dorothy Fenner. Estoy enterado de todo acerca de esto. El dio cinco dólares al empleado para que lo dejase subir sin ser anunciado. ¿Y qué? Eso no prueba nada.

—Bueno, el sheriff cree que sí. Ahora deben preparar algo contra ti.

—Déjalos que preparen —contestó Mason—, haciendo una mueca. Saldrán chasqueados. ¿Has localizado a Pete Cádiz?

—Sí. Es una especie de vagabundo de las playas que vive en una barca de vela. ¿Quieres un informe sobre él?

—No, déjalo tranquilo, Paul. No puedo demostrar ningún interés por él sin comprometerme. Se supone que yo no sé nada acerca de aquella carta. ¿Crees tú que fue sustraída por el asesino, Paul?

—No sé nada sobre eso, Perry. Todo lo que sé es que la policía está trabajando en colaboración con la oficina del sheriff y que son muy susceptibles y presumidos.

Mason arrugó el ceño.

—No te preocupes, Paul; están ladrando a la luna. ¿Has localizado a Carmen Monterrey?

—Está en aquel restaurante, como encargada del mismo y dedicada a decir la buenaventura. Estará allí esta noche, pero nadie sabe dónde se la puede encontrar durante el día. Algunos de mis hombres vigilan el lugar. ¿Deseas algo especial respecto a ella?

Mason denegó con la cabeza.

—Della y yo cenaremos allí esta noche… y haremos que nos diga la buenaventura.

—¡Que tengas suerte! —dijo Drake sonriendo burlonamente—. Pregúntale acerca de lo que las autoridades realmente saben en lo que se refiere a nuestra cliente, Perry. Me satisface que crean tener

un as en su juego.

—Que sigan teniéndolo y lo mataremos con un triunfo —anunció Mason, optimista.

Capítulo 13

Un mejicano gordo, con una sonrisa estereotipada en los labios, una sonrisa afable y despreocupada, un sarape echado sobre sus hombros y luciendo un gran sombrero de paja, tocaba la guitarra.

Se hallaba sentado frente a la entrada, de la cual arrancaban algunos escalones que llevaban al piso del restaurante instalado en unos sótanos, y la sonrisa, desde hacía tiempo, no era más que una cansada mueca facial.

Mason, llevando del brazo a Della Street y andando despacio, vaciló durante unos momentos frente al restaurante, luego bajó los escalones que llevaban al comedor escasamente iluminado y de ambiente típico.

Las mesas, cubiertas por manteles a cuadros rojos y blancos, estaban colocadas alrededor de la pista de baile, que debía tener unos cinco metros cuadrados.

A un extremo de la sala había un micrófono y cuatro hombres con sarapes proporcionaban música a cuatro o cinco parejas que bailaban. De las tres docenas de mesas que había en el lugar, apenas la mitad estaban ocupadas.

Camareras con vestidos mejicanos servían comida y bebidas. Una decidora de la buenaventura iba de una mesa a otra sonriendo de una manera impersonal y con una mueca en el rostro tan mecánica como la del tocador de guitarra que estaba fuera.

El hombre destacado allí por Paul Drake se acercó a Mason y, en voz baja, dijo:

—Llegó hace un cuarto de hora.

—¿Es la que dice la buenaventura?

—Sí. Y ésta que viene ahora es su tía. La tía es la dueña del lugar.

La corpulenta mujer a la cual el empleado de Paul Drake

acababa de referirse se acercaba presurosa hacia ellos, con una sonrisa de bienvenida en sus labios y una astuta y observadora mirada en los ojos.

—Es un amigo mío —dijo el hombre de Paul Drake—. Estoy allí, en aquel compartimiento. Estaremos juntos.

—¡Oh, magnífico! —dijo la dueña—. Es su amigo, ¿verdad?

—Sí.

—¡Encantada! Entonces, él y la señorita estarán con usted, ¿verdad? Encantada de que hayan venido.

Mason se dirigió al compartimiento indicado por el hombre de Paul Drake y se sentó.

—¿Le han dicho ya la buenaventura? —preguntó Mason.

—No —contestó el hombre—. Ella llegó sólo hace un cuarto de hora, y las órdenes de Paul fueron que vigilásemos el lugar, no perdiésemos de vista a la mujer, averiguásemos cuanto nos fuese posible sobre sus antecedentes y le esperásemos a usted.

—Esperaremos un minuto y veremos qué pasa.

El hombre dijo:

—El arroz a la española que sirven aquí es del mejor que haya usted comido; los otros platos, nada tienen de particular. ¡Caramba! Cuando uno ha conocido la verdadera hospitalidad mejicana, este lugar para turistas resulta horrible. Si usted pide cerveza, se la sirven diez minutos después de que el camarero se dé una vuelta, tome la botella vacía y se queda esperando, como haciéndole el favor de una silenciosa sugestión para que pida otra… Vea el baile… Es bueno.

Mason se sentó y se puso a mirar las parejas que danzaban en la pista.

—Las dos muchachas que bailan con aquellos tipos mayores que ellas son unos pimpollos —dijo el detective—. Evidentemente divierten a algunos clientes forasteros. No son profesionales, sino probablemente mecanógrafas de una oficina, y no les gusta el trabajo. Los hombres tienen el diablo en el cuerpo y les costaría poco desmandarse. Las muchachas desearían haber terminado y están pensando en lo que sucederá cuando llegue el momento de despedirse. Cada veinte minutos van al tocador para conferenciar, y cuando ellas desaparecen los dos hombres hablan de sus planes en voz baja… Vea aquella esbelta chica que baila con un tipo alto y

robusto. Está al tanto de la situación en que se encuentran los dos forasteros. Apuesto cualquier cosa a que la próxima vez que las dos mecanógrafas se marchen al tocador, esa esbelta chica hará algo para llamar la atención. Observe cómo baila. Diríase que quiere meterse dentro de la chaqueta de su pareja… Ahora eche una ojeada al tipo que ha salido con su mujer para celebrar quién sabe qué. Baila y está haciendo más ejercicio del que ha hecho durante diez años. Ella se divierte también, pero mañana por la mañana serán buenos para los perros y, por la noche, a esta hora, el médico le aplicará el estetoscopio, meneará gravemente la cabeza y dirá al individuo que no ha de olvidar que tiene treinta y cinco años más y pesa veinte kilos más que cuando ganó el primer premio de baile de la clase de su colegio. Siempre me ha gustado ver a la gente en un lugar como éste y…

Una camarera tendió a Mason el menú.

Mason dijo:

—Tráigame cerveza y algunos bocadillos. Luego encargaremos la cena.

La camarera trajo la cerveza y esperó. Mason convenció a Della de que probase el arroz a la española y tortillas.

—Ahí viene ella, jefe —dijo Della.

Carmen Monterrey, con una sonrisa en los labios, se acercó a la mesa.

—¿Le digo la buenaventura? —preguntó, arqueando las cejas, mirando a los hombres pero dirigiéndose a Della Street.

—¡Oh! —exclamó Della, con entusiasmo—. Eso sería… —se interrumpió y miró, dudando, a Perry Mason.

Mason, representando su papel, dijo:

—Claro está que sí. Si lo deseas, ¡adelante!

Della Street, compungida, dijo:

—¡Oh, no sé…! ¿Crees que está bien?

—Naturalmente que está bien —dijo Mason—. Dele una buena *lectura* a su mano —añadió, tendiendo a Carmen Monterrey un billete de un dólar plegado en tres dobleces.

Carmen Monterrey se guardó en el seno el billete, se sentó frente a Della Street y dijo:

—Permítame que tome su mano.

Durante unos momentos examinó las manos de Della Street y

luego dijo:

—Usted trabaja. Desempeña un importante empleo, ¿no?

—Eso depende de lo que usted considere por importante —contestó Della con modestia.

—A usted le gusta su trabajo, pero eso se debe tal vez a que usted ama a alguien que está relacionado con el mismo.

Carmen Monterrey enarcó las cejas.

Della Street, súbitamente aturrullada, dijo:

—Bueno, después de todo…

Carmen Monterrey lanzó una mirada de inteligencia a Mason y dijo:

—¡Oh! Tiene usted un leal apego a su trabajo. Eso seguramente es debido al hecho de que el hombre por el cual trabaja es un hombre noble, un hombre que inspira confianza.

Mason sacó otro billete de un dólar y lo dio a Carmen Monterrey.

—Se porta usted muy bien —dijo.

En las mejillas de Carmen Monterrey se marcaron dos hoyuelos cuando, riendo, se guardó, también en el seno, el billete. Dijo:

—Usted trabaja mucho, durante muchas horas, pero se siente identificada con un trabajo que ama. Y este amor producirá su fruto, ¿verdad?

Della Street abrió la boca para hablar, pero se contuvo.

—Un hermoso fruto —prosiguió diciendo Carmen Monterrey—, un hermoso fruto. Primero viene la flor, luego el fruto… A veces desearía usted descansar, pero no quiere abandonar el trabajo. Ha vivido usted sola en el mundo durante mucho tiempo. Su madre murió siendo usted muy joven y su padre… Quizás hubo una separación antes de que su madre muriera de pena, ¿no es así? Estas cosas le causaron una fuerte impresión. Usted ha comprendido siempre que cuando una mujer da su corazón lo da todo… Tal vez…

Della Street retiró súbitamente su mano.

—¡Basta ya! —dijo, riendo nerviosamente.

Carmen Monterrey la miró con aire comprensivo.

—El porvenir —dijo— es tal vez determinado por lo pasado. El barco que nunca sale del puerto porque teme las tempestades no puede regresar con un valioso cargamento, ¿no es verdad?

—Sí —concedió Della Street.

Carmen Monterrey miró a Perry Mason, hizo el ademán de tomar su mano, pero se volvió hacia Harry Frink.

—¿Quiere que le diga la buenaventura? —preguntó.

—No —contestó Frink, tajante.

Mason dijo:

—Creo que usted es magnífica prediciendo la buenaventura, Señorita…

—Carmen —dijo ella—; llámeme usted Carmen.

—Es usted competente.

—Nunca me ha faltado el sentido psíquico. Veo cosas. Y a veces, en las líneas de la mano…

—¿Cree usted realmente en eso? —preguntó Mason.

Ella se encogió de hombros y rio.

—¿Cómo puedo saber en qué creo? Cuando uno cree en algo, lo que cree forma parte de uno mismo. Yo sólo sé que cuando tomo la mano de una persona algo viene a mí, algo que fluye de la mano e invade mi sangre y mi cerebro, y las, ideas se presentan. Contemplo las líneas de una mano, tengo cogida esa mano, pero las cosas se forman dentro de mi cerebro. Esto es lo que se llama poder psíquico, ¿no?

—Supongo que sí —contestó Mason, incrédulo—. ¿Nació usted en este país?

Carmen Monterrey negó con un movimiento de cabeza.

—No; nací en Méjico.

—Es usted inteligente —dijo Mason—. Debe haber viajado, ¿no?

Ella se echó a reír y contestó:

—Ya ha adquirido usted la costumbre mejicana de terminar una frase con una pregunta. Mi tía se ríe de mí a causa de tal hábito, pero ella misma lo tiene. Hacemos una pregunta y decimos «no» al final, cuando quizá la respuesta, naturalmente, debería ser «sí»; pero decimos «no», como una pregunta, para allanar el camino a la persona que contesta.

—¿Dónde se educó usted? —preguntó Mason.

—He viajado —contestó ella, algo pensativa.

—¿Por Europa?

—No.

—¿Por América del Sur?

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

Mason dijo:

—Siempre he deseado ir a América del Sur. Dígame, ¿es hermoso?

Carmen, moviendo los ojos, contestó:

—Es hermosísimo, señor.

—¿Hace mucho tiempo que estuvo usted allí?

—Regresé hace poco.

—¿De veras?

—Mi capacidad para decir la buenaventura, sirve para los demás, pero no me es posible ver tan claramente las cosas que se refieren a mí. Mi única gran amiga desapareció y nadie sabe su paradero. Algunos dicen que debe haber muerto; pero no pueden precisar cómo ni cuándo falleció. A veces tengo la impresión de que vive y se halla cerca de mí, pero otras veces experimento la sensación de que está muerta, y también cerca de mí. Es un enigma. Antes de su muerte, su espíritu era presa de inquietud y angustia, y cuando una amiga en quien ella confiaba la traicionó, la impresión que recibió fue tremenda. Pero estamos hablando demasiado acerca de mí. Será mejor hablar acerca de usted. Usted es un hombre con un talento que tiene muchas facetas, es envidiado por sus prendas personales, pero se enfrenta con un gran peligro, ¿no es verdad?

—No —contestó Mason, sonriendo.

—Pues yo creo lo contrario. Creo que hay… ¿Pero usted seguramente no desea que le digan la buenaventura…?

Mason echó para atrás la cabeza y rio.

—Su arte de convencer es encantador. Sí, deseo que me diga la buenaventura.

Carmen Monterrey tomó durante unos momentos la mano de Mason.

Súbitamente, Frink lanzó una tosecilla de aviso, miró a Mason e hizo un ademán.

Mason levantó los ojos y vio que dos hombres anchos de espaldas, aire astuto y agresivamente importantes, entraban en el restaurante.

La mujer mejicana que regentaba el lugar acudió a recibirlos con muestras de cordialidad; luego, al advertir el inconfundible sello de importancia oficial en sus rostros, su sonrisa se desvaneció.

Uno de los dos hombres dijo algo en voz baja.

La mujer señaló hacia el compartimiento.

Los dos hombres avanzaron; uno de ellos se quitó el abrigo y mostró su insignia.

—Está bien, Carmen —dijo—. Ya hay bastante. Prepare sus cosas, pues nos ha de acompañar. Alguien desea hacerle algunas preguntas.

Miró vagamente a Mason y dijo:

—Siento interrumpir su reunión, señor —al tiempo que ponía una mano sobre el hombro de Carmen.

Un momento después añadió:

—Vamos, Carmen.

—Pero no comprendo…

—No importa. Vamos…

La mujer que regentaba el lugar se mostró solícita.

—Por favor, Carmen, de prisa —dijo, y se puso a hablar rápidamente en español, lo cual hizo poner en movimiento a Carmen.

—Bueno —dijo Mason, mientras los hombres acompañaban a Carmen hasta el coche—, estuvo bien mientras duró. Llamaré a Paul Drake para ver si sabe algo acerca de lo que acaba de ocurrir.

Mason se dirigió a la cabina telefónica, marcó el número de Drake y cuando éste se puso al aparato, dijo:

—Acaban de llevarse a Carmen, Paul. ¿Sabes algo acerca de esto?

—No lo *sé*, Perry, pero *creo* que las autoridades tienen la carta y que tratan de iniciar una investigación. Sin embargo, tengo otras noticias. ¿Carmen te dijo la buenaventura?

—Sí.

—¿Cómo fue?

—Ella es buena…, tiene poder psíquico.

—¿Fue favorable el vaticinio?

—Había empezado bien, pero fue interrumpida.

—Si fue favorable —dijo Drake—, su poder psíquico es una filfa. Acabo de recibir informes de que el sheriff está preparado para encausar a Dorothy Fenner y para demostrar que *tú* fuiste el cómplice que la esperó en la canoa cuando ella trató de robar la prueba en casa de George Alder, el sábado por la noche.

Capítulo 14

—El abogado defensor tiene la palabra —dijo el juez Garey.

Perry Mason, de pie, se inclinó cortésmente.

—Estamos completamente satisfechos con este jurado, Señoría.

El juez Garey miró al fiscal.

Claud Gloster, fiscal del distrito, hizo un amplio gesto de aprobación.

—Que el jurado preste juramento.

El jurado, compuesto de siete hombres y cinco mujeres, se puso en pie, levantaron todos la mano derecha y juraron pronunciarse bien y con justicia en el caso del pueblo del Estado de California por una parte y Dorothy Fenner por la otra.

Claud Gloster, como fiscal acusador, se despachó en una exposición inicial muy breve en la que hizo constar simplemente que esperaba probar que la acusada, Dorothy Fenner, con maligna premeditación, había asesinado a George S. Alder en su casa junto a la playa en un lugar conocido como la isla de Alder; la muerte había sido causada por un tiro de revólver; la bala había penetrado en el cuello, seccionado una arteria principal y quebrado la columna vertebral. La víctima había caído sobre sus propias pisadas.

La víctima estaba esperando la visita de la acusada. Había encerrado al perro que había sido su compañero inseparable durante los últimos meses para que la acusada pudiese entrar en la casa sin temor del animal. La acusada le había dado muerte de un tiro de revólver del calibre 38, había huido por la puerta posterior hacia la playa, donde había dejado una canoa o un pequeño bote y había ido remando hasta su yate, donde, después de amarrar la canoa al yate, cambió sus vestidos; luego fue hasta el embarcadero y regresó a su departamento.

Era un discurso inicial muy resumido. Al terminar, el fiscal se

sentó. Mason renunció a tomar la palabra en aquel momento y el fiscal del distrito llamó a su primer testigo.

El médico forense testificó, con gran alarde de palabras técnicas, el hecho de la muerte y su causa.

Claud Gloster, prudente, lógico, peligroso antagonista ante un tribunal, tenía cuidado de hacer únicamente las preguntas adecuadas para hacer evidentes los puntos que le interesaban y luego detenerse.

—¿Desea usted —preguntó, dirigiéndose cortésmente a Mason— interrogar al testigo, señor Mason?

—Sólo una pregunta —contestó.

—Interrogue.

—Gracias. Cuando usted examinó el cadáver, doctor, ¿determinó usted la causa de la muerte?

—Sí, señor.

—¿Dijo usted que la herida había sido causada por una bala del calibre 38?

—Sí, señor.

—¿Esa bala fue hallada?

—No, señor; la bala no fue hallada.

—¿Cómo, pues, conoce su calibre?

—En parte por el tamaño de la herida, en parte deduciéndolo del hecho de que el revólver que disparó la bala fatal estaba debajo del cadáver.

—Si no se encuentra la bala fatal, ¿cómo sabe usted que el revólver hallado bajo el cadáver fue el arma que disparó la bala fatal?

—Porque había sido disparado recientemente, porque no había otro lugar donde pudiera ir la bala y porque el revólver era del calibre 38.

—Comprendo. Sabe que la bala fatal era del calibre 38 porque el arma fue encontrada debajo del cadáver y sabe que esta arma era la que fue usada porque es del calibre 38. ¿No es así?

—Parece absurdo cuando lo expresa usted de este modo.

—Entonces exprese usted sus deducciones de algún modo que no parezca absurdo.

—Había el tamaño de la herida.

—¿No sabe usted que una bala siempre hace una herida de

entrada más pequeña que el calibre de la bala? —preguntó Mason.

—¿Cómo puede hacer una herida de entrada *más pequeña* que su diámetro?

—Debido a la elasticidad de la piel.

—Bueno, ésa era del calibre 38. Estoy seguro de ello.

—Pero esa parte de su declaración en que afirma que el revólver era el arma fatal, ¿es pura deducción?

—Es una opinión de experto.

—¿Una opinión de experto basada en pura deducción, doctor?

—Bueno…, sí, ya que quiere usted expresarlo de esta manera.

—Eso es todo —dijo Mason.

Un vigilante prestó juramento y se presentaron mapas del lugar. Después declaró un oficial de policía, quien testificó que había sido llamado al lugar del crimen por una llamada telefónica de un vecino, a quien a su vez habían alarmado los gritos de una de las criadas que había ido al cine y al regresar encontró a George Alder yaciendo muerto en el suelo del estudio. El oficial describió el lugar como él lo había encontrado, hizo constar que desde el momento en que entró en la casa permaneció allí y que dio orden a otros de que telefoneasen al sheriff y avisasen al pesquisidor. El testigo esperó en el lugar del crimen hasta que llegó el señor juez. Estuvo presente cuando se tomaron fotografías e identificó una numerosa serie de éstas en las que se veía el cadáver y las condiciones del lugar en aquel momento.

—Puede interrogar —dijo Gloster en tono del todo indiferente.

—A ver, ¿el perro estaba encerrado en una habitación contigua? —preguntó Mason.

—No era una habitación contigua, era una especie de…, bueno, un cuartito muy reducido con una ventana cerca del techo. La ventana era tan alta que el perro no podía alcanzarla.

—¿Quién dejó salir al perro?

—Pues, cuando llegaron refuerzos, nosotros…, todos juntos, lo soltamos.

—¿Y qué sucedió?

—Nos propusimos entreabrir la puerta y, cuando el perro sacase la cabeza, pasarle una cuerda al cuello.

—¿Pudieron hacerlo?

El oficial sonrió.

—Aquel perro era como una bala. Abrimos la puerta y el animal salió disparado, arrancó la cuerda de las manos del hombre que trataba de sujetarlo y escapó como un relámpago.

—¿A dónde fue?

—Lo último que vi fue que atravesaba la habitación y saltaba los escalones arrastrando la cuerda tras él.

—¿Corrieron ustedes tras el perro?

—Sí, señor.

—¿Y dónde estaba?

El testigo sonrió.

—Había desaparecido.

Esto provocó la risa de la sala.

—¿Sabe usted qué dirección tomó el perro?

—Bueno, por haberlo visto personalmente, no, señor.

—¿No se le veía en el patio?

—No, señor.

—¿Usted sabe que no estaba en el patio posterior?

—Dio la vuelta a la casa, al parecer, y trató de salir a la calle por la verja. Yo no *sé* esto, no puedo jurarlo, porque cuando yo llegué ante la fachada de la casa la criada que había salido corriendo por la puerta delantera ya lo tenía sujeto por la cuerda.

—¿El perro trató de morder?

—El perro dejó que aquella criada sostuviera la cuerda.

—¿Era la misma criada que había descubierto el cadáver?

—Sí, señor.

—¿Y dónde está ahora ese perro?

—¡Oh! Señoría —dijo Gloster—, esto, por cierto, no es propiamente un contrainterrogatorio. Está fuera de los puntos en discusión.

—Bueno, si el testigo lo sabe, puede decirlo —ordenó el juez—. No veo que tenga particular importancia una cosa u otra, pero quiero conceder a la defensa la mayor amplitud en el contrainterrogatorio.

—Pero, Señoría, plantear la cuestión de dónde está el perro en el momento *presente* es llevar sin duda el interrogatorio demasiado lejos —objetó Gloster cortésmente—. Considero significativo que el difunto encerrara al perro en ese cuartito para que la persona a quien esperaba no fuese molestada por él. Esperamos demostrar que

ése era el procedimiento acostumbrado. Siempre que alguien era recibido en la casa, esto es, algún extraño, el perro era encerrado o amarrado. Pero preguntar dónde está el perro ahora, ciertamente es apartarse mucho del punto en discusión.

Mason dijo con una sonrisa:

—Bien, si eso es enteramente sin importancia, ¿por qué no dejarme saber dónde está el perro?

—Porque no tiene ninguna utilidad recargar el expediente con una cantidad de asuntos extraños al caso.

—Bien, sólo para mi propia información, dígame dónde está el perro.

Gloster denegó con un movimiento de cabeza.

El juez Garey empezó a dar señales de vivo interés.

—Creo que la defensa tiene derecho a saberlo —ordenó.

—Señoría —dijo Gloster, desesperadamente—, quiero mantener los testimonios dentro de los puntos en discusión y quiero limitar los puntos en discusión a la cuestión de quién mató a George S. Alder. Si empezamos a traer a colación los perros, y dónde están los perros, y qué comen los perros, y cómo se sienten los perros, y si los perros están apenados, y…

—No ha hecho ninguna pregunta sobre la dieta del perro. Pregunta dónde está el perro —dijo el juez Garey—, y creo que tiene derecho a saberlo. Conteste la pregunta, señor testigo.

—No lo sé —contestó el oficial—. Creo que lo llevaron a una perrera. Después de esto, no supe nada más de él.

—¿Sabe usted cuál era esa perrera, señor Gloster? —preguntó el juez Garey con voz severa.

—No, Señoría, creo que el sheriff se hizo cargo del perro.

—Bien, averígüelo y hágamelo saber —dijo el juez Garey—. Creo que tenemos derecho a saber dónde está el perro. ¿Alguna otra pregunta, señor Mason?

—Sobre ese cuartito donde estaba el perro —dijo Mason—. ¿Dijo usted que el cuartito había sido construido especialmente para el perro?

—No, señor, no dije eso. Creo que había sido simplemente un armario de pared en el cual hicieron una ventana para la ventilación. Se podía comprender que el perro era encerrado allí a intervalos: había su cama, un tazón de agua y el interior de la

puerta estaba todo arañado hasta saltar astillas, allí donde el perro había tratado de salir cuando se cometió el asesinato. Se había arrancado una uña al arañar.

—¿Vio usted la uña arrancada? —preguntó Mason.

—La uña arrancada, no, pero se comprendía que había sucedido así porque había tres distintas, aunque débiles, rayas de sangre en el interior de la puerta, allí donde la pata había rascado la madera y un par de manchas de sangre en el piso del cuartito. Si quiere que le diga, fue un crimen tener al perro en un cuarto con una puerta artesonada. Podía haberse clavado una tabla de madera lisa en el interior de la puerta y así el perro no hubiera podido romperse las uñas con los artesones.

—Pero ¿antes había arañado la puerta? —preguntó Mason.

—Bueno, para ser justo con el amo, hay que decir que los arañazos eran todos recientes. Supongo que… perdone, olvidaba que no puedo testificar basándome en una opinión.

—Siga —dijo Mason—. No hago ninguna objeción. Parece tener usted una opinión más experta que la de los expertos.

—Bien, pues los arañazos en el interior de la puerta eran todos recientes. Llamé la atención de los demás sobre eso después que hubimos abierto la puerta y el perro se precipitó fuera. Evidentemente, estaba bien disciplinado y acostumbrado a permanecer en el cuarto, pero cuando oyó el disparo y…, bueno, supongo que hubo una pelea y…, bueno, de todos modos, ese perro estaba tan furioso por salir, que se arrancó una uña con aquel áspero artesonado del interior de la puerta. Yo amo a los perros y me apena cuando veo que se hace sufrir a un animal.

—¿Se arrancó más de una uña? —preguntó Mason.

—Dije sólo una.

—¿Y no había arañazos en la puerta que no fuesen recientes?

—No, señor. A propósito, interrogué sobre eso a los criados, pero supongo que esto no sería admisible ahora como prueba.

—En otras palabras —dijo Mason—, usted intentó probar, al menos para su propia satisfacción, que hubo algo de pelea inmediatamente antes del disparo. ¿No es así?

—Sí, señor.

—¿Y lo consiguió?

—Exactamente.

—Entonces, ya que se trata de teorías, ¿cómo se posesionó el asesino del revólver de George Alder?

—Debió estar sobre el escritorio…, o quizás una joven…

—¡Oh! Si le place al tribunal… —protestó Gloster.

—Todo eso ciertamente no son pruebas —afirmó el juez Garey —. Es pura especulación. La defensa lo pide, pero no son pruebas.

—Es lo mismo que todo el resto del caso, Señoría —dijo Mason.

—Creo que prescindiremos de las discusiones, señor Mason.

—Muy bien, Señoría.

—Eso es todo —anunció Gloster—. Ahora mi siguiente testigo será el sheriff del condado, Leonard C. Keddie.

El sheriff Keddie, un individuo alto, de huesos salientes, que hablaba con lentitud, prestó juramento, se instaló en el estrado de los testigos y dio su nombre, edad y profesión.

—¿Fue usted llamado a la residencia de George S. Alder, en la isla de Alder, en la noche del tres de agosto?

—Sí, señor.

—¿Y qué encontró usted, sheriff?

—Bueno, cuando yo llegué allá ya estaban los otros… estaban allí desde hacía un rato. Organicé el registro y empecé a revisar los alrededores. Encontramos que faltaba un bote del embarcadero, uno de los botes pequeños, y supusimos que el asesino podía haber conseguido escapar en él. En el muelle había una señal de alarma, pero una persona que conociera el lugar podía desconectar la señal *desde el lado de tierra*, de modo que estaría sin funcionar durante tres minutos y luego volvería a conectarse. Me hice cargo de la fase de la investigación que tenía por objeto encontrar aquel bote.

—¿Y lo encontraron?

—Sí, señor.

—¿Dónde?

—Flotando a la deriva en la bahía.

—¿Puede usted señalar en este mapa, pieza de convicción D-12, el lugar aproximado donde fue hallado el bote?

—Sí señor, puedo. Era precisamente más o menos en este punto donde ahora voy a hacer una cruz con lápiz.

—Ahora, dígame, ¿estaba usted presente cuando se recobró el bote?

—Sí, señor.

—¿Y observó usted algo peculiar en aquel bote?

—Estaba recién pintado de cierto color verde.

—¿Hizo usted alguna investigación en el yate *Kathy Kay*, propiedad de la acusada en este caso?

—Sí, señor.

—¿Y observó usted algo significativo en ese yate?

—Sí, señor.

—¿Qué?

—Un lugar en el costado del yate donde se había pegado algo de pintura verde.

—¿Y qué hizo usted con esa pintura verde, si es que hizo algo?

—Hice que fuera recogida y la mandé a un laboratorio químico para su análisis espectroscópico en comparación con la pintura de ese ligero bote que encontramos a la deriva en la bahía y el cual después identificamos como de George S. Alder.

—¿Qué más hizo usted? —preguntó Gloster.

—Bueno —contestó el sheriff lentamente—, pensando que alguien que hubiera saltado apresuradamente dentro de aquel bote podía haber dejado caer algo…, sólo por si eso había sucedido, pedí un lente submarino y empecé a examinar el fondo de la bahía alrededor de donde había estado amarrado el pequeño esquife.

—¿Y encontró usted algo? —preguntó Gloster con una mirada triunfal.

—Sí, señor.

—¿Qué?

—Un bolso de mujer.

—¿Y dónde está ahora ese bolso?

—Lo traigo conmigo —dijo el sheriff.

—¿Quiere usted hacer el favor de mostrarlo?

El sheriff abrió una cartera y sacó un grueso sobre de papel sellado con cera roja y que tenía unas firmas encima.

—Está aquí, en este sobre sellado.

—Dígame, ¿hizo usted un inventario del contenido del bolso?

—Sí, señor.

—¿Y dónde están los objetos que contenía este bolso?

—Los tengo aquí, señor, en este segundo sobre.

El testigo sacó otro sobre sellado.

—Ahora bien, ¿esos sobres parece que están sellados y tienen

varias firmas encima?

—Sí, señor.

—¿Qué son estas firmas?

—Firmé con mi nombre encima del sobre cuando el bolso estuvo encerrado en él. Las otras autoridades que había allí hicieron lo mismo.

—¿Y el contenido del bolso?

—Fue colocado en otro sobre y estas firmas son las de los otros testigos.

—¿Su firma de usted está en ambos sobres?

—Sí, señor.

—¿Y está usted convencido de que los sellos no han sido levantados?

—Sí, señor.

—Creo que también está aquí mi firma —dijo Claud Gloster, sonriendo.

—Sí, señor.

—Examinaré esto y pediré que los sobres pasen al jurado para que cada miembro del mismo pueda observar que los sellos no han sido retirados.

—¿Alguna objeción? —preguntó el juez Garey a Mason.

—Ninguna absolutamente, Señoría.

Los sobres fueron entregados al jurado para su inspección. Luego el fiscal del distrito, dijo:

—Ahora pido que sean abiertos estos sobres y que se admitan como prueba los diversos objetos que contienen. El bolso como una pieza de convicción y el sobre con el contenido como otra pieza de convicción.

Mason dijo:

—Quisiera interponer una objeción, Señoría, y agradecería que se me concediera el privilegio de interrogar al testigo con referencia a las dos piezas de convicción, relacionándolo con mi objeción.

—Muy bien.

Mason se encaró con el sheriff y preguntó:

—¿Por medio de un lente submarino vio usted el bolso de esta mujer en el fondo de la bahía?

—Sí, señor, ayudado por una lámpara eléctrica.

—¿El fondo era arenoso o de lodo?

—Arenoso, en aquel lugar. Arena blanca. El bolso se destacaba claramente.

—Exacto —dijo Mason—. ¿Y ese bolso estaba en un lugar donde con un lente submarino podía usted verlo estando tendido boca abajo en el pequeño embarcadero?

—Sí, señor.

—¿Entonces el bolso estaba muy cerca del muelle?

—Sí, señor.

—¿Dónde alguien podía haberlo dejado caer hallándose de pie en el muelle?

—Donde era más natural que una mujer lo dejase caer al saltar del muelle a un bote.

Mason dijo:

—Conteste sólo a mi pregunta, si le place, sheriff. ¿El bolso estaba en el fondo donde podía haber sido dejado caer por una persona que estuviera de pie en el muelle?

—Bueno, así lo creo, sí; pero en tal caso una mujer ciertamente sabría que se le había caído el bolso y…

—Exactamente —interrumpió Mason—. Veo que está usted muy deseoso de hacer constar su punto de vista, sheriff, así que lo admitiremos. Pero queda el hecho de que el bolso podía muy bien habérsele caído a alguien que estuviera en el muelle.

—Bueno, podía ser, sí.

—Ahora bien, usted vio este bolso en el fondo y entonces, ¿qué hizo usted?

—Lo recogí.

—¿Cómo?

—Yendo a buscarlo.

—¿Que profundidad tenía el agua?

—Diría menos de un metro y medio.

—¿Y quién fue a buscarlo?

—Uno de mis agentes.

—¡Oh! —exclamó Mason, sonriendo—. Usted descubrió el bolso y luego envió a uno de sus agentes a buscarlo.

—Tengo un agente que es muy buen nadador.

—¿Y sacó el bolso?

—Sí.

—Veamos, sheriff, ¿no había nada en aquel bolso que

demostrase a usted *cuándo* había caído?

—Bueno, cuando lo vea usted, si echa una mirada al…

Mason lo interrumpió con firmeza:

—Sheriff, voy a insistir en que me dé una respuesta categórica a mi pregunta. ¿No había nada en aquel bolso que indicara *cuándo* había caído? Hablo del propio bolso.

—No, señor.

—Simplemente, estaba allí sobre la arena.

—Bueno, naturalmente, no podía haber permanecido allí en aquella posición, sobre la arena, mucho tiempo.

—¿Por qué no, sheriff?

—A causa de las mareas y del arrastre de arena.

—¿Cuánto tiempo podía haber permanecido allí sin ser cubierto por la arena? Recuerde, sheriff, que ha prestado usted juramento.

—Bueno…, naturalmente no lo sé.

—Suponía que no lo sabría usted —dijo Mason, sonriendo—. Ahora bien, puesto que usted ha hecho constar francamente que no había nada en ese bolso que demostrase *cuándo* había caído, según lo que usted sabe, el bolso podía haberlo dejado caer cualquier persona, incluyendo la acusada, durante la noche del sábado anterior al asesinato.

—¿Se refiere usted al bolso ahora?

—Al bolso —contestó Mason.

—Bueno, si quiere usted limitarlo al bolso, creo que sí, pero cuando se trate del contenido…

—Ahora me refiero al bolso —dijo Mason.

—Muy bien, hablemos del bolso.

—¿No había nada que indicara que el bolso no podía haberse caído el sábado por la noche?

—Bueno, creo que no; no, señor.

—Ahora dígame, ¿sabe usted algo acerca de que la acusada hubiera estado en aquel lugar en la noche del sábado anterior al asesinato?

—No, señor, no sé nada directamente.

—Bueno, ¿sabe usted algo de ello?

—¡Oh! Señoría —dijo Gloster—, tengo que objetar contra todo aquello que el sheriff no sepa por conocimiento directo.

—Perfectamente —dijo Mason—. Pensé que usted, tarde o

temprano, sacaría a relucir esos hechos y que podíamos ya presentarlos al tribunal.

Gloster dijo:

—Los únicos hechos que pienso sacar, a relucir son aquellos que indican que la acusada asesinó a George Alder. Si existen otros hechos es cosa de la defensa exponerlos.

Mason reflexionó sobre el asunto durante un momento, frunciendo el ceño, y luego dijo:

—Muy bien, si ésta es su posición permaneceré dentro de las limitaciones técnicas de los testimonios y espero que usted hará lo mismo, señor.

El sheriff hizo una declaración voluntariamente.

—El contenido del bolso demuestra cuánto yo… —dijo.

—¿El contenido? —preguntó Mason.

—Cuando miramos dentro del bolso —explicó el sheriff, sonriendo con aire triunfal— encontramos un recorte del *Express* de la mañana del día tres, en el que se da la noticia de un robo de joyas por valor de cincuenta mil dólares y la denuncia de Alder de que…

—Un momento, sheriff —dijo Mason—. El recorte en sí mismo es la mejor prueba, no el recuerdo de su contenido.

—Muy bien. El recorte está aquí.

Mason vaciló un momento, considerando rápidamente la situación, y luego dijo:

—Ahora, Señoría, voy a objetar contra la introducción del bolso por el motivo de que no hay base apropiada para la cuestión del tiempo y objetaré contra la aceptación del contenido del bolso como prueba por el motivo de que ese contenido es incompetente, inaplicable y sin importancia, excepto por aquello con que ese contenido puede identificar a la propietaria del bolso. Objetaré particularmente contra cualquier recorte de periódico por medio del cual pueda tratar el fiscal de crear en el jurado un prejuicio contra la acusada.

—Naturalmente, Señoría —observó Gloster—, si el contenido del bolso es importante y aplicable, e insistimos en que lo es, el hecho de que pueda también descubrir hechos que la defensa quisiera ocultar al jurado no se opone a que sea presentado como prueba.

—Déjame ver el contenido de ese bolso —dijo el juez Garey.

El sheriff entregó el sobre.

El juez Garey metió la mano en el sobre, revolvió el contenido por un momento y luego lo volcó sobre su mesa, hizo un cuidadoso inventario y pareció considerablemente interesado en el recorte de periódico.

—¿Este recorte es del *Express*? —preguntó.

—De la mañana del día tres —contestó Gloster.

—Con estas circunstancias, parece que es aplicable. Naturalmente, el tribunal permitirá que sea introducido como prueba únicamente con el fin de probar la fecha en la cual el bolso debió haber caído al agua. No constituirá prueba por nada de lo que contiene el recorte. Esto es, ningún asunto al que se refiera el recorte formará parte de las pruebas en este caso y se advertirá al jurado que limite su consideración a la cuestión del tiempo.

—Su Señoría deberá reconocer que, en vista del contenido de este recorte, sería absolutamente imposible para ningún ser humano que forme parte del jurado seguir las instrucciones del tribunal y limitar la consideración que deben concederle.

—Bueno —replicó el juez Garey—, el tribunal da las instrucciones. El resto se deja a la conciencia del jurado.

Mason dijo:

—Si hemos de abrir la puerta, yo preferiría que se presentaran todas las pruebas y que se tratase la transacción entera como parte de la *res gestae*. La sala debe atestar lo que sucedió en relación con la acusación.

—No quiero que se proceda de este modo —dijo Gloster—. Yo expondré el caso por parte del fiscal, y si la defensa quiere presentar alguna justificación o algún otro asunto, está en su derecho…, teniendo en cuenta que sólo las pruebas son pertinentes. Estamos juzgando un caso de asesinato, no un robo que tuvo lugar algún tiempo antes. Todo lo que queremos es demostrar por este recorte *cuándo* cayó el bolso al agua.

—Entonces, está bien —dijo Mason—, estipularé que el testimonio sea que el bolso contenía un recorte procedente de un periódico publicado el mismo día del asesinato y con esta estipulación el fiscal no necesitará poner en evidencia el recorte.

—No admito su estipulación —dijo Gloster—. Quiero que el jurado juzgue este recorte.

—Ya lo ve su Señoría —dijo Mason—. Quiere que el jurado lea el recorte y sea influido por lo que contiene. Estas palabras sobre la limitación del propósito por el cual se introduce el recorte no tienen ningún sentido.

El juez Garey dijo:

—La cuestión de la fecha es importante y si el recorte procede de un periódico que no apareció en las calles hasta alrededor del mediodía del día tres y el bolso fue recogido por la noche del día tres, poco después de haberse cometido el asesinato parece que el tribunal no tiene otra alternativa que admitirlo como prueba, pero a condición de limitarlo puramente al fin de demostrar la fecha…, a menos que el fiscal desee aceptar su estipulación, y parece que no quiere.

—Muy bien, Señoría. Tengo que hacer dos o tres preguntas más con referencia al bolso.

—Interrogue.

—Ahora bien, sheriff, usted ha afirmado que cuando este bolso fue recogido, fue colocado en un sobre y sellado. El contenido fue colocado en otro sobre y éste fue sellado.

—Sí, señor.

—¿Y las diferentes personas que estaban presentes firmaron con su nombre los sobres?

—Exacto.

—¿Y los sobres entonces fueron sellados?

—Sí, señor.

—¿*Cuándo* se hizo eso?

—Casi inmediatamente después de ser recogido el bolso.

—¿Qué quiere usted decir por casi inmediatamente?

—Bueno, después de muy poco tiempo.

—¿Qué quiere usted decir por poco tiempo?

—No puedo expresarlo mejor.

—¿Tanto como una hora?

—Yo diría casi inmediatamente, señor Mason. No puedo cronometrarlo en minutos.

—No —dijo Mason—, prefiere usted dejarlo en términos generales, ¿verdad, sheriff?

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—No se *atreve* usted a fijar un tiempo exacto.

El sheriff se sonrojó y dijo:

—Este no es el caso, señor Mason. Tenía muchísimas cosas en el pensamiento aquella noche y todo lo que puedo decir es que se hizo casi inmediatamente después de recogido el bolso. Yo no llevaba cronómetro.

Gloster se permitió una risita y miró al jurado para ver si aprobaba. Le respondieron un par de sonrisas, las cuales lo convencieron de que había obrado bien y tenía la aprobación del jurado.

Mason dijo:

—Advierto que algunas de estas firmas están en lápiz y algunas en tinta, sheriff.

—Exacto. La mía está en tinta. Algunas de ellas están en lápiz.

—¿Todas hechas al mismo tiempo?

—Todas hechas al mismo tiempo.

—¿Casi inmediatamente después de recogido el bolso?

—Casi inmediatamente después de recogido el bolso.

—Ahora, pues —dijo Mason—, ¿puede usted decirme cómo fueron hechas estas firmas?

—¿Cómo hace cualquier persona para firmar? Escribe su nombre —dijo el sheriff con irritación.

—¡Oh, Señoría —protestó Gloster—, este interrogatorio está yendo demasiado lejos! La defensa evidentemente quiere ganar tiempo.

—El juez Garey dijo:

—Me parece, señor Mason, que ya ha explorado usted las posibilidades de la situación.

—Si su Señoría me lo permite —dijo Mason—, voy a establecer un punto que considero de gran importancia.

—Muy bien, siga.

Mason tomó el sobre, metió el bolso dentro de él, luego colocó una hoja de papel, encima del sobre.

—Ahora, firme —dijo al sheriff.

—¿Qué se propone?

—Simplemente quiero comprobar sus firmas.

El sheriff sacó una pluma estilográfica de su bolsillo, colocó el sobre encima de sus rodillas y empezó a escribir su nombre en la hoja de papel, luego frunció el ceño, retiró el sobre a un lado y

colocó la hoja sobre la mesa del juez.

—No, no —dijo Mason—, deje el papel sobre el bolso.

El sheriff escribió su nombre.

Mason tomó el papel y dijo:

—Gracias, sheriff.

Sacó otra hoja de papel y la colocó sobre la mesa del juez, diciendo:

—Ahora hágame el favor de firmar con su nombre una vez más en *esta* hoja de papel.

—No comprendo por qué —gruñó el sheriff.

—Simplemente para comparar las firmas —dijo Mason.

El sheriff, de mala gana, firmó su nombre y volvió a su lugar en el estrado de los testigos.

—Exactamente lo que pensé —dijo Mason.

—¿Qué es? —preguntó el sheriff, irritado.

—Puede verse —dijo Mason—, comparando las firmas, que esta firma que hizo usted encima del sobre con el bolso ciertamente no es la misma que figura en el sobre.

—Bueno, es culpa del bolso. No se puede escribir bien sobre un objeto abultado.

—Exactamente —dijo Mason—. Es físicamente imposible firmar en tales circunstancias de modo que esta firma pueda igualarse a la firma hecha como la hizo usted en esta hoja de papel sobre la mesa del juez.

—Bueno, entonces, ¿por qué me la hizo usted hacer? —preguntó el sheriff.

—Porque —contestó Mason triunfalmente, señalando la firma que figuraba en el sobre— puede usted ver que su firma del sobre y las firmas de todos esos otros señores que figuran en el sobre son firmas perfectas. No podían haber sido hechas con el bolso dentro del sobre. Además, sheriff, llamaré su atención sobre el hecho de que cuando el bolso fue sacado del agua debía estar empapado. No podía haberse colocado en este sobre en tales condiciones sin empapar el papel de tal modo que algo de tinta se corriese por la superficie cuando lo tocó una pluma estilográfica. Ahora, pues, ¿podrá usted dar la explicación de estas firmas perfectas al tribunal y al jurado?

—Sin duda —contestó el sheriff—. No podíamos firmar con el

bolso dentro del sobre. Simplemente firmamos todos con nuestros nombres encima antes de poner el bolso dentro de él. Sólo de esta manera nuestras firmas significarían algo.

—¡Oh! Entonces —dijo Mason—, usted y los caballeros que lo acompañaban firmaron un sobre vacío. ¿Es esto?

—Yo no dije esto. Dije que firmamos el sobre *antes* de meter el bolso en él.

—¿Cuánto tiempo antes?

—Inmediatamente antes.

—¿Qué quiere usted decir por inmediatamente? ¿Cuestión de segundos, cuestión de horas, cuestión de días?

—Ya le dije a usted que no llevaba un cronómetro.

—Pero queda el hecho —dijo Mason— de que firmaron ustedes un sobre *vacío*.

El sheriff, casi levantándose de la silla, gritó:

—¡Le dije que lo firmamos inmediatamente antes de meter el bolso en él!

—Muy bien —replicó Mason—. Por mucho que a usted le desagrade tiene que reconocerlo: todos ustedes firmaron un sobre vacío. Ahora, dígame, ¿cómo fue que cuando este bolso fue metido en él, si estaba empapado, el agua no corrió la tinta fresca de las firmas y no empapó el papel de este sobre de tal modo que aun después de seco no quedasen en él todavía las manchas de humedad?

—Yo…, bueno, en cuanto a esto… —dijo el sheriff.

Miró inquieto a Gloster, cruzó las piernas, las descruzó, se acomodó y se acarició la mandíbula.

—Estoy esperando una contestación —dijo Mason.

—Bueno, naturalmente —dijo el sheriff—, no se puede meter un bolso chorreando agua en un sobre de papel. Esto es absurdo.

—Bien, ¿qué hizo usted?

—Pues metí el bolso en el sobre y lo sellé.

—¿Cuándo?

—Bueno, transcurrido un tiempo razonable después de haber sido recogido.

—¡Ah! —exclamó Mason—. Ahora es un tiempo razonable. Antes era inmediatamente después. Cuestión de segundos, creo que dijo usted.

—Bueno, yo no tenía cronómetro.

—Va repitiendo usted eso, sheriff, pero el aspecto físico del sobre indicaría que el bolso estaba completamente seco cuando fue metido en él. Ahora, supongamos que nos dice usted exactamente lo que sucedió.

—¡Bueno! —estalló el sheriff—. Cuando recogí el bolso manifesté a los compañeros que estaban conmigo que tendríamos que identificarlo de alguna manera y les dije que podríamos firmar un sobre y yo lo sellaría. Yo no pude meter el bolso mojado dentro de él. Esperé hasta que se secó.

—¿Cuánto tiempo?

—Pues no lo sé. No sé cómo contestar esta pregunta. Se me dio la responsabilidad de procurar que ese bolso fuese colocado dentro de este sobre firmado. Yo lo metí en él personalmente. Esos señores confiaron en mí para que lo hiciera y lo hice. Acepté esa responsabilidad.

—¿Después de esperar cuánto tiempo, sheriff?

—Simplemente esperé hasta que el bolso estuviera seco.

—Así, todo lo que significan las firmas que hay en este sobre es que los hombres que estaban con usted, a proposición suya, firmaron un sobre vacío con la teoría que de este modo podrían identificar el bolso cuando fuese presentado como prueba y dejaron a cargo de usted el meter el bolso en el sobre en una fecha posterior.

—No es una fecha posterior, sino más tarde.

—¿No recuerda usted cuándo fue? —preguntó Mason.

—La hora exacta, no.

—¿Recuerda usted el día exacto?

El sheriff cambió otra vez de posición y dijo:

—Ya he contestado eso.

—Y ahora consideraremos el sobre en el que está el contenido del bolso —dijo Mason—. Parece que hay llaves, tarjetas, una polvera, un encendedor… Sin embargo, las firmas que hay encima del sobre son perfectas. Presumo que podrá considerarse verdad en cuanto a éstas, lo que dijimos con referencia a las firmas del otro sobre.

—Sí, señor.

—En otras palabras, los hombres, a proposición de usted,

firmaron el sobre vacío y usted metió el contenido en él en una fecha muy posterior.

—No en fecha muy posterior, sino poco después.

—Usted mismo dijo que el bolso y su contenido fueron colocados en los distintos sobres al mismo tiempo y ha hecho constar que el bolso fue colocado en el sobre después de estar perfectamente seco.

—Bueno, los objetos estuvieron siempre en mi poder. Nada les pasó —dijo el sheriff.

—¿Dónde dejó usted el bolso?

—En mi despacho.

—¿Y permaneció usted en su despacho hasta que el bolso estuvo seco?

—Bueno, lo puse frente a una estufa eléctrica para que se secara más rápidamente.

—¿Y cuánto tiempo tardó en secarse?

—Le digo que no lo sé.

—Pero cuando usted metió este bolso en el sobre pudo ser uno o dos días más tarde.

—Si quiere usted considerarlo de un modo técnico, no lo sé.

—Gracias —dijo Mason, sonriendo—. Voy a considerarlo de un modo técnico.

—Y ahora, Señoría —dijo Mason, dirigiéndose al juez Garey—, parece que las circunstancias de este bolso no pueden explicarse adecuadamente y que es perfectamente posible que el recorte hubiera sido introducido entre los objetos contenidos en este sobre en cualquier momento durante un período de dos días mientras el bolso se estaba secando. La sala advertirá que no hay ninguna señal visible de agua de mar en el recorte.

—El recorte estaba dentro de una pequeña caja —dijo el sheriff —, una especie de polvera.

El juez Garey frunció el ceño, pensativo, y dijo:

—No creo que haya existido ningún intento de despistar al tribunal, pero ciertamente debe comprender el sheriff que el recoger todas estas firmas encima de este sobre es muy desorientador. Ahora parece que los testigos firmaron un sobre vacío y luego lo entregaron en custodia al sheriff, quedando entendido que la prueba sería colocada en él. El tribunal no está

preparado para decidir sobre la admisibilidad del bolso en el momento presente, pero tomaré el asunto en consideración. Se acerca la hora de suspender la sesión, señor fiscal del distrito, y…

—Tengo que hacer algunas preguntas mas a este testigo.

—Muy bien.

La actitud de Gloster había perdido su seguridad triunfal. Ahora estaba a la defensiva e indudablemente encolerizado por ello.

—¿Qué más hizo usted cuando subió a bordo del yate de la acusada aquella noche, sheriff?

—Lo registré.

—¿Qué encontró usted?

—Encontré una falda empapada de agua de mar y, en la parte delantera, en el lugar donde debió estar la rodilla derecha en el caso de que la persona que llevara puesta aquella falda se arrodillara, encontré una mancha que presentaba aún un poco de color rosado.

—¿Qué hizo usted con eso?

—Lo mandé a un laboratorio técnico para que se determinara si era o no sangre.

—Ahora, pues, Señoría —dijo Gloster, sonriendo—, estoy completamente dispuesto a que se suspenda la sesión.

—Muy bien —dijo el juez Garey—. El tribunal suspende la vista hasta mañana por la mañana a las diez.

Capítulo 15

Dorothy Fenner miró ansiosamente a su alrededor, buscando a la matrona.

—Lo veré a usted por la mañana —dijo.

—Un minuto nada más —le dijo Mason—. Quiero hacerle una pregunta… Dorothy, míreme… Dorothy, vuélvase y míreme.

Ella vaciló un momento, luego sus labios empezaron a temblar.

—No, no, tontuela —dijo Mason—. No se ponga a llorar. La gente la está mirando. Dígame, ¿fue usted allá? ¿Fue…?

Ella bajó los ojos.

Mason dijo:

—Hagamos como si estuviésemos hablando de algo indiferente. Así. —Sacó una carta de su cartera, se la puso delante y dijo—: Finja estar leyendo esto. Ahora, dígame, ¿fue usted allá?

—Yo… Yo…

Mason dijo:

—Si empieza ahora a berrear, con periodistas y espectadores contemplándola, tomará billete de ida para la celda de los condenados a muerte. Ahora dígame la verdad. ¿Fue usted allá?

—Sí —contestó ella, casi en un susurro.

—Siga hablando.

Ella dijo:

—Él quería llegar a un acuerdo. Lo decía de un modo tan convincente… Fui allá de la manera que él me dijo. Encontré abierta la verja tal como él había dicho que estaría. Entré, di la vuelta hasta la puerta lateral, entré en el estudio y lo encontré allí tendido en el suelo, en medio de un gran charco de sangre. Corrí hacia él y le hablé. No contestó. Me arrodillé, lo toqué y entonces comprendí que estaba muerto. Y en aquel preciso momento oí alguien que chillaba detrás de mí. Tuve la suficiente presencia de

ánimo para no volver la cabeza, de modo que aquella persona no me vio la cara. Simplemente huí atravesando las puertas vidrieras y corrí hacia el embarcadero. Entonces comprendí que estaba atrapada en la isla. Oí detrás de mí a aquella mujer que corría y gritaba atravesando el puente en dirección a la costa. Sólo disponía de unos minutos y obré rápidamente. Recordé que había un interruptor de la corriente que impediría que sonara la señal de alarma en el embarcadero flotante por espacio de tres minutos, dispuesto así para el caso de que el señor Alder quisiera salir en una de sus lanchas motoras. Oprimí pues el interruptor, corrí al muelle y encontré un pequeño bote amarrado. Salté a bordo y solté la amarra. Al saltar, debí dejar caer mi bolso, pero estaba demasiado excitada para darme cuenta de ello en aquel momento. Sabía que en mi falda había una gran mancha de sangre que había atravesado hasta empapar la media. Remé hacia la bahía; luego, antes de llegar a mi yate, me quité la falda y lavé la mancha lo mejor que pude. Después subí a mi yate, cambié rápidamente la falda por unos pantalones, salté de nuevo al bote y remé hasta tierra, dejé los remos adentro y lo empujé, dejándolo suelto. Hecho esto, anduve hasta la terminal y subí a un autobús. No fue sino hasta que éste ya había emprendido la marcha hacia la ciudad cuando me di cuenta de que había perdido mi bolso. Sin embargo, siempre llevo otra llave de mi departamento y un billete de un dólar en la media, para caso de apuro. Así pude arreglármelas para llegar a casa sin dificultad.

—¿Alguien la vio entrar? —preguntó Mason.

—Estaba asustada —contestó ella—. Di la vuelta hasta la entrada posterior, pasé por el almacén de los baúles y de allí subí a mi departamento. No hay en el mundo un alma que pueda probar que yo no estaba en ese departamento.

Mason dijo, colérico:

—Además de ser una desgraciada embustera es usted una locuela. ¿Por qué me mintió?

—Sinceramente, señor Mason —contestó ella—, lo lamento terriblemente. No defraudaría a usted por nada del mundo. Pero, bueno, me sentía absolutamente segura de que podría salirme de ello y que nadie lo sabría nunca… Además, creía que si usted tenía que defenderme podría hacerlo mejor si…, bueno, pensé que el

saberlo quizás le podría quitar a usted algo de su seguridad y…

Mason la interrumpió:

—Le pregunté repetidamente si había salido usted de su departamento y cada vez me aseguró que…

—Lo sé. Sinceramente, señor Mason, si hubiera tenido alguna idea de que había dejado caer mi bolso donde podía ser encontrado… Lo deploro.

—¡Lo deplora! —exclamó Mason, indignado—. ¡Vamos, pequeña…!

El abogado respiró profundamente y añadió con más calma:

—La gente nos está observando. Mueva la cabeza como si el contenido de esta carta fuera lo que estaba esperando.

Ella movió la cabeza asintiendo.

Mason, sonriente, volvió a meter la carta en su cartera, le dio unas palmaditas a la espalda, como animándola, y dijo en voz baja:

—Bien, ahora está usted metida en el berenjenal y me ha metido a mí también.

—Le digo que estaba muerto cuando yo llegué allá —afirmó ella —. Yo…

—Ya ha dicho usted bastantes mentiras —observó Mason, sonriendo—. Vuélvase a su celda y mantenga la boca cerrada. Trataré de salvar algo del naufragio, porque me hallo en una situación que me obliga a hacerlo. Me tiene metido en esto junto a usted. ¡No es de extrañar que Claud Gloster tuviera aquel aire triunfal! Supongo que incluso tendrá un testigo que la vio a usted en el autobús camino de la ciudad.

Mason se levantó, sonriendo confiadamente, recogió su cartera y se dirigió hacia Paul Drake y Della Street.

—Sonreíd —dijo, mientras salía de la sala del tribunal.

Los periodistas lo instaban para que hiciese declaraciones. Por todos lados los espectadores se empujaban para hacerle preguntas. Mason, sonriendo, los alejó a todos.

En la intimidad de su coche, Paul Drake dijo:

—¡Caramba, Perry! En verdad que confundiste al sheriff con lo de aquellas firmas, pero ese asunto del bolso tiene un aspecto muy feo. ¿Supones que realmente ella fue allá y te engañó?

—Ella ha engañado a todo el mundo, incluyéndose a sí misma —contestó Mason con cólera—. Fue allá.

—¡Buen Dios! —exclamó Della Street.

—Ahora, pues —dijo Mason—, tenemos desde este momento hasta mañana por la mañana a las diez para intentar salirnos de esto.

—¿Qué puedes hacer? —preguntó Drake.

Mason contestó:

—No lo sé. Nos han asestado dos golpes bajos. El que indica que Dorothy Fenner estuvo allá el día del asesinato es bastante malo, pero el otro es una bomba de tiempo.

—¿Te refieres al recorte de periódico?

—Á ese recorte de periódico. Contiene la noticia de que Alder había presentado una denuncia contra Dorothy Fenner por introducirse en su casa y robarle cincuenta mil dólares en joyas, que se tiró al agua cuando fue perseguida por el perro y que un cómplice masculino la estaba esperando en una canoa. Se darán instrucciones al jurado, naturalmente, para que tenga en cuenta el recorte de periódico únicamente con el fin de establecer la fecha en que el bolso cayó. Pero ya sabes lo que hará un jurado. Se tragará la noticia.

—Bueno, no puedes demostrar que…

—La maldición en esto es que no puedo —dijo Mason—. Tengo las manos atadas. Creía que Claud Gloster presentaría la carta contenida en la botella que la policía debió encontrar cuando registró los efectos de George Alder. Creí que introduciría la prueba del robo, pretendería que todo formaba parte de la *res gestae* y, como motivo, afirmaría que Dorothy Fenner había vuelto allá para tratar de recuperar aquella carta. Yo estaba preparado a crucificarlo demostrando que Dorothy Fenner no tenía necesidad de volver para recuperar la carta, puesto que ya había hecho una copia de ella y que Dorley Alder había visto una copia de la carta antes de que se cometiera el asesinato. Luego pensaba presentar suficientes pruebas sobre la muerte de Minerva Danby para hacer evidente que Alder era un asesino y que tenía su merecido y de un puntapié arrojar por la ventana la acusación del fiscal. Pues bien, ya ves lo que ha sucedido. No presentarán esa carta. Incluso tratan de ocultarla. Soy yo quien tiene que sacarla a relucir y ellos alegarán que en vez de ser parte de la *res gestae*, la carta es sólo una habladuría, incompetente, inaplicable y sin importancia.

—Bueno, ¿no lo es? —preguntó Drake.

—Con toda probabilidad lo es —contestó Mason—, pero tengo que desenterrar alguna teoría por medio de la cual pueda al menos *intentar* llevar esa cosa ante el tribunal. Y no sabemos dónde está la carta original.

—Tú tienes una copia —dijo Della Street.

—Poseo una copia —dijo Mason—, pero tendremos que hacer confirmar su autenticidad. El único medio de conseguirlo es ir a ver a ese hombre que la encontró, Pete Cádiz.

—Yo sé dónde podemos encontrarlo —dijo Drake.

—He tenido miedo de acercarme a él antes —explicó Mason— porque no me atrevía a dejar adivinar al fiscal que conocía la existencia de esa carta. Quería que creyeran que yo trataría de dejar fuera del asunto esa carta y… ¡Caramba, qué lío!

—Bien —dijo Drake—, no se te puede reprochar nada, Perry.

Mason dijo con ardor:

—Si esa pequeña diablesa pudiese subir al estrado de los testigos y mentir al jurado de un modo la mitad convincente de cómo me mintió a mí… Pero no lo hará y no podrá. Se desplomará, empezará a berrear y a tener ataques de histeria. Conozco el tipo. Cuando cree que todo le es favorable puede jugar fuerte; pero en cuanto la cosa se pone fea, empieza a llorar y pedir compasión. Yo debía haberlo comprendido, pero el modo como me miraba a los ojos y juraba por todo lo más sagrado que había permanecido en su departamento durante toda la noche, el modo como daba cuenta de su empleo del tiempo y… y ahora ver cómo me lo arrojan todo a la cara en medio de la vista de la causa.

—¿La supones culpable? —preguntó Della Street.

—Ni siquiera puedo contestar a esta pregunta mientras no tenga todas las pruebas —dijo Mason—. Ahora ya no confiaré en su palabra sobre nada y la maldición de eso es que no tengo más remedio que defenderla.

—No veo por qué has de estar obligado con ella —dijo Della Street—. Después de todo, tú…

—Después de todo —interrumpió Mason—, soy el bobo que la recogió en la canoa el sábado por la noche, cuando huía, y me temo que Claud Gloster no solamente lo sospecha, sino que puede tener alguna prueba de ello. Se rumorea en el juzgado que él anda

jactándose de que tiene en las manos los trece triunfos. Iremos a ver qué puede decirnos Pete Cádiz.

Drake dijo:

—Es posible que ella diga la verdad, Perry. Pero si no es así, yo creo que podría alegar algo como un caso de defensa propia. Debió haber una endemoniada pelea antes de que Alder fuese liquidado. No se trata simplemente de que alguien se apoderó de su revólver que estaba en el escritorio y le disparó. Uno de mis hombres estuvo allá y vio los arañazos en el interior de esa puerta artesonada del cuartito. Dijo que se comprendía que el perro estaba completamente furioso, tratando de salir. Los arañazos eran todos tan recientes que colgaban aún pequeñas astillas en los lugares donde las uñas habían dejado las marcas en el artesón.

Mason dijo pensativamente:

—He tratado de imaginarme lo que sucedió, Paul. Debió ser un hombre quien hizo la faena o bien una mujer que luchó. Debió tener lugar una verdadera pelea a porrazos, y luego, mientras estaban peleando, esa persona se apoderó del revólver. Naturalmente, ahora Dorothy Fenner *podría* haber dicho la verdad, pero después de mi experiencia con ella tengo miedo de creerla.

—Bueno, sea lo que fuere —afirmó Drake—, apuesto a que hubo una prolongada pelea. El perro destrozó la puerta a arañazos.

Mason dijo:

—Archivaremos este hecho para futuras referencias. Tal como se presentan ahora las cosas, no me atrevo a trazar un plan de defensa mientras no vea qué nuevas sorpresas puede reservarnos el fiscal. De ahora en adelante escucharé a los testigos a medida que se presenten. Luego tendré que averiguar de qué modo fue cometido el crimen… y hacer que todos crean que lo sabía antes de consentir en encargarme del caso de Dorothy Fenner.

Capítulo 16

El silencio del ocaso se había extendido como un manto sobre el mar tranquilo cuando Mason, Della Street y Paul Drake avanzaron sobre las tablas resonantes, observando el bosque de mástiles que de cuando en cuando se balanceaban suavemente en las pequeñas ondulaciones que levantaba el paso de una lancha motora.

De algún lugar distante llegaba el sonido de un acordeón y una voz cascada de barítono que cantaba una balada sentimental de tiempos pasados. Luego cesó el canto, pero continuó tocando el acordeón.

—Creo —dijo Drake— que ése es nuestro hombre. Dicen que pasa una hora cada noche tocando algunas viejas tonadas. Se cuenta la historia de que estuvo muy enamorado de una muchacha que murió y ahora vive solo, fiel a su memoria y tocando las canciones que cantaba cuando la cortejaba. Si traes esa citación judicial para él, Perry, piensa en lo que podría hacer con la historia un alma comprensiva. Desde este ángulo, podrás dar a la Prensa la información sobre la carta embotellada.

—No quiero darla a la Prensa —dijo Mason—, la quiero como prueba en el juicio… y mi estado de ánimo en este momento con referencia a mi cliente me induce a creer que se llevó alguna joya aquel sábado por la noche… Bueno, tendremos que esperar y ver qué nuevas sorpresas y desagradables tiene en reserva Claud Gloster para nosotros.

Anduvieron a lo largo de la escollera hasta que por fin divisaron la forma parda de un marinero sentado a la proa de una bien acondicionada barca de pesca, tocando el acordeón; su rostro, endurecido como el granito por el viento y el agua salobre, estaba surcado por profundas arrugas.

Della Street detuvo a Mason poniéndole la mano sobre el brazo

y murmuró:

—Espera hasta que termine.

Drake se volvió, la miró y ella movió la cabeza suavemente.

Los tres permanecieron a sotavento de un cobertizo maltratado por la intemperie, casi invisibles en la sombra, contemplando la confusa figura del hombre de la barca, escuchando las viejas tonadas que fueron populares cuarenta años antes.

Por fin, el concierto terminó. El hombre dejó el acordeón sobre sus rodillas, levantó la cabeza y miró hacia el Oeste, donde se estaba desvaneciendo el ultimo árbol, dejando una estrella de la tarde en solitaria posesión del cielo; una estrella de la tarde tan brillante que su reflejo ponía sobre el mar un reluciente hilo de oro.

El hombre oyó sus pasos cuando los tres avanzaron, levantó los ojos y los observó con curiosidad.

Mason, a la cabeza, se presentó y presentó a sus compañeros.

Cádiz los examinó, hizo un movimiento de cabeza asintiendo y se volvió otra vez hacia el cielo de Poniente por un momento.

Della Street dijo amablemente:

—¿Es romántico, no, aquí sobre el mar en el crepúsculo?

Cádiz movió la cabeza afirmativamente.

—Desearíamos hacer a usted algunas preguntas sobre aquella botella —dijo Mason—. La que encontró usted con una carta dentro.

Cádiz lo miró y no dijo nada.

Della Street dijo impulsivamente:

—Supongo que no tendrá muchas ganas de hablar después de vivir con esos antiguos recuerdos y…

De pronto, Cádiz subió a la batayola y escupió al agua un gran chorro de jugo de tabaco, luego se volvió hacia ellos y dijo:

—No era eso, señorita, es este condenado jugo de tabaco. ¿Qué hay de la botella?

Paul Drake captó la mirada de Mason. Della Street, interceptándola, sonrió, y Mason dijo:

—Quiero saber exactamente lo que sucedió. Quiero saber todo lo que se refiere a cómo fue que usted encontró esa botella, dónde estaba y qué hizo usted con ella.

Pete Cádiz reflexionó un momento, luego escupió por el ángulo de los labios la mascada de tabaco, se pasó la lengua por los dientes

para limpiarse la boca, escupió una vez más, se volvió y se enfrentó a sus visitantes.

—Yo soy independiente. No me gusta la civilización.

—¿A quién le gusta? —preguntó Mason, sonriendo.

—Bueno —dijo Cádiz—, tal como yo veo las cosas, uno empieza a jugar demasiado con la civilización y le ponen tantos impuestos por todos lados que tiene que seguir trabajando más para ganar más dinero para pagar más impuestos.

—¿El impuesto sobre los ingresos le molesta? —preguntó Mason.

—No el impuesto sobre los ingresos, sino el impuesto que la civilización carga sobre una persona. Si tienes un empleo humilde, ganas poco dinero. Obtienes un empleo mejor y tienes que empezar a ponerte buenos trajes. Entonces tienes que pagar cuentas de tintorería y de lavandería. Luego tienes que trabajar más duramente con el fin de obtener un empleo mejor para pagar todo eso, y cuando lo has conseguido tienes que empezar a invitar gente y esto significa que necesitas una casa y que has de tener coche. Luego trabajas más duramente y obtienes un empleo mejor…

—Cállese —dijo Paul Drake, sonriendo—. Me está usted matando.

Pete Cádiz miró de arriba abajo la bien vestida figura de Paul Drake y dijo:

—Maldito sea si lo mato yo. Usted es quien se está matando.

—Siga —dijo Mason, en tono que demostraba su interés—. ¿Qué hace usted, Pete?

Cádiz dijo:

—Hago lo que me da la condenada gana.

—Tendría que darnos la fórmula —dijo Drake.

—Le diré a usted —explicó Cádiz— que he pasado por la baqueta. Empecé en el departamento de embalaje de una gran fábrica, acarreando cajas. Luego estudié, durante mi tiempo sobrante, la técnica del vendedor y me hice agente de ventas. Después llegué a ser auxiliar del gerente de ventas. Más adelante fui gerente de ventas. Entonces tuve una úlcera y luego me enamoré y… ¡oh, diablos!, ¡para qué!

Se volvió de nuevo cara al océano, de pie sobre la batayola, mirando las aguas oscuras, arremolinadas. Luego se enfrentó otra vez con sus visitantes.

—Bueno —dije—, ¡al infierno todo eso! Cuando hube pagado todas mis deudas no me quedó nada, excepto algunas corbatas de a cinco dólares, algunas camisas de seda, una colección de pijamas, cinco trajes hechos a la medida y…, bueno, ustedes mismos pueden imaginarse el cuadro.

—Bien y, ahora, la carta fue… —dijo Drake.

Mason lo tocó con el codo y Drake se calló bruscamente.

—Bueno, encontré una embarcación que estaba en venta. Cobré algunas comisiones y conseguí pagar la embarcación con ellas. No me quedó mucho para vivir. Algunas personas me aconsejaron que me dedicase al negocio de la pesca. Pero para ello necesitaba tripulación, necesitaba gasolina, necesitaba hielo… y les pregunté qué haría con el pescado, y me dijeron que lo vendería, naturalmente; así, les pregunté entonces qué haría luego con el dinero y me explicaron que lo emplearía para comprar comida, adquirir más gasolina, pagar a la tripulación y pescar más.

—¿Qué hizo usted, pues? —preguntó Mason.

—Simplemente, me puse a trabajar solo y como mi tripulación era yo mismo no tenía que pagarme. Luego, cuando pesqué, en vez de vender el pescado al público para que se lo comiera y obtener dinero a cambio del pescado para comprarme comida, me compré el pescado a mí mismo, pero como me debía el dinero a mí no tuve que pagar nada. Y luego me comí el pescado.

—Parece muy sencillo —dijo Mason.

—Lo maldito de esto es —dijo Cádiz— que es sencillo.

—¿Cuánto tiempo hace que está usted haciendo eso? —preguntó Mason.

—Lo bastante para haberme curado de la úlcera y ser feliz y estar sano. Ahora lo que quería decir es que desde que tengo establecida lo que podría llamarse una economía de circuito cerrado conmigo mismo, trabajando para mí mismo, empleándome a mí mismo, cobrando sueldo de mí mismo, vendiéndome pescado a mí mismo y…

—¿No necesita usted dinero? —preguntó Drake.

—Bueno —contestó Pete Cádiz—, como no ingreso mucho dinero del exterior, procuro bastarme a mí mismo. Construyo algunas trampas para langostas; cuando voy a hacerlas no tengo dinero para comprar madera; recojo la madera que arroja el mar a

la playa. Pesco abulones, vendo adornos de concha de abulón, recojo pedazos raros de madera, vendo alguna chuchería a los tripulantes de los yates. Navego por donde quiero. A veces tengo que poner un poco de gasolina al motor, pero casi siempre empleo el viento. El viento lo lleva a uno gratis. No siempre según el plan que uno tiene, pero ¿qué diablos es un plan? Viviendo la clase de vida que yo llevo, uno no tiene que preocuparse de relojes ni calendarios.

Mason asintió.

—Pues bien —continuó Cádiz—, allá abajo hay una pequeña bahía en forma de media luna, arenosa y conformada de manera que recoge mucho de lo que lleva el mar. No sé exactamente por qué, excepto que sea debido a las corrientes, al viento y a las mareas, esa pequeña cala siempre está llena de cosas. Si hay algo que flota por ahí, va a parar a esa cala. Cuando hay tempestad en el mar, habrá allí una marejada del infierno, pero cuando hace buen tiempo puede uno entrar en la cala en un esquife, si sabe manejarlo. Siempre se encuentra allí material que sirve para construir trampas para langostas, leña y restos de toda clase. Bien, estaba yo construyendo unas trampas para langostas y se preveía un tiempo tranquilo para cosa de una semana. Dejé mi embarcación anclada frente a la costa para ir y venir remando en mi esquife; rastrillaría la playa, recogería lo que me interesara y lo cargaría en el esquife, para llevarlo a bordo de mi barca.

—¿Cómo es de grande la cala? —preguntó Mason.

—Diminuta como un nido al pie de las colinas. Poca gente sabe que existe. Bueno, yo iba andando a lo largo de la línea de la pleamar, aguzando la vista porque ya había rastrillado aquel lugar, y entonces vi esa botella. La miré y advertí que había sido tapada con un corcho y lanzada a la deriva; dentro de ella había una carta y, mirando a través del cristal, vi que estaba escrita en papel de cartas del *Thayerbelle*. Bueno, me fui a donde muchas veces están los dueños de los yates. Yo les gusto. Algunos de ellos me tienen lástima. ¡Pobres diablos, si supieran la lástima que les tengo yo a ellos! De narices a la muela y corriendo como endiablados en el tráfago económico para hacer que la muela gire cada vez más aprisa. Bien, de todos modos, yo conozco a la mayoría de los propietarios de yates. Les vendo cosas: cebos, langostas, a veces

algún resto interesante arrastrado por el mar, jaboneras de concha de abulón y objetos por el estilo. Creo que soy de los que conocen más dueños de yates en toda la costa, y ellos me conocen a mí y me tienen simpatía. Bien, ya había terminado de rastrillar aquella pequeña playa; por lo tanto, volví a mi embarcación y me dirigí a San Diego; fui a un teléfono y llamé a George S. Alder. Le dije que tenía una botella con algo así como una carta que evidentemente había sido arrojada desde a bordo de su yate. Al principio, no pareció interesado y luego empezó a sentir curiosidad y me propuso que le llevara la botella, que me pagaría por la molestia y el tiempo perdido. Bueno…, bueno…, lo hice.

—¿Y qué sucedió? —preguntó Mason.

—Pues que sacó la carta de la botella, la leyó y luego me dio cincuenta dólares. Después me preguntó si había leído la carta, y yo le contesté que leer cartas no era cosa mía, sino sólo recoger botellas, y entonces me dio cien dólares.

Cádiz se volvió y otra vez miró al mar.

Mason esperó algunos segundos, pero el hombre no se volvía para mirarlo. El silencio se hizo embarazoso.

—¿Cómo estaba enterrada esa botella? —preguntó Mason.

—En una pendiente, mitad entre la arena y mitad fuera, y la parte que quedaba descubierta se había vuelto áspera debido a la arena que lleva el viento…, ¿sabe usted?, del modo que queda el vidrio cuando ha estado expuesto a la arena levantada por el viento, un efecto como de vidrio esmerilado.

—Entonces, ¿Alder le dio a usted cincuenta dólares?

—Exacto.

—¿Y luego, al cabo de un rato, subió a cien dólares?

—Ajá… Cien más.

Mason dijo:

—Alder ahora está muerto. Puede usted sentirse libre de su compromiso con él, Pete.

—¿Qué quiere usted decir?

Mason contestó:

—Quiero decir, Pete, que si usted sólo hubiese recogido la botella como dice, la hubiera puesto en cualquier rincón de su barca y la primera vez que se hallara cerca de los yates y viera el *Thayerbelle* anclado hubiera tomado su esquife, hubiera remado

para ir a pasar un rato con Alder y, casualmente, hubiera mencionado la botella que había encontrado. Un hombre que se ha sacudido la civilización del modo como lo ha hecho usted no efectúa una llamada telefónica porque ha encontrado una botella y…

Cádiz giro sobre sí mismo para enfrentársele.

—¿Querrá decir que miento? —preguntó agresivamente.

Mason midió al hombre con la mirada, descartó la agresividad con una sonrisa que desarmaba y dijo en tono benevolente:

—Pete, no solamente está usted mintiendo sino que lo hace muy mal. No resulta natural en usted.

Cádiz dio un rápido paso hacia el abogado, luego de repente le abandonó el enojo y su agresividad se evaporó. Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro.

—Está bien —dijo—. Hable usted.

—Apuesto, Pete, a que usted leyó esa carta para ver de qué se trataba y que *después* de haberla leído supo que a Alder le interesaría, por lo cual se la llevó. Fue cuando Alder se enteró de que usted había leído la carta, que le dio los cien dólares más y le hizo prometer que olvidaría el asunto.

—Usted lo dice —observó Cádiz.

—¿Qué haría usted si se hallara en el estrado de los testigos? —preguntó Mason.

Cádiz reflexionó un poco y luego dijo:

—Bueno, es usted un abogado muy listo. En este momento no digo nada. *Si* hice alguna clase de convenio con George Alder, trataré de cumplirlo, pero no se convino nada referente a comparecer como testigo. Si me veo en el estrado de los testigos…, ¡diablos!, diré la verdad.

Mason sacó de su bolsillo un papel doblado.

—Cádiz —dijo—, aquí traigo una citación para usted, una citación en la que se le ordena comparecer ante el tribunal mañana por la mañana, a las diez, para declarar por parte de la acusada en el caso del pueblo del Estado de California contra Dorothy Fenner. Ahora bien, mañana no podremos interrogarlo, pero tiene usted que estar en el juzgado, de acuerdo con los términos de esta citación. Es usted un testigo de la defensa y no hay ninguna razón para que hable usted a nadie de esta conversación o de lo que se espera que

declare. Bien, aunque no me está permitido darle a usted más dinero del que admite la ley sin que parezca que quiero influirlo, puedo darle a usted lo que ha de costarle el transporte hasta el juzgado y, además, se le pagará una cantidad que le compense por su pérdida de tiempo.

Cádiz tomó la citación, la dobló, la metió en el bolsillo de su pantalón y dijo:

—Esta es la maldición de verse mezclado con la civilización. Ya me parecía que aquellos ciento cincuenta dólares fueron demasiado fáciles.

—¿Comparecerá usted? —preguntó Mason.

—Compareceré —contestó Cádiz—. Odiaré toda la cosa infernalmente, pero estaré allá.

Capítulo 17

La sala del tribunal estaba atestada y su atmósfera cargada de excitación.

Claud Gloster, apreciando totalmente las dramáticas posibilidades del momento, se levantó tan pronto como estuvo reunido el tribunal y dijo:

—Señoría, tenemos citado a un testigo, Ronald Dixon, cuyas obligaciones exigen que se le excuse tan pronto como sea posible. Por lo tanto, pediré permiso al tribunal y a la defensa para hacer que se retire temporalmente al sheriff del estrado y se llhaga comparecer a Ronald Dixon, alterando el orden.

—¿Hace usted alguna objeción? —preguntó el juez Garey a Mason.

Mason sonreía lleno de confianza, con el aire del que se siente magnánimo en la victoria.

—Absolutamente ninguna, Señoría.

—Muy bien, teniendo en cuenta la afirmación del fiscal del distrito de que es necesario que ese testigo sea llamado fuera de turno, y puesto que no hay ninguna objeción por parte de la defensa, se dispone que así se haga.

Ronald Dixon, alto, se inclinó ligeramente, solícito, avanzó en dirección al estrado de los testigos y Mason, echando una rápida mirada al perfil del hombre cuando pasaba, susurró a Della Street:

—Yo he visto antes a ese hombre.

Se volvió hacia la izquierda, y preguntó a Dorothy Fenner:

—¿Conoce usted a ese hombre?

—Es el empleado nocturno de los departamentos —contestó ella.

Mason sonrió.

—Ahora es cuando van a demostrar la visita de Alder.

Ronald Dixon prestó juramento, dio su nombre, edad, residencia

y ocupación, se instaló en la silla de los testigos, como si hubiera estado esperando encontrarse allí desde hacía mucho tiempo.

—¿Conoce usted a la acusada Dorothy Fenner? —preguntó Gloster.

—Sí, señor.

—Ha declarado usted que era uno de los empleados nocturnos del hotel de departamentos «Monadnock».

—Sí, señor.

—¿Qué horas de trabajo tiene usted?

—De las cuatro de la tarde a las doce de la noche.

—¿El tres de agosto de este año tenía usted ese empleo y trabajaba en esas horas?

—Sí, señor.

—¿Y estuvo allí aquel día?

—Sí, señor.

—Ahora, señor Dixon, dirigiendo su atención a las últimas horas de la tarde del día tres, ¿nos dirá qué sucedió, que usted sepa directamente, en relación con el departamento de la señorita Fenner?

—Bueno, yo había leído en el periódico que ella había estado…

—No se ocupe de esto, no se ocupe de esto —interrumpió Gloster—. Sólo aquello que sepa usted directamente.

—Sí, señor. Bueno, ella entró alrededor de las cinco y media, creo que fue más o menos una hora después de haber llegado y empezado a trabajar, y la felicité por…

—¿Conversó usted con ella? —interrumpió Gloster rápidamente.

—Exacto. Hablé con ella y ella…

—¿Luego qué sucedió? —interrumpió de nuevo Gloster—. ¿Qué hizo ella?

—Preguntó si había alguna carta y yo le dije que la habían llamado por teléfono un millón de veces y ella recogió todas las notas de su casillero y después se dirigió al ascensor para subir a su departamento.

—¿Y luego qué?

—Luego, como una hora más tarde, entró un caballero y manifestó que quería verla. Me dijo que como ella lo estaba esperando, no era necesario anunciarlo. Bueno, esto es contrario a las ordenanzas de la casa, pero él tenía el aspecto de la clase de

hombre en quien se puede confiar…, reservado…, un caballero…, no de la especie que podría ser capaz de meter bulla, causar ninguna perturbación o denunciarlo a uno por haber faltado a las ordenanzas.

—Así, pues ¿qué hizo usted? —preguntó Gloster.

—Bien, yo dudé y entonces él me dio un billete de cinco dólares.

—Y luego, ¿qué hizo usted?

Dixon sonrió y dijo:

—Pues no hice nada.

—¿Quiere decir que no lo anunció usted?

—Esto es. Lo dejé subir.

—Dígame, ¿vio usted bien a aquel hombre?

—Lo vi muy bien.

—¿Lo reconocería usted si volviese a verlo?

—Sí, señor.

—¿Volvió a verlo?

—Sí, señor.

—¿Dónde?

—En la agencia funeraria.

—En otras palabras, ¿ese hombre era George S. Alder?

—Me dijeron que éste era su nombre.

—Le muestro una fotografía, señor Dixon, y le pregunto si reconoce usted el retrato.

—Sí, señor.

—¿Quién es?

—Es un retrato del hombre que fue a ver a Dorothy Fenner aquella tarde y me dio cinco dólares.

—¿Y a qué hora fue eso?

—Diría que probablemente era alrededor de las seis y media.

—¿Cuánto tiempo estuvo ese hombre arriba? ¿Lo sabe usted?

Mason dijo:

—Ni siquiera sabe que el hombre fuese al departamento de la acusada. Lo único que sabe es que el hombre le dio cinco dólares y dijo que quería ver a la acusada. Esa conversación no se relaciona con la acusada. A menos que usted quiera conectarla de algún modo, pediré que sea suprimida.

—La conectaré —dijo Gloster, sonriendo.

—Bueno —observó Dixon con una ligera sonrisa—, si el hombre

no fue a ver a Dorothy Fenner, gastó cinco dólares inútilmente.

La sala soltó una carcajada.

El juez Garey, golpeando con su mazo, dijo:

—Basta. El testigo no ha de hacer ningún comentario.

—Siga —dijo Gloster con una amplia sonrisa en el rostro—. Díganos exactamente qué vio usted que hacía aquel hombre.

—Bien, me dio cinco dólares. Fue al ascensor. Oprimió el botón. Entró en el ascensor. Cerró las puertas y el ascensor subió y unos cuarenta minutos más tarde el hombre bajó y me dijo: «Gracias», y salió.

Mason entrelazó sus dedos detrás de la cabeza, se balanceó hacia atrás en la silla giratoria y sonrió, bonachón. Ahora que su caso se hallaba en colapso entre una masa de destrozos legales, era como un luchador que desde un rincón trata de medir la fuerza de su adversario para encontrar el medio de escapar. Sin embargo, su actitud era la de quien está completamente seguro de sí mismo y confía en el resultado.

Y el hecho de que Gloster hubiera considerado aquel testigo suficientemente importante para hacerlo comparecer fuera de su turno, a pesar de que sólo declaraba acerca de un hecho con el que Mason estaba completamente familiarizado, hacía pensar al abogado que quizás el fiscal del distrito, después de todo, no tenía tan buenas cartas.

Mason conservó su expresión de sonriente confianza, pero se permitió un suspiro de alivio.

Luego, de repente, su estómago se contrajo al oír que Gloster lanzaba su siguiente pregunta:

—Ahora, dígame, ¿vio usted a la acusada salir de la casa más tarde durante aquella noche?

—Sí, señor.

—¿En qué circunstancias, me hace el favor?

—Bueno, yo había dejado por un rato el mostrador de recepción, había salido del pequeño despacho por un momento, y cuando volví la cabeza vi la figura de una mujer atravesar rápidamente el vestíbulo y dirigirse hacia la puerta de la calle. Aquella mujer era Dorothy Fenner.

—¿Qué hora era?

—Alrededor de las siete y media de la tarde.

—¿Era la tarde del día tres?

—Sí, señor.

—Dígame, ¿tuvo usted ocasión de ver otra vez a la acusada aquella noche?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—Cuando regresó.

—¿Qué quiere usted decir con esto?

—Pues que hay algunas puertas que tenemos cerradas. Cerramos la puerta exterior del vestíbulo durante la noche, pero cualquiera de los inquilinos puede abrirla. La llave de todos los departamentos abre esa puerta. El almacén de los equipajes está del mismo lado, tiene salida al pasaje. Está cerrado, pero los inquilinos pueden usar su llave para entrar en él. Cuando se abre esa puerta una señal eléctrica nos lo anuncia en el mostrador. Suena un timbre y aparece una pequeña luz roja a intervalos. De este modo sabemos cuándo alguien desde el exterior entra por el almacén de los baúles.

—Muy bien, ¿qué pasó?

—Bueno, el timbre y la luz de que les he hablado funcionaron alrededor de las once y media. Pensé que sería mejor ir a investigar. Dejé el mostrador y me dirigí a la escalera del almacén de los baúles. Mientras lo hacía, oí que descendía el ascensor. Alguien había oprimido el botón para hacerlo bajar. Corrí escalera abajo, entreabrí la puerta y vi a la acusada allí, de pie, esperando el ascensor.

—¿A qué distancia se hallaba usted de la acusada?

—A no más de tres metros.

—¿La reconoció usted?

—Perfectamente.

—¿Hay alguna probabilidad de que se equivocara?

—No, señor.

—¿Cómo vestía?

—Vestía un suéter blanco, unos pantalones azules que lleva generalmente cuando sale en el yate y unos zapatos de tenis.

—¿V qué sucedió?

—El ascensor se detuvo, la acusada entró en él y cerró la puerta. Subí corriendo la escalera hasta el vestíbulo y observé la manecilla indicadora del ascensor. Fue hasta el cuarto piso y se detuvo.

—¿Y el departamento de la acusada está en el cuarto piso?

—Sí, señor.

—Diga, ¿tenía usted algún medio de saber si la acusada estaba o no en su departamento entre las siete de la tarde y las diez de la noche de aquel día?

—Sí, señor.

—Haga el favor de explicarlo.

—Pues bien, tengo que hacer cada tres meses un inventario de los objetos que hay en los departamentos y los inquilinos deben firmarlo. Yo quería subir al departamento de la acusada, por eso, cuando la vi que salía, llamé a la encargada de noche y le dije que era el momento de revisar el departamento. Le dije que la señorita Fenner no estaba. Yo ya había dicho a la señorita Fenner que revisaríamos el departamento a cualquier hora en que ella no estuviese allí, para no molestarla. Dijo que estaba bien, que lo hiciéramos.

—Así, pues, ¿qué pasó?

—Dije a la encargada que subiera, como acabo de manifestar a usted. Dije que la señorita Fenner había salido.

—¿Sabe usted si la encargada lo hizo?

—Ciertamente. Me dijo…

—Bueno, no importa lo que dijo. Lo declarará la encargada —dijo Gloster—. Ahora, otra pregunta más. ¿Cómo vestía la acusada cuando salió?

—Llevaba una falda clara a cuadros y una chaqueta haciendo juego. Eso es todo lo que observé sobre el modo como vestía cuando salió, porque no la vi sino cuando ya había salido del ascensor y se dirigía a la puerta, por lo cual la vi de espaldas. No sé de qué color era la blusa que llevaba. Pero sé que se cambió de ropa mientras estuvo fuera. Salió llevando una falda y regresó en suéter y pantalones.

—¿Reconocería usted la falda que llevaba, si la viese de nuevo?

—Sí, señor.

—Ahora —dijo Gloster triunfalmente—, le pido que mire la pieza de convicción D, o sea la falda y la chaqueta que el sheriff declaró haber hallado a bordo del yate propiedad de la acusada, el *Kathy Kay*, y le pregunto si ha visto usted alguna vez estas prendas de vestir antes de ahora.

—Sí, señor, ésta es la ropa que Dorothy Fenner, la acusada, llevaba puesta cuando salió del departamento.

—¿Y cuando regresó no llevaba estas prendas?

—No, señor, llevaba su traje de yate, un suéter blanco de punto con cuello alto, pantalones y zapatos de tenis.

—Ahora, diga, ¿observó usted si llevaba un bolso cuando salió del departamento?

—Sí, señor, llevaba su bolso cuando salió del departamento aquella noche. Recuerdo perfectamente haber visto el bolso en su mano derecha.

—¿Y llevaba un bolso cuando regresó e hizo bajar el ascensor al almacén de los baúles?

—No, señor, no lo llevaba.

Gloster se volvió hacia Perry Mason con una ligera sonrisa afectada.

—Ahora, señor Mason, puede usted interrogar.

Mason, en tono indiferente, como si la declaración del testigo no lo hubiera sorprendido con una serie de golpes directos, dijo:

—Sólo tengo que hacer unas pocas preguntas. Un momento, por favor.

Mason, sonriendo afablemente, se levantó de su silla. Sus ojos mostraban jocosidad cuando preguntó:

—Según tengo entendido por su declaración, ¿permitir que el señor Alder subiera al departamento sin ser anunciado era contrario a las ordenanzas?

—Sí, señor.

—Pero, ¿usted lo hizo?

—Sí, señor.

—¿Por cinco dólares?

—Bueno, si quiere usted expresarlo de este modo, sí.

—Una violación de las ordenanzas por cinco dólares —comentó Mason, sonriendo.

El testigo dijo en tono de desafío:

—Sí, señor.

—¿Lo hubiera hecho usted —preguntó Mason— por cuatro dólares?

Sonaron risas en la sala.

El testigo permaneció tercamente silencioso.

—¿Lo habría hecho usted? —insistió Mason.

—¡Oh, Señoría —intervino Gloster—, protesto de eso! La pregunta es argumentativa y nada tiene que ver con el interrogatorio.

—¿Lo habría hecho usted por cuatro dólares? —preguntó Mason.

—Supongo que sí —contestó el testigo sombríamente.

—¿Por tres?

—¡Sí! —gritó, colérico.

—¿Por dos?

—No lo sé.

El testigo estaba otra vez sombrío.

—¿Por uno?

—*¡No!*

—Gracias, señor Dixon. Sólo quería establecer el valor que usted atribuye a su honor —repuso Mason.

Mason tenía sus ojos fijos en el testigo, pero al margen su conciencia le decía lo que estaba sucediendo, el regocijo de los espectadores que había en la sala, la cólera del fiscal.

—Ahora, dígame —preguntó Mason—, ¿cuándo la acusada regresó el día tres por la tarde, usted conversó algo con ella?

—Sí, señor.

—¿Le dijo usted que la habían llamado por teléfono como un millón de veces?

—Sí. Naturalmente eso era un modo de hablar.

—Exactamente —dijo Mason—. Un testigo tan escrupulosamente cuidadoso de sentar la verdad no querrá que un jurado crea que realmente había usted metido un millón de notas en una ordinaria casilla de las llaves.

La sonrisa de Mason era afable.

El testigo se retorció.

—Ahora, pues, dígame —preguntó Mason—, ¿tuvo usted una breve conversación con la acusada en aquel momento?

—Oh… sí, creo que conversamos.

—¿Cuánto tiempo aproximadamente duró esa conversación? —preguntó Mason—. ¿Cuánto tiempo estuvo ella allí de pie charlando con usted?

—Unos cinco minutos, me parece.

—¿Y luego entró en el ascensor y subió?

—Exacto.

—¿Era un ascensor automático?

—Sí, señor.

—¿Y cuánto tiempo transcurrió antes de que entrara aquel caballero…, el caballero que le dio a usted cinco dólares por violar las ordenanzas?

Dixon se sonrojó.

—¿Cuánto tiempo transcurrió?

—Diría que una hora u hora y media, algo así.

—¿Y cuánto tiempo transcurrió antes de que usted viera salir a la acusada?

—Ella salió unos cuarenta minutos después de haber salido el hombre que fue a verla…, supongo…, bueno, más o menos.

—Ahora —dijo Mason— dirá usted al jurado exactamente de qué hablaron usted y la acusada durante aquellos cinco minutos de conversación, exactamente lo que le dijo usted.

—¡Señoría! —gritó Gloster, poniéndose en pie de un salto—. ¡Esto es improcedente, inaplicable y sin importancia! No forma parte de la *res gestae*; no es propiamente interrogatorio; busca una declaración espontánea y está completamente fuera de las circunstancias de este caso.

—A menos que la defensa pueda demostrar que tiene alguna relación específica con el caso —dijo el juez Garey.

—Creo, Señoría, que es regla legal que cuando en el interrogatorio directo se pregunta a un testigo sobre una parte de una conversación, el que lo contrainterroga tiene derecho a hacer declarar la conversación entera.

—Esto es verdad —dijo el juez Garey—. Es la regla general.

—Y yo no he faltado a ella —dijo Gloster—; es ésa la razón por la cual he tenido tanto cuidado en interrumpir al testigo cada vez que empezaba a hablar sobre esa conversación. No quería que la declarase porque creo que no tiene relación con el caso.

—Pero —observó Mason— usted le *preguntó* sobre la conversación y él contestó a su pregunta.

—¡Esto no es verdad! —gritó Gloster—. Tuve particular cuidado…

—Preguntó usted al testigo qué había sucedido y él le contestó

que había dicho a la acusada que en su casilla había las notas de un millón de llamadas telefónicas… y yo precisamente repetí al testigo esa pregunta para asegurarme de que no lo había entendido mal.

Gloster, confuso de pronto, balbuceó:

—Eso no es una conversación.

—Bueno, no es correspondencia, no es adivinación y no es telepatía. No sé lo que será, si no es conversación —replicó Mason.

El juez Garey frunció el ceño y luego movió lentamente la cabeza en señal de asentimiento.

—Creo que esto abre la puerta —dijo—, si la defensa quiere pasar.

—Señoría —dijo Gloster—, sé lo que hay detrás de todo eso. Si abrimos esta puerta, daremos paso a innumerables e interminables datos marginales.

—Debía pues pensarlo usted antes de abrir la puerta —dijo el juez Garey—. Adelante y conteste la pregunta.

—Repita la conversación con tanta exactitud como pueda —dijo Mason al testigo—, lo que usted dijo a ella y lo que ella dijo a usted.

—Señoría —protestó Gloster—, esto es…

—Ya se hizo la objeción y ya se decidió sobre ella —observó el juez Garey agriamente.

—Señoría, ¿puedo pedir que se suspenda la sesión en este momento? Creo que… me gustaría discutir el asunto con el tribunal sin la presencia del jurado.

—*Nosotros* no tenemos nada que ocultar —dijo Mason—. Si hubo una conversación, queremos conocerla.

—Muy bien —dijo Gloster, con enojo—. Le advierto que podrá usted hacer que se declare la conversación, pero esto no abrirá la puerta para que pueda probar usted ninguna de las cosas que en la conversación fueron mencionadas. Objetaremos contra todo aquello que se presente en esta causa, excepto la cuestión del asesinato de George S. Alder.

—¡Ciertamente! —dijo Mason.

—Adelante —dijo el juez Garey al testigo—, conteste la pregunta. ¿Qué dijeron?

—Bien —dijo Dixon—, yo la felicité por haber sido puesta en libertad y ella me dijo que el señor Alder había quedado deshecho por el interrogatorio del señor Mason y que la denuncia que había

presentado de que ella le había robado joyas no podía ser sustentada y que ni siquiera pudo describir las joyas; que eso representaba un completo triunfo para ella y que se figuraba que el señor Alder intentaría escabullirse de una situación harto embarazosa.

Gloster, completamente colérico, dijo:

—Señoría, quiero que se indique al jurado que este testimonio se refiere simplemente a una conversación entre la acusada y este testigo, que el hecho de que la acusada hubiera hecho cierta declaración espontánea no prueba la verdad de los hechos en ella mencionados.

Mason, con perfecta afabilidad, como conviene a un adversario victorioso, dijo:

—¿Debo entender que el fiscal del distrito hace constar simplemente sus pretensiones?

—Señalo lo que está de acuerdo con la ley —gritó Gloster.

—Bueno, no es necesario que me instruya usted sobre la ley —dijo Mason, sonriendo—. Y estoy completamente seguro de que el tribunal sabe más de leyes que usted.

Las carcajadas estallaron en la sala. El juez Garey sonrió, pero golpeó con el mazo para cubrir las apariencias.

—Vamos, vamos, señores, pongamos aquí algo parecido al orden y tratemos de evitar los personalismos.

—Sin embargo, quiero que se indique al jurado que esa conversación es sólo una conversación —dijo Gloster.

—Hace un momento el fiscal del distrito alegaba que *no* era una conversación —dijo Mason.

Antes de que el confuso fiscal del distrito pudiera afirmarse mentalmente, Mason continuó:

—Además, Señoría, en interés de la defensa quiero que se exhiban ciertas pruebas para inspeccionarlas. Si el fiscal retiene algunos papeles que fueron recogidos en el escritorio del difunto, queremos tener la oportunidad de examinar esos papeles.

El juez Garey levantó las cejas.

—¿Quiere usted decir con eso que pide la inspección de las pruebas del fiscal con anticipación?

—No de las pruebas del fiscal —dijo Mason—, pero hay ciertas cosas, ciertos papeles, que creo serían pruebas para la defensa y los

cuales tengo motivos para creer que la parte acusadora ha recogido del escritorio del difunto y las retiene simplemente con el propósito de evitar que la acusada tenga acceso a ellos.

El juez Garey miró interrogativamente a Gloster.

—No sé a qué se refiere la defensa —dijo Gloster—, y haré constar aquí y ahora que solamente retenemos las cosas que pensamos introducir como pruebas, y ciertamente no tenemos ninguna obligación de mostrar tales pruebas a la defensa.

—Con tal que sean pruebas y con tal que usted las presente —dijo Mason.

—Bien, retenemos pruebas y las cosas que retenemos son retenidas como pruebas.

—¿Pero supongamos que cambia usted de criterio y que no las presenta?

—Tengo el derecho de hacerlo.

—Entonces nosotros queremos tener el derecho de examinarlas —afirmó Mason.

Gloster, quien empezó a exponer su posición extensamente, fue interrumpido por Mason, el cual dijo suavemente al tribunal:

—Y, naturalmente, Señoría, el tribunal mismo observará la táctica del fiscal de suprimir pruebas.

—¿Qué se propone usted al hacer acusaciones como esa? —exclamó Gloster estallando—. Esto es mal comportamiento profesional. No hemos suprimido nada. Nosotros…

—¡Ta, ta! —interrumpió Masón en tono de represión—. Recordará usted que el tribunal le ordenó decirnos dónde estaba el perro y que usted no lo hizo.

Gloster chilló:

—Le dije que no lo sabía. Le dije que el sheriff…

—Un momento —interrumpió el juez Garey—. La defensa está en lo justo sobre eso. La orden del tribunal fue que debía usted comunicar a la defensa dónde estaba el perro.

—Yo no lo entendí de ese modo —dijo Gloster, confuso—. Hice notar que *yo* no sabía dónde se guardaba el perro, pero que el sheriff lo sabía, y cuando el sheriff estuvo en el estrado la defensa tuvo la ocasión necesaria para preguntárselo y no lo hizo.

Mason replicó:

—La orden del tribunal era que usted debía decirnos dónde se

guardaba el perro.

—Esa era la intención de la orden del tribunal —dijo el juez Garey.

—Bueno, yo no lo entendí de ese modo.

—Bien, ¿dónde está el perro? —preguntó Mason.

—Yo…, bueno, no puedo decirle dónde está ahora. Puedo decirle dónde estaba.

—¿Por qué no puede usted decirme dónde está ahora? —preguntó Mason.

—Porque —contestó Gloster con cólera— no voy a entregarle a usted la causa completa en una bandeja de plata para que pueda empezar a desbaratarla. El perro fue llevado a las perreras Acme, pero una de nuestras testigos quiso hacerse cargo del perro, y así lo hizo. Y el perro está con ella. No puedo darle a usted la dirección del perro sin darle la dirección de la testigo, y no tengo ganas de que ande usted metiéndose con nuestros testigos.

—¿Qué es lo que teme usted? —preguntó Mason—. ¿Cree que voy a convencerla de que diga una mentira? ¿Cometería perjurio a solicitud mía?

—Naturalmente que no.

—Entonces —dijo Mason sonriendo al jurado—, debe usted temer que le haga decir *la verdad*.

—Señoría —protestó Gloster—, todo eso es ir demasiado lejos. Estamos convirtiendo esta causa en un lío porque tratamos de sacar, a relucir una gran cantidad de asuntos colaterales.

—Yo simplemente quería saber dónde estaba el perro —dijo Mason alegremente—, y el tribunal ordenó a usted que me lo dijera. Ahora trata usted de esquivar la orden del tribunal.

—Yo no estoy tratando de hacer tal cosa. Usted…

El juez Garey golpeó con su mazo y dijo:

—Señores, cesemos de producir esos intercambios entre los consejeros. Evitemos todos los personalismos y de ahora en adelante cada consejero podrá dirigirse al tribunal y no a la parte opuesta.

—Muy bien —dijo Mason rápidamente antes de que Gloster pudiera interponer ningún comentario—. Otra cosa que quiere la defensa es una orden permitiendo a la defensa y a los expertos de la misma inspeccionar el lugar del crimen. Con la venia del tribunal, he de decir que se nos ha cerrado el paso a la casa y se nos ha

negado la autorización incluso de inspeccionarla con el fin de preparar nuestra defensa.

El juez Garey frunció el ceño.

—La defensa ciertamente tiene derecho a inspeccionar los lugares.

—La acusada tuvo ocasión de inspeccionarlos mientras asesinaba a George Alder —dijo Gloster.

—Y señalaré esa observación como de prejuicio y mal proceder por parte del fiscal del distrito —dijo Mason—. Pido que el tribunal advierta al jurado que no debe tenerla en cuenta, y…

—Retiraré la observación —dijo Gloster, contrito—. Estaba enojado. La observación fue hecha en el calor de la discusión.

—Bien —dijo el juez Garey—, el tribunal dará la orden para que usted y sus expertos tengan derecho a inspeccionar el lugar, señor Mason. ¿Qué hora será la conveniente?

—¿Esta tarde? —propuso Mason.

—Con permiso del tribunal —protestó Gloster—, apenas hemos empezado con este caso. Si se permite a la defensa ir a inspeccionar el lugar esta tarde, no podremos reanudar los interrogatorios hasta el lunes.

Al ver que el tribunal vacilaba, Mason dijo:

—He pedido repetidamente al sheriff permiso para que los expertos de la defensa viesen esos lugares.

—Permiso que debía haber sido concedido —observó el tribunal —. A las doce el tribunal suspenderá la sesión hasta el lunes por la mañana a las diez. El tribunal dará la orden para que durante esta tarde y mañana, sábado, la defensa sea admitida en el lugar del crimen a cualesquiera horas razonables, sujeta, naturalmente, al derecho de la parte acusadora a tener agentes allí para ejercer la supervisión. Ahora, pues, señores, ¿han terminado con este testigo y, si es así, hay algún otro?

Mason sonrió al hombre inquieto que estaba en el estrado y dijo:

—Por mi parte, creo que ya no tengo que interrogarlo más. Creo que el jurado comprende la situación.

—Ninguna otra pregunta —dijo Gloster con enojo—. Pero ya que la defensa se divierte tanto llamaré a un testigo que…

—Basta —interrumpió el juez Garey—. He advertido repetidamente al consejo que se abstenga de tales comentarios. La

negativa continuada y persistente a seguir las instrucciones del tribunal dará por resultado una acción drástica. Ahora, señores, prosigamos con la vista de esta causa de un modo ordenado. Señor fiscal del distrito, llame a su siguiente testigo.

Capítulo 18

Gloster, de pie, avanzando la mandíbula, dijo en tono agresivo:

—Mi siguiente testigo es Oscar Linden. Oscar Linden, ocupe el estrado.

Linden, un hombre de mediana edad, alto, descoyuntado, con una estrella tatuada de modo muy visible en el dorso de su mano izquierda, ocupó el estrado de los testigos y, después de los preliminares acostumbrados, Gloster empezó una andanada de preguntas rápidas y enérgicas.

—¿Cuál es su ocupación, señor Linden?

—Estoy encargado del alquiler de botes del «Yatch Club».

—¿Y estaba usted haciendo eso el primero de agosto de este año? Era un sábado, usted lo recordará.

—Sí, señor.

—¿Tuvo usted ocasión en aquella fecha, o muy poco después, de revisar las canoas que había alquilado durante la noche?

—Sí, señor.

—¿Cuántas canoas había usted alquilado aquella noche?

—Doce.

—¿Cuántas habían sido devueltas a las diez de la noche?

—Ocho.

—¿Quedaron cuatro afuera después de aquella hora?

—Sí, señor.

—Ahora, dígame, de esas canoas…, de esas cuatro canoas, ¿había alguna que presentara algún distintivo?

—Sí, señor.

—¿Qué?

—Como servicio especial de lujo tengo unas alfombras que pongo en el fondo de las canoas.

—¿Notó usted algo peculiar en alguna de esas canoas cuando fue

devuelta?

—Sí, señor.

—¿Qué?

—Había mucha agua sobre una de las alfombras y en el fondo de una de las canoas. Era la que llevaba el número 0961. El número estaba pintado en ella con pintura verde.

—¿Qué hizo usted con referencia a eso?

—Nada en aquel momento, pero poco después del asesinato de Alder estuve en contacto con las autoridades. Quisieron revisar mi existencia de canoas.

—Bueno, ¿hizo usted alguna investigación durante los dos o tres días siguientes?

—Sí, señor.

—¿Cuál?

—Entregué esa canoa a un experto en huellas digitales, a petición del juez.

—¿Lleva usted una lista de los nombres de las personas que alquilan las canoas?

—No, señor, no la llevo. Las canoas tienen números y llevo un registro de los números de las que se alquilan. Cobramos por horas, por una noche o por medio día.

—¿Cómo fue alquilada aquella canoa en cuestión?

—Para la noche. La persona que la alquiló tenía derecho a tenerla hasta la una y media de la madrugada.

—Después de haber alquilado aquella canoa, ¿cuándo la vio usted otra vez?

—Cuando la encontré amarrada a mi embarcadero a la mañana siguiente.

—¿Después de haber sido alquilada aquella noche y hasta el momento en que la entregó usted al experto en huellas digitales, alguien más estuvo en la canoa?

—Que yo sepa, no.

—¿Había sido alquilada?

—No.

—Dígame, ¿conocería usted a la persona que le alquiló aquella canoa si volviera a verla?

—Sí, señor.

—¿Ve usted a esa persona?

El barquero señaló inmediatamente con el dedo a Perry Mason y dijo:

—El señor Mason, el abogado aquí presente.

—Interrogue —dijo Gloster.

—Ninguna pregunta —dijo Mason, sonriendo afablemente, ante la extrañeza del jurado y de los espectadores—. Es indiscutible que yo alquilé *una* canoa a ese señor.

Gloster dijo:

—Llamen a Sam Durham al estrado.

Sam Durham ocupó el estrado y se identificó como experto en huellas digitales.

—Ahora, dígame —preguntó Gloster—, ¿tuvo usted ocasión después del tres de agosto de examinar una canoa, marcada con el número 0961 en pintura verde sobre la proa y la popa, para buscar huellas digitales?

—Sí, señor.

—¿Qué encontró usted?

—Encontré numerosas huellas digitales que fotografié.

—Subsiguientemente, ¿identificó usted algunas de esas huellas?

—Sí, señor.

—¿Cuáles fueron las que identificó usted?

—Identifiqué algunas que tengo aquí en las fotografías numeradas uno, cuatro, seis y ocho.

—¿De quién eran esas huellas digitales?

—Las huellas digitales de la acusada.

—¿Identificó usted subsiguientemente algunas de las otras huellas digitales?

—En aquel momento no pude hacerlo, pero más tarde identifiqué las huellas digitales números dos, tres, cinco y siete que se ven en estas fotografías.

—¿Y cuándo hizo usted esa identificación?

—Anoche.

—¿Y de quién son las huellas digitales?

Hubo un silencio dramático en la sala cuando el testigo se volvió para mirar a Perry Mason.

—Son las huellas digitales de Perry Mason, el abogado de la acusada.

El juez Garey golpeó con su mazo, tratando en vano de dominar

el clamor de la sala. Finalmente anunció una suspensión de quince minutos, mientras los periodistas, sin tener en cuenta la advertencia del tribunal, atravesaban la multitud y salían en busca de teléfonos para dar la noticia a sus periódicos.

Uno de los periodistas que había salido de la sala corriendo en busca de un teléfono, regresó, empujando para abrirse camino y llevando consigo a un fotógrafo.

—¿Hará usted una declaración, señor Mason? —preguntó.

El fotógrafo levantó la cámara y el relámpago de un disparo de magnesio iluminó brillantemente la escena por un momento.

La sonrisa de Mason era completamente despreocupada.

—¿Qué clase de declaración? —preguntó.

—¿Cuál es el efecto de ese testimonio?

—¿Se refiere usted al testimonio de las huellas digitales?

—Naturalmente.

Mason sonrió y dijo:

—Yo alquilé una canoa. Dejé mis huellas digitales en esa canoa. Esto es indudable. Yo lo hubiera especificado si el fiscal del distrito no hubiese querido hacer ese espectáculo.

—Pero ¿qué dice de las huellas digitales de la acusada?

—Parece innegable —dijo Mason, afablemente— que las huellas digitales de la acusada también se hallan en esa canoa.

—¿Entonces admite usted que recogió a la acusada después que trató de robar…?

—Vamos, vamos —replicó Mason—, seamos justos en el asunto. En primer lugar, no hay ninguna prueba de que la acusada tratase de robar nada, y en segundo lugar, pregunte usted al fiscal del distrito cómo piensa probar que las huellas digitales *fueron hechas al mismo tiempo*.

»Puede usted esperar quince minutos más —añadió Mason con una amplia sonrisa— y aprenderá usted algo sobre el testimonio de las huellas digitales.

—No crea que deje de hacerlo —dijo el periodista—. ¿Eso es todo lo que tiene usted que declarar?

—Sí —contestó Mason—. ¿Qué más quiere usted?

El periodista reflexionó sobre la declaración de Mason.

—Pero el testigo dijo que la canoa no había sido alquilada desde que se la llevó usted.

—Exactamente —contestó Mason sonriendo, como si se gozase con alguna broma que pronto conocería el periodista.

Capítulo 19

El alguacil llamó al jurado.

El juez Garey volvió de su despacho y se instaló en la mesa del tribunal.

Gloster dijo:

—He terminado mi examen directo del testigo Sam Durham.

—Interrogue —dijo el juez Garey.

Mason, con una tranquila sonrisa, preguntó:

—¿En qué momento examinó usted esa canoa en busca de huellas digitales, señor Durham?

—Durante la noche del día tres. Muy tarde, cerca de medianoche, y el examen continuó hasta la mañana del cuatro.

—Era del día tres, era, pues, la noche del asesinato.

—Sí, señor.

—¿Y tiene usted entendido que la del día uno era la noche en que la canoa fue alquilada?

—Sí, señor.

—¿Dónde encontró usted esas huellas digitales?

—En diversos lugares.

—¿Cuánto tiempo, según su opinión, dura una huella digital sobre una superficie de esa naturaleza?

—Bueno, dependerá algo de las condiciones atmosféricas y de varias circunstancias, pero yo diría que puede esperarse hallar huellas digitales durante un período de cuatro días.

—¿Está usted dispuesto a afirmar que esas son mis huellas digitales? —preguntó Mason.

—Las he comparado con una ficha que contiene una auténtica colección de sus huellas digitales en tinta. No puede haber discusión sobre la identidad. Si lo desea usted, he preparado fotografías ampliadas en las que…

—No, gracias —dijo Mason, sonriente—. No discuto las huellas digitales. Ahora sólo trato de fijar el factor tiempo.

—Sí, señor.

—De modo que a cualquier hora durante cuatro días antes de la medianoche del tres de agosto diría usted que yo toqué esa canoa.

—Sí, señor.

—¿Podría haber sido a cualquier hora durante los cuatro días anteriores a su examen de la canoa en busca de huellas digitales?

—Sí, señor.

—¿Podría haber sido antes de esos cuatro días?

—Podría haber sido, pero yo diría que unos cuatro días es el período máximo en que las huellas digitales pueden conservarse en tales circunstancias.

—¿Y a cualquier hora durante los cuatro días anteriores al momento en que hizo usted el examen, o sea, alrededor de medianoche del día tres, la acusada había dejado también sus huellas digitales en aquella canoa?

—Sí, señor.

—¿Entonces mis huellas digitales podían haber sido hechas a cualquier hora durante aquel período de cuatro días?

—Sí, señor.

—¿Tan recientemente como diez minutos antes de que usted llegase para examinarlas?

—Bueno…, yo… no puedo decirlo.

—¿Por qué no?

—Bueno, yo… yo, supongo que eso *podría* ser.

—¿Y las huellas digitales de la acusada podían haber sido hechas a cualquier hora durante ese período de cuatro días?

—Sí, señor.

—¿Tanto como cuatro días completos antes de que usted realizara el examen?

—Si.

—Así, pues —dijo Mason triunfalmente—, de acuerdo con su propio testimonio, las huellas digitales de la acusada, *podían* haber sido hechas cuatro días antes de que usted hiciera las pruebas y las mías podían haber sido hechas cuando yo estaba examinando la canoa en busca de indicios no más de diez minutos antes de la hora en que usted la examinó.

—Señoría, protesto contra ese modo de interrogar. Protesto porque presume un hecho que no está en evidencia —gritó Gloster —. Protesto porque no hay evidencia ni puede haberla de que el señor Perry Mason estaba examinando esa canoa en busca de pruebas. ¡Vamos! Yo puedo demostrar…

Mason sonrió ampliamente y dijo:

—Simplemente, yo estaba haciendo preguntas referentes al elemento tiempo.

—Le reto a usted a declarar ante el tribunal y frente a este jurado que examinó usted alguna vez esa canoa en busca de indicios —dijo Gloster.

—No se excite usted —le dijo Mason—. Mis preguntas a este testigo se refieren sólo al elemento tiempo. Trato de encontrar un margen de tiempo. A usted le gustaría ponerse muy dramático y hacer que pareciese que a causa de encontrarse mis huellas digitales y las de la acusada sobre el mismo objeto, deben haber sido hechas al mismo tiempo. Todo lo que yo trato de demostrar en mi interrogatorio es que podían haber sido hechas en cualquier momento durante un período de noventa y seis horas y podían haber sido hechas con un intervalo de noventa y seis horas. Así, pues, si quiere usted ponerme en esa canoa al mismo tiempo que la acusada, señor fiscal del distrito, tendrá usted que hacer mucho más que esto.

La expresión de Gloster demostró que esa fase del asunto se le ocurría por primera, vez.

Mason se volvió de nuevo hacia el testigo.

—¿Sabe usted, señor Durham, que las autoridades registraron el departamento de la acusada en busca de indicios?

—Sí, señor. Yo estaba allí.

—¿Y estaba también allí el fiscal del distrito Gloster?

—Sí, señor.

—Entonces, si examinase usted ahora el departamento ¿podría esperar razonablemente hallar objetos que llevasen las huellas digitales tanto del fiscal del distrito como de la acusada?

—Caramba, yo…, así lo creo…, sí… Solamente que hubieran sido hechas en horas distintas.

—Exactamente —dijo Mason, sonriendo—. Y ahora, Señoría, estamos completamente dispuestos a aplazar la vista hasta el lunes

por la mañana.

El juez Garey sonrió.

—El tribunal suspende la vista de la causa hasta el lunes por la mañana a las diez.

Capítulo 20

El sheriff Keddie, rígido de cólera oficial, sacó la llave de su bolsillo, abrió la verja del muro de piedra que circundaba la gran casa por el lado de tierra y dijo:

—Bueno, yo soy un hombre ocupado. No dispongo de todo el día. El tribunal dijo que les dejase a ustedes inspeccionar los lugares y…

—Y queremos inspeccionarlos —interrumpió Perry Mason.

—Depende de lo que usted quiera decir por «inspeccionar» —replicó el sheriff.

—Al contrario —dijo Mason, sonriendo—, depende de lo que el juez quiso decir con la palabra «inspeccionar».

—Bien, no creo que necesiten ustedes estar ahí mucho tiempo —observó el sheriff.

—Esta es su interpretación —contestó Mason—. El tribunal nos concedió toda esta tarde y todo el día de mañana.

Llegó un segundo coche y salieron de él unos hombres que llevaban detectores de minas.

—¿Qué es todo esto? —preguntó el sheriff.

—Los expertos que van a ayudarme a inspeccionar los lugares —explicó Mason.

—¡Diablos!

—Sí —dijo Mason, sonriendo todavía—. Muchas manos trabajan más, ¿comprende usted, sheriff?, y entendí que a usted le gustaría que esta inspección terminase lo antes posible.

—¿Qué van a buscar con estas cosas?

—Buscamos metal —dijo Mason—, metal que puede estar enterrado a unos treinta centímetros bajo la superficie, del suelo.

—¿Qué clase de metal?

—Cualquier metal.

El sheriff reflexionó.

—Pueden ustedes mirar —dijo—, pero no pueden cavar.

—Estamos mirando —dijo Mason—. Estas cosas nos ayudarán a mirar.

—El juez no dijo nada sobre esto. Cuando usted mira, se supone que usa sus ojos, no ningún instrumento.

Mason sacó una lupa de su bolsillo y dijo:

—¿Qué tiene que decir de esto? ¿Puedo mirar con esto?

—Naturalmente, si quiere —contestó el sheriff con sarcasmo—. A mí no me fue necesario usarla.

—Es un instrumento —dijo Mason.

El sheriff reflexionó.

—Naturalmente —observó Mason—, usted tiene las llaves y si quiere usted echarnos de este lugar, ¡caramba!, está bien. Luego me presentaré ante el tribunal el lunes por la mañana y pediré otra suspensión de la vista hasta que tengamos la oportunidad de hacer una inspección razonablemente satisfactoria de…

—¡Oh! Sigan, adelante —dijo el sheriff. Y luego añadió amargamente—: Después del modo como me trató usted, no tengo intención de hacer ningún esfuerzo por usted. Haré lo que dijo el juez, y eso es todo.

—Es todo lo que esperamos que usted haga —le dijo Mason.

—A propósito —continuó el sheriff—, ya verá usted cómo el ataque que me dirigió no le hace a usted ningún bien. Los componentes de ese jurado viven en este condado y pagan impuestos. Yo soy popular entre los que pagan impuestos.

—Me alegro de saberlo, sheriff.

—Empiece a arrojarme lodo y esas personas se sentirán afectadas.

—Estoy completamente seguro de que será así.

—A ver, ¿qué se proponía usted al arrojarme lodo por lo de aquel sobre?

—Yo no le arrojaba lodo —contestó Mason—. Simplemente trataba de clarificar su testimonio. Creo que lo conseguí.

—¡Cuernos, lo consiguió usted! —dijo el sheriff—. Pasen.

Atravesaron la verja, la cual el sheriff cerró con llave tras él.

Mason dijo a los hombres que llevaban los detectores de minas:

—Allí, en aquella franja arenosa, muchachos. Pueden empezar

allí y luego trabajar alrededor del patio hacia el jardín, después dar la vuelta junto a ese muelle. Paul, tú y Della os quedaréis conmigo.

El sheriff dijo:

—No sé por qué quiere usted seguir defendiendo este caso. Ella es culpable. Tenemos pruebas que vamos a exhibir y que lo harán a usted caer de espaldas. Si quiere usted defenderla, podría hablar un rato con el fiscal del distrito para dejarlo en segundo grado. Es razonable cuando se trata de cosas como ésta.

—¿Habla usted con autoridad? —preguntó Mason.

—Sólo le doy a usted un consejo amistoso.

—Muchísimas gracias. Me satisface ver que todavía se siente usted amistoso.

El sheriff guardó silencio.

Mason, Della Street, Paul Drake y el sheriff entraron en la casa, atravesaron las estancias vacías, donde sus pasos despertaban el eco, y en las que aún pesaba algo del silencio de la muerte.

—Vean, ésta es la habitación donde, sucedió —dijo el sheriff—. La mancha de sangre todavía está en el suelo. Secaron la sangre, pero la mancha tendrá que frotarse.

—¿Dónde está la habitación en que se encerraba al perro? —preguntó Mason.

—Aquí.

El sheriff abrió la puerta.

Mason examinó los arañazos en el interior de la puerta y dijo:

—¿Cree usted que hacía algún tiempo que usaban este cuarto para el perro?

—Así es. Siempre que venía gente, metían al perro en este cuarto.

Mason miró los arañazos de la puerta.

—Como usted observó tan acertadamente —dijo—, estos arañazos son todos recientes.

—Así es. El perro oyó que peleaban. Sabía que su amo estaba en peligro y luego oyó un disparo. Naturalmente, quería salir para proteger a su amo.

—Parece razonable —admitió Mason—. Ahora bien, ¿la bala atravesó del todo el cuerpo?

—Del todo —afirmó el sheriff—. Y salió por esa puerta vidriera.

—Eso —dijo Mason— es algo que me interesa. No puede usted

estar seguro de que…

—Bueno, no va usted a valerse de eso como de un truco; no con este *jurado* —dijo el sheriff—. Conozco muy bien a la gente de este condado. A seis de los miembros de este jurado los conozco tanto que los llamo por sus nombres de pila. Sé cómo reaccionan ante las cosas en este condado.

—Estoy completamente convencido de que es así, sheriff.

Volvieron a entrar en la habitación principal.

Mason examinó todo el lugar en cuidadoso escrutinio y luego dijo:

—¿Recuerda usted por casualidad si hay una escalera de mano por aquí, sheriff, una buena escalera, alta?

—¡Cielos! —gruñó el sheriff—. ¿Qué quiere usted hacer con una escalera?

Mason señaló al techo cuyos dos planos inclinados se unían en ángulo agudo.

—Quiero examinar aquel pequeño lugar, allí, en el ángulo del caballete.

—¿Qué lugar?

—Ahí arriba donde se encaja la viga. Es un poco difícil de ver, pero…

—Ciertamente, hay algo ahí arriba —dijo el sheriff—, pero no sé qué diferencia puede significar.

—Puede significar una gran diferencia.

—¿Qué cree usted que hay allá arriba?

—Podría ser una bala —dijo Mason.

El sheriff lo miró con ceñudo recelo, luego miró una vez más hacia arriba, al casi invisible agujero en el lado derecho del caballete del tejado, en un punto donde las vigas habían sido cortadas en ángulo para encajarse en la viga de dos por seis pulgadas que servía como caballete y a la que se habían fijado los pesados cabrios.

—¿Qué haría una bala allá arriba? —preguntó el sheriff.

—Nada más que descansar —contestó Mason.

—Sí… —dijo el sheriff con profundo sarcasmo—. Ya lo entiendo ahora. Dos tipos estaban aquí y querían batirse en duelo, se dieron la espalda y anduvieron diez pasos, luego se volvieron para disparar simultáneamente, sólo que Alder disparó al aire porque ese agujero

está exactamente encima del lugar donde se encontró el cadáver. El otro tipo le apuntó al corazón; por lo tanto, como era un duelo, el tipo actuó en defensa propia.

—Cuando haya usted terminado de hacer su bromita —dijo Mason—, iremos en busca de una escalera e inspeccionaremos ese agujero.

El sheriff pareció vagamente inquieto mientras miraba al agujero.

—No creo que esa cosa estuviera ahí cuando hallamos el cadáver —dijo.

—¿Por qué no? —preguntó Mason.

—Si hubiera estado lo hubiéramos visto. Examinamos toda la habitación buscando impactos de bala.

—Sin duda —dijo Mason— examinaron ustedes las paredes. No miraron al techo.

—Bueno. De todos modos, no creo que eso sea un impacto. Me parece que hay una escalera abajo en la bodega.

—Vamos a buscarla.

El sheriff lo guió hasta el sótano. Encontraron una larga escalera y, después de algunas maniobras, consiguieron subirla y llevarla al espacioso estudio.

Colocaron la escalera y el sheriff insistió en su prerrogativa oficial para ser primero en subir.

—Parece como si fuera… bueno, algo —dijo sacando un cortaplumas de su bolsillo y abriéndolo.

—Un momento —dijo Mason—. Quiero advertirle, sheriff, que si es una bala las marcas que haya en ella pueden ser de la mayor importancia. Si introduce usted un cuchillo y raspa la bala, puede usted destruir pruebas que acaso sean de vital importancia para la acusada en este caso.

—Sí, ya lo sé —dijo el sheriff, abriendo la pequeña hoja de su cortaplumas, y metiéndola en el agujero y moviéndola de un lado a otro.

—¿Tomaste nota de esto, Della? —preguntó Mason.

—Palabra por palabra —contestó Della Street.

—¡Eh! Espere un momento —dijo el sheriff—. No hago declaraciones que hayan de registrarse.

—Eso cree usted —le replicó Mason—. Ya le advertí que no

tocase esa bala y que conservase la prueba intacta. Tengo mi advertencia y su respuesta. Eso constituye mi protección.

—¿Y qué protección tengo *yo*? —preguntó el sheriff, colérico.

—Usted no la necesita —contestó Mason—. Usted es una autoridad…, pero si hay una bala ahí arriba, sheriff, tendrá usted que subir al estrado de los testigos y dar cuenta de cómo la encontró, de cómo la sacó y de todas las raspaduras y mutilaciones. Puede ser de importancia vital determinar cuál fue el arma que disparó esa bala.

—Oiga, ¿cómo sabía *usted* que esta bala estaba aquí? —preguntó el sheriff.

—Yo no lo sabía —contestó Mason—. Sólo suponía que podía estar ahí arriba. Yo…

Se oyó un grito afuera. Por la ventana abierta pudo verse a un hombre que corría hacia la casa.

—¡Lo encontramos! —gritó el hombre cuando Mason se asomó a la ventana—. Encontramos un revólver.

El sheriff, furiosamente indignado, se dirigió a la puerta, la abrió y bajó corriendo los escalones. Mason, Paul Drake y Della Street lo siguieron.

—¡Maldito sea! —dijo el sheriff mientras atravesaban apresuradamente el patio—. Esto es lo que resulta de dejar a sus secuaces andar por ahí sin nadie que los vigile. Plantaron un revólver y…

—Yo no haría ninguna acusación, sheriff —observó Mason.

—Bueno, es que todo esto es *demasiado* endiabladamente oportuno —gruñó el sheriff.

Los hombres estaban reunidos alrededor de un pequeño hoyo en la arena.

—Aquí está —dijo uno de los hombres—. No lo tocamos.

Cuando el aparato chirrió, no hicimos más que cavar con cuidado para ver qué había aquí, y tan pronto como vimos qué era lo dejamos.

El sheriff se inclinó, escarbó en la arena, luego se agachó, recogió un revólver cubierto de arena, se lo acercó a la cara y sopló para quitar la arena.

—Acaso querrá usted hacerlo examinar por si tiene huellas digitales —dijo Mason—, aunque probablemente no le servirá de

nada. Siempre hay pocas probabilidades de encontrar huellas digitales en un revólver, aunque no haya sido enterrado.

—Lo sé, lo sé —dijo el sheriff—. Sin embargo, tengo que ver qué es esto. A mí me parece como si hubiera sido colocado aquí.

—¡Oh! Lo fue, lo fue —dijo Mason.

—Exactamente, lo fue —afirmó el sheriff ásperamente, inclinando el cilindro a un lado—. Un cartucho disparado —dijo—. Calibre 44.

—Entonces —le dijo Mason—, hasta ahora han chapuceado ustedes este caso. Aquí tiene una prueba significativa. Veremos qué hacen con ella.

—No necesito ningún consejo suyo —dijo el sheriff con enojo.

Mason, estudiando la casa, señaló un área.

Mason llevó a sus hombres hacia la parte de la playa opuesta a las puertas vidrieras. Los hombres montaron una pequeña criba inclinada.

—Ciernan la arena aquí, muchachos.

—Oiga, ¿qué diablos está usted buscando ahora? —preguntó el sheriff.

—La bala fatal —contestó Mason.

—Bien, si es así, esto es distinto. Adelante, muchachos; solamente recuerden que ahora *yo estoy aquí* y no pueden plantar un objeto.

Los hombres recogieron cuidadosamente la fina arena y la hicieron pasar por la criba.

—Oiga, *puede* haber algo aquí —dijo el sheriff—. Nosotros hubiéramos podido hacer esto, supongo. Solamente que no parecía haber necesidad de… ¡En! ¡Esperen! ¡Aquí está! ¡Aquí está la bala!

El sheriff escarbó y retiró una bala de plomo mellada que tenía en la punta unas débiles manchas rojizas.

—Muy bien, muchachos —dijo alegremente Mason—. Podemos largarnos ahora.

—Diga, ¿qué calibre es éste? —preguntó el sheriff.

—Tengo idea de que es una bala de este cuarenta y cuatro —contestó Mason.

—Mire, si cree usted que voy a dejarme atrapar en todas esas maniobras, es que es usted tonto —dijo el sheriff impetuosamente—. ¡No pienso jugar con todo ese lío de pruebas falsas colocadas

aquí!

—Bueno, naturalmente —dijo Mason en tono indiferente—, es usted quien tiene amigos en el jurado, sheriff. Es usted quien tiene que ir a la reelección. Si quiere desacreditarse completamente, siga adelante. Hasta ahora lo ha hecho muy bien. Andando, muchachos. Vámonos.

Capítulo 21

Sentado en su despacho, Mason leía gozoso los periódicos de la mañana.

Los titulares anunciaban:

SE ENCONTRO UNA SEGUNDA ARMA HOMICIDA EN EL CASO DE ALDER.

Y más abajo había el siguiente titular:

¡UNA BALA ALOJADA INEXPLICABLEMENTE EN EL TECHO!

—Bien —dijo Della Street, observando la sonrisa de Mason—, ¿no vas a leerlo en voz alta?

Mason movió la cabeza afirmativamente y dijo:

—Te leeré algunos fragmentos. Escucha éste:

El sheriff Leonard C. Keddie estuvo en franco desacuerdo con los expertos en balística. Insistía en que la bala que se encontró en el caballete del tejado había sido alojada allí después del asesinato. ¿Cómo puede ser, preguntaba, que una bala atraviese el cuello de un hombre y luego suba verticalmente? La bala, insistía, no podía proceder del revólver hallado bajo el cadáver de Alder.

Por otra parte, Hartley Essex, el experto en balística empleado por la oficina del fiscal del distrito, afirma con la misma seguridad que, independientemente del modo como la bala llegó a su destino, ésta procedía del revólver de Alder. Además, ahora se siente dispuesto a afirmar que la bala del calibre 44 encontrada es probablemente la bala fatal. Un pequeño fragmento de tejido humano seco estaba aún adherido a la bala

cuando fue encontrada.

Ha quedado establecido que la bala del 44 fue disparada por el revólver que se halló enterrado en la arena. Esto plantea una serie de preguntas inquietantes para la parte acusadora. ¿Cuál de las dos balas mató a Alder? Si fue la que estaba en el techo, Alder debió estar inclinado hacia adelante, doblado, cuando se disparó el tiro.

Por otra parte, si la bala del 44 es la fatal, toda la teoría del fiscal requiere ser revisada. Aun cuando alguien se encontrase de pie frente a George S. Alder y disparase la bala fatal con el cuarenta y cuatro, ¿por qué la bala del revólver de Alder, hallado debajo de su cadáver, se alojó en el caballete del tejado?

También hay que recordar que el testimonio médico introducido por la acusación establece que la bala fatal era del calibre 38. Tenemos entendido que la defensa tiene a su disposición una hueste de expertos dispuestos a testificar que el agujero de entrada de una herida hecha por una bala casi siempre es más pequeña que el calibre de la bala, debido a la elasticidad de la piel humana, la cual es empujada hacia adentro antes de que la bala penetre verdaderamente.

Sin embargo, si el fiscal no rectifica su afirmación sobre el calibre de la bala fatal, la defensa tendrá que sostener una batalla contra los expertos que ya han testificado.

El revólver del calibre 38 perteneció indudablemente a George S. Alder. No solamente Alder había conseguido permiso para tenencia de arma y mencionaba el número de ese revólver en su solicitud de permiso, sino que está registrada la venta del arma a George S. Alder, hace unos dos años, y su firma aparece en los registros de venta de armas de fuego.

Hartley Essex, el experto en balística, explicó que las balas, cuando atraviesan un cuerpo humano, con frecuencia son desviadas por los huesos y pueden hacer cosas extraordinarias; pero evidentemente no se muestra muy satisfecho por lo que se refiere a la posición de la bala en el caso de Alder, ni ante la perspectiva de someterse al interrogatorio de Perry Mason cuando se reanude la vista, el lunes por la mañana.

El doctor Jackson B. Hilt, el forense que practicó la autopsia del cadáver, insiste en que la trayectoria de la bala, aunque

ligeramente trazada hacia arriba, no presenta ninguna prueba de que la bala hubiera sido desviada por las estructuras óseas del cuerpo. Suponiendo que el hombre estuviera en una posición aproximadamente vertical en el momento de ser disparado el tiro fatal, la trayectoria de la bala fue tal que el punto de salida estaba aproximadamente cinco centímetros más arriba que la herida de entrada. Sin embargo, una plomada suspendida en el lugar donde fue hallada la bala cae casi directamente sobre el centro de la mancha de sangre que indica la posición en que yacía el cadáver.

No obtuvimos más declaraciones porque el fiscal del distrito, Claud Gloster, cerró las bocas tan pronto como se presentó una diferencia de opinión oficial entre el sheriff y el experto en balística. Esos hombres, después de haber hecho sus declaraciones, quedaron tan callados como si les hubieran puesto un bozal. Cuando se le pidió una ampliación de su primera declaración referente a la bala, Hartley Essex, el experto en balística, contestó simplemente con los labios apretados: «No tengo nada que decir».

El sheriff Keddie, evidentemente inquieto bajo la amonestación del fiscal del distrito, dijo:

—No voy a pronunciar ni una palabra más.

—¿Significa eso que ha cambiado usted de opinión respecto a que las balas que encontraron ustedes habían sido colocadas allí posteriormente? —se le preguntó.

—No, no significa eso —contestó ásperamente—. Yo puedo permanecer callado, pero no cambio de opinión.

El desarrollo inesperado de este caso siguió al examen del lugar del crimen por Perry Mason, abogado de la acusada, Paul Drake, detective privado al servicio de Mason y varios agentes provistos de aparatos para detectar la presencia de objetos metálicos bajo la superficie de la tierra.

El revólver del calibre 44, cuando fue localizado, resultó estar cargado completamente, con un cartucho vacío en posición bajo el percutor, lo cual indicaba que sólo había sido disparada una bala.

Por lo tanto, es del todo evidente que se han abierto interesantes posibilidades gracias a ese algo tardío descubrimiento

de la bala fatal, suponiendo que lo sea.

Se cree que Perry Mason intentará ahora acaso demostrar que George S. Alder debió suicidarse o fue víctima de un disparo accidental de su propia arma. A pesar del hecho de que la cliente de Mason insistió en que no estuvo en la casa durante aquella noche, a pesar de la evidencia circunstancial de que esa declaración es, suavizando las palabras, susceptible de rectificación, Perry Mason se halla en una ventajosa posición que le permite dirigir su estrategia judicial hacia cualquier lado de donde venga el ataque.

Los expertos en asuntos judiciales que han seguido la vista de la causa creen que en algún momento del proceso será necesario a Mason poner a su cliente en el estrado y entonces es casi seguro que ésta se verá obligada a variar su declaración de que no estuvo en la playa durante la noche del asesinato. Un derroche demasiado grande de hechos y de testigos se ha acumulado para que ella pueda mantener consistentemente su primera afirmación de que no salió del hotel de departamentos «Monadnock», donde vivía, durante la noche en cuestión.

Sin embargo, una vez hecha esa concesión, la atractiva acusada se halla en condiciones de proseguir según indiquen las circunstancias. Por cuanto esos últimos acontecimientos constituyen una sorpresa para el fiscal del distrito tanto como lo fueron para el sheriff, es evidente que la parte acusadora se encuentra ante la necesidad de prevenir cualquier movimiento de sorpresa por parte de la defensa y, puesto que Perry Mason es conocido como maestro en las sorpresas teatrales de última hora, no hay duda de que la sala del tribunal estará llena el lunes por la mañana, cuando el juez Garey reanude la vista de la causa del pueblo del Estado de California contra Dorothy Fenner.

Mientras exteriormente todo permanece tranquilo, hay rumores en el juzgado referentes a que Claud Gloster, quien se mostraba seguro de que lograría el triunfo de colgar a su cinturón la cabellera de Perry Mason, está efectiva y completamente consternado por el fracaso de las autoridades en el registro del lugar del crimen, registro que no fue suficientemente cuidadoso porque en él no se descubrió el impacto de la bala en el caballete del tejado, y también se rumorea persistentemente que hay

tensión entre el despacho del fiscal del distrito y el del sheriff.

El sheriff Keddie no solamente insiste en que a su departamento no le pasó por alto la bala alojada en el caballete del tejado, sino que pide que le sea aclarado por qué Perry Mason, quien no había estado nunca antes en la casa, entró en la habitación y a los pocos minutos descubrió un impacto de bala que había pasado inadvertido previamente a todos los investigadores.

El sheriff Keddie pregunta indignado: «¿Cómo sabía Perry Mason que estaba allí?».

Esa será probablemente la pregunta decisiva que Claud Gloster arrojará a Perry Mason ante el jurado el lunes por la mañana.

Pero aquellos que han seguido la asombrosa carrera forense de Perry Mason observan que lanzarle preguntas ante un jurado puede ser un pasatiempo peligroso.

De todas maneras, el desarrollo de los acontecimientos desde el aplazamiento del viernes ha sido tal que cambia el aspecto del caso. Los agentes de los departamentos del condado que pueden salir están pugnando calladamente para obtener asientos reservados en la sala del tribunal del juez Garey, previendo el sensacional espectáculo que, según aseguran, tendrá lugar cuando se reúna el tribunal a las diez de la mañana del lunes.

Mason dobló el periódico y sonrió a Della Street.

—Jefe —preguntó ella—, ¿cómo sabías que aquella bala estaba allá arriba?

—No lo sabía.

—Pero, como observa el cronista en el periódico, tú entraste en la habitación y a los pocos minutos descubriste un impacto de bala que había escapado a la observación de todos los investigadores.

—Lo descubrí por una razón.

—¿Qué buscabas cuando encontraste aquel impacto de bala?

—El impacto hecho por una bala.

—¿Cómo sabías que estaba allá?

—¿Dónde más podía estar? El sheriff había examinado todos los otros lugares.

—Se suponía que la bala había salido por las puertas vidrieras.

—Es peligroso hacer tales suposiciones —dijo Mason.

—Pero, ¿cómo se alojó allá arriba esa bala?

Mason sonrió.

—No arriesgaría el pescuezo en ello, Della, pero tendrás deseos de asistir a la vista el lunes por la mañana. Creo que sé cómo sucedió.

—¿Quién no? —preguntó ella riendo.

—¿Quién no, qué?

—No desearía asistir a la vista de la causa el lunes por la mañana.

Capítulo 22

Cuando el tribunal se reunió en la mañana del lunes uno podía considerarse afortunado si encontraba lugar para estar de pie.

Cuando Perry Mason entró en la sala, Dorothy Fenner trató en vano de captar su mirada; luego, afanosa de llamar la atención de Della Street, hizo un ligero ademán, que era como si pidiera comprensión.

Della Street, cuando un delegado del sheriff se movió hacia adelante para prestar atención a lo que sucedía, avanzó hasta colocarse cerca de la acusada.

Mason, preparándose para la batalla que iba a tener lugar, abrió su cartera y esparció sus papeles encima de la pulida mesa de caoba del consejo.

—Señorita Street, ¿no puede usted hacerlo entrar en razón? —dijo Dorothy Fenner, llorosa—. Yo estaba convencida de que lo que hice era lo más acertado. Pensé que podría hacer caer en la trampa a George Alder haciendo algunas concesiones que nos ayudarían. Creí que tal vez podría obtener algunos informes sobre Corrine. No creo que el señor Mason aprecie…

Della Street le dio un golpecito tranquilizador en el hombro.

—Sí, él se hace cargo. Ahora comprende. Pero usted ha de tener en cuenta lo que significa para el señor Mason ver bruscamente desbaratado todo su plan de defensa. El…

—Hable con él, por favor. Interceda usted en favor mío. Es un hombre tan magnífico, tan maravillosamente perfecto y…

De súbito, oyóse el ruido que hizo la gente que ocupaba la sala al levantarse y entró el juez Garey. El alguacil pronunció las palabras formularias de anuncio y el juez hizo un ademán invitando a todo el mundo a sentarse.

Della Street se inclinó hacia Dorothy Fenner y le susurró al oído:

—Hablaré con él, Dorothy. Buena suerte.

El juez Garey lanzó una mirada ligeramente reprobadora hacia la multitud que, en busca de emociones fuertes, se apretujaba en la sala. Luego anunció secamente que no estaba dispuesto a permitir que la sala se convirtiese en un circo para regocijo de los espectadores curiosos.

—Prosigue la vista de la causa contra Dorothy Fenner. La acusada se encuentra en la sala y el jurado está presente. ¿De acuerdo, señores?

—De acuerdo.

—De acuerdo, Señoría —dijo Claud Gloster, levantándose—. Y ahora deseo hacer una declaración al tribunal.

—Está bien. Prosiga.

—Ha habido en este caso ciertos aspectos, con los cuales sin duda su Señoría está familiarizado, que han sido presentados por la Prensa de una manera deplorable. Atendiendo a la forma en que se han desarrollado, no puedo dejar de creer que en el procedimiento ha intervenido la defensa, y yo…

—Protesto, su Señoría —dijo Mason, levantándose rápidamente —. Pido que el fiscal del distrito retire esta declaración y…

—Estoy preparado para enfrentarme contra este requerimiento —gritó Claud Gloster—. Voy a demostrar que esta llamada nueva prueba fue imaginada… por alguien. De la verdadera naturaleza de las cosas se desprende que esta llamada nueva prueba no puede ser tomada en cuenta como posible teoría de lo que ocurrió allí la noche del asesinato. Y si una parte de dicha prueba ha sido inventada, cabe creer que puede haberlo sido toda ella. El fiscal espera mantener su teoría original sobre este caso.

—Bueno, caballeros —dijo el juez Garey—, por lo que se refiere al tribunal, no es posible entablar discusión acerca de una llamada nueva prueba que ha sido únicamente descubierta por la Prensa.

—Si el tribunal da su venia —dijo Gloster—, he de decir que se han desarrollado algunas circunstancias que hacen necesario proceder a ciertas correcciones en las declaraciones formuladas por los testigos de la acusación. No se trata de inexactitudes, sino meramente de efectuar ciertas correcciones.

Mason dejó que el jurado contemplara su ancha sonrisa.

—¿He de entender que el fiscal del distrito desea que se llame de

nuevo a ciertos testigos con el objeto de efectuar la corrección de errores en sus declaraciones?

—Esas palabras son un ejemplo característico de la manera en que todo lo que yo he dicho ha sido sistemáticamente tergiversado en el curso de este proceso —dijo Gloster—. Yo he declarado específicamente que no se trataba de inexactitudes.

—¡Oh, pido al tribunal que me excuse! —dijo Mason—. Que quede asentado, pues, que el fiscal del distrito desea la nueva comparecencia de sus testigos para enmendar *exactitudes* en sus declaraciones.

Algunos miembros del jurado sonrieron. Gloster lanzó furiosas miradas, trató de hallar una respuesta adecuada, pero no la encontró. El juez Garey, frunciendo el cejo, se inclinó hacia adelante para espetar una ligera amonestación, pero Mason ya había tomado de nuevo la palabra:

—Con la venia del tribunal, insisto ahora para que se nos diga dónde se encuentra el perro. El tribunal ha ordenado repetidamente que se nos diga dónde se halla el perro, pero…

—¿Debo entender que usted no ha sido informado por el fiscal acerca de dónde se encuentra el perro? —preguntó el juez Garey.

—Exactamente —contestó Mason.

—Señor fiscal del distrito —dijo el juez Garey, ceñudo—, le he advertido repetidamente que la defensa ha de saber dónde se halla el perro.

—Acerca de este asunto hubo alguna discusión el viernes por la mañana —contestó Gloster—, y yo…, bueno…, he de confesar, Señoría, que, a causa de la acumulación de acontecimientos, me había olvidado completamente de este asunto.

—Creo que el tribunal estará de acuerdo conmigo, y las actas pueden confirmarlo, que el viernes pregunté *repetidamente* al fiscal del distrito en qué dirección podía ser hallado el perro, y el fiscal del distrito declaró que rehusaba darme dicha dirección porque eso me descubriría el domicilio de un testigo que el fiscal del distrito deseaba llamar.

—No hay tal —dijo Gloster.

—Pregunté al fiscal del distrito —prosiguió Mason— si es que temía que yo pudiese convencer al testigo de que declarase con falsía, y él contestó: «No», ante lo cual yo pregunté si es que temía

que la testigo dijese la verdad.

—Recuerdo eso perfectamente —dijo el juez Garey.

Gloster permaneció callado. Mason prosiguió:

—Cada vez que he tratado de saber el paradero de ese perro, cada vez que he preguntado sobre él, me he encontrado con los mismos subterfugios, la misma desviación del tema, la misma esquivez en contestar claramente.

—Bueno, antes de seguir adelante en el caso sabremos dónde se halla el perro —dijo el juez Garey.

—¿Dónde se encuentra? —preguntó Mason.

Gloster contestó:

—Está con un testigo que se llama Carmen Monterrey y considero que sería impropio dar su dirección.

—Quiero saber acerca de ese perro —dijo Mason—. Deseo saber dónde se encuentra el perro y hacer a Carmen Monterrey algunas preguntas acerca del animal.

—¿Cuál es la dirección? ¿Dónde está el perro? —preguntó el juez Garey a Gloster.

—Francamente, Señoría, no lo sé. Sólo sé que Carmen Monterrey ha sido citada y está esperando en la antesala de mi despacho, y…

—Que comparezca aquí, pues —dijo Mason.

—Deseo pedir a su Señoría…

—Se accede a la petición de la defensa —dijo el juez Garey—. Que comparezca la testigo. Póngase fin de una vez por todas al hecho de que una información pedida por la defensa, y acordada por el tribunal, sea aplazada día tras día.

—Creo, su Señoría, que eso es una crítica inmerecida —dijo Gloster.

—¿No di acaso la orden?

—Bueno…, sí.

—¿Y no es un hecho que usted ha dejado de cumplirla?

—Bueno…, no abundo en la misma opinión, Señoría. Yo…

—Entonces, ¿a qué se debe que la defensa esté pidiendo aún dónde se encuentra el perro, porque lo ignora?

Gloster reflexionó durante unos instantes y luego dijo:

—Está bien; llamaré a Carmen Monterrey y se abrirá una nueva fase del caso. Admito que los acontecimientos ocurridos recientemente me hicieron olvidar del perro.

Hubo una pausa de unos dos o tres minutos, durante la cual el alguacil fue enviado al despacho del fiscal del distrito a buscar a Carmen Monterrey.

Cuando ella entró en la sala y hubo prestado juramento, Gloster dijo:

—¿Se llama usted Carmen Monterrey?

—Sí, señor.

—¿Conoce usted a un perro llamado *Prince*, un perro que tuvo George Alder durante los últimos meses de su vida?

—Lo conozco muy bien. Corrine Lansing adquirió dicho perro después que el animal fue licenciado tras un curso de entrenamiento en el Ejército. Era un cachorro a la sazón y un poco salvaje, pero yo, con mis cuidados conseguí convertirlo en un perro fiel.

—¿Sentía usted cariño por el animal?

—Sí.

—Cuando usted tuvo noticia de la muerte de George Alder, ¿deseó tener de nuevo el perro?

—Así es.

—¿Sólo por razones sentimentales y no porque usted desease ocultar el perro?

—Ese detalle es importante, Señoría —dijo Mason.

—Lo es, ciertamente —contestó el juez rápidamente.

—Bueno, tales son los hechos. Vamos a ellos. No perdamos el tiempo discutiendo sobre ese *perro* —dijo Gloster—. Todo lo que he oído decir desde que empezó este caso es: perro, perro, ¡PERRO!

—Eso es —dijo Carmen Monterrey—. Sólo a causa del cariño por el perro…

—¿Dónde está ahora el perro?

—Está conmigo en la casa donde vivo.

—¿Dónde vive usted?

—En una casa propiedad de mi tía, en la calle Verillion, número 774.

—¿Y el perro se halla ahora allí?

—Sí, señor. Antes de salir para acá encerré al perro. Manso y contento, cumplirá mis órdenes de esperarme. Cuando regrese al hogar, se alegrará de verme.

—Bueno —dijo Gloster—, considero que eso zanja la cuestión

del perro. Puede retirarse, Señorita Monterrey.

—Un momento —dijo Mason—. Deseo interrogarla.

—Señoría, considero que ése ha sido el error en todo el procedimiento. Se está tratando de…

—Me asiste el derecho de interrogar a un testigo que ha respondido, bajo juramento, a preguntas hechas por el fiscal del distrito —dijo Mason.

—Bueno —accedió finalmente Gloster—, pero sólo debe hacer preguntas que se refieran al perro.

—Acerca del perro quiero precisamente interrogar.

—Bueno —dijo Gloster—, espero… Considero que todo eso es irregular.

—Es irregular porque usted no quiso decirme dónde estaba el perro —dijo Mason.

El juez Garey golpeó con su mazo.

—Absténgase de esos detalles personales.

Mason se volvió hacia la testigo y dijo:

—¿No tenía el perro una uña rota, señorita Monterrey? ¿Una garra lastimada?

—¿Una garra lastimada? Creo que no.

—¿No cojeaba el perro?

—No.

—¿No sangraba la pata del perro?

—¡Oh! Ahora me doy cuenta de lo que quiere usted decir. Sí, en el cuartito el perro se puso a arañar hasta que su mano empezó a sangrar, pero cesó pronto.

—¿Quiere usted al perro?

—¡Oh, sí!

—¿Y el perro la quiere?

—Sí, naturalmente.

—Sentía usted mucho afecto por Corrine Lansing, ¿no es verdad?

—Era mi amiga y mi ama. Estuve a su servicio durante años.

—Cuando usted regresó a esta ciudad vio un anuncio que George Alder hizo insertar en los periódicos, ¿no es eso?

—Me opongo a esa pregunta, Señoría —dijo Gloster—. Ese interrogatorio es improcedente.

—Estoy probando ahora la parcialidad de la testigo —repuso

Mason—. La única cuestión en este caso es saber si el perro tiene una garra lastimada, y la testigo ha hecho declaraciones que son de una importancia capital.

—¿Qué quiere usted decir con eso de la única cuestión en este caso? —preguntó Gloster—. Es la cosa más absurda que…

—Preste atención a lo que seguirá y se dará usted cuenta de lo importante que es. Considero que esta cuestión es definitiva, y deseo hacer patente la parcialidad de la testigo.

—Prosiga —dijo el juez Garey, inclinándose hacia adelante para escuchar mejor.

—¿Leyó usted aquel anuncio? —preguntó Mason.

Sí.

—Y se comunicó usted con la persona que lo había insertado y se encontró que era George Alder, ¿no es verdad?

—Sí.

—Y George S. Alder le dijo que sería mejor para usted que fuese a verlo, ¿no es verdad?

—Bueno…, sí.

—Y usted fue a verlo, ¿no?

Ella evitó la mirada de Mason.

—No olvide —dijo Mason al advertir que ella vacilaba— que hay ciertas cosas que pueden ser demostradas.

—Sí; fui a verlo.

—¿Cuando usted estuvo con él le preguntó usted acerca de una carta que se suponía escrita por Minerva Danby y arrojada al mar desde el yate de Alder?

Ella permaneció callada durante un rato; finalmente dijo:

—Sí.

—Fue usted a ver a George S. Alder —dijo Mason, señalando a la testigo con el dedo— en la noche del día 3, hacia las nueve de la noche, ¿no es verdad? Reflexione antes de contestar. Recuerde que todos sus movimientos durante aquella noche pueden ser seguidos.

—Si.

—El perro se mostró alegre al verla, ¿no?

—¡Oh! *Prince* mostró una gran alegría —manifestó ella con un acento de voz y una mirada dulcificados.

—Exactamente —dijo Mason—. Y no había necesidad de encerrar al perro en el cuartito. En realidad, cuando él oyó su voz

empezó a armar bulla en el cuartito y a arañar la puerta, hasta que Alder lo dejó salir, ¿no es así?

—Si.

—Y el perro la hizo objeto de grandes demostraciones de cariño.

—Sí, claro está.

—Así —dijo Mason—, cuando usted acusó a George S. Alder de haber asesinado a Corrine Lansing, tras lo cual hubo una discusión en el curso de la cual Alder sacó un revólver, *Prince* la protegió porque quería mucho más a usted que a Alder. El perro saltó contra Alder y clavó sus dientes en la muñeca de la mano que empuñaba el arma, ¿no es verdad, Carmen?

—¡Oh, Señoría!, yo… —dijo Gloster.

—Usted se sienta y se calla —dijo el juez Garey sin dejar de mirar a Carmen Monterrey—. Mire a la testigo. Podrá leer la respuesta a la pregunta en su rostro.

Mason prosiguió:

—Eso da razón del desgarrón triangular que había en la manga izquierda de la chaqueta de Alder, ¿no es verdad, Carmen? Allí fue donde el perro clavó los dientes y por eso Alder disparó el revólver con el cañón apuntando al aire, de modo que la bala se incrustó en el techo. Y entonces fue cuando usted disparó contra él con un revólver del 44 que llevaba en su bolso, ¿no es así, señorita Monterrey?

—Yo…, yo…, sí —dijo ella—. Tuve que hacerlo. Trató de matarme.

Mason, sonriendo, se volvió hacia Gloster y dijo:

—Tal vez el fiscal del distrito desee hacer algunas preguntas. Creo que el tribunal se dará cuenta ahora de la importancia de la garra lastimada del perro.

—He de confesar francamente que no la advierto —dijo el juez Garey—, pero deseo que me lo explique.

—La respuesta es muy sencilla —prosiguió Mason—. El perro no tenía la garra lastimada. Los arañazos en la puerta no fueron hechos mientras se cometía el asesinato, sino cuando oyó la voz de la única persona que él amaba en el mundo, la voz de la mujer que había sido su verdadera dueña durante años: Carmen Monterrey. Alder lo dejó salir. El perro estaba allí y aferró con los dientes la muñeca de Alder cuando éste trató de matar a Carmen Monterrey. Ella disparó

contra Alder, y me place decir que lo hizo en defensa propia. George Alder cayó al suelo de cara y Carmen Monterrey fue presa de pánico. Se dio cuenta de que había matado a Alder y luego comprendió súbitamente que la presencia del perro la delataría. Por eso lo volvió a encerrar en el cuartito. *Ella era la única persona en el mundo que podía encerrar al perro en el cuartito después de la muerte de Alder*. Pero el perro había pisado el charco y quedó con las patas manchadas de sangre, de modo que cuando oyó que ella se marchaba se puso de nuevo a arañar la puerta y dejó huellas sangrientas en la puerta… Creo que Carmen Monterrey nos dirá ahora que tomó su revólver y lo enterró y luego registró el escritorio hasta que encontró la carta que había estado dentro de la botella. Hecho lo cual se marchó. Poco rato después, la acusada llegó al lugar para ver a George Alder, y entró siguiendo las instrucciones que le había dado él. Creo, Señoría, que tal fue lo que ocurrió en este caso de asesinato.

El juez Garey miró al alicaído fiscal del distrito.

—Abundo en la misma opinión, señor Mason —dijo—. El tribunal suspenderá la sesión durante media hora, a fin de investigar este asunto lejos de la presencia del jurado. Al regresar, el fiscal del distrito podrá tomar la decisión que crea conveniente.

Capítulo 23

Mason, Della Street y Paul Drake estaban sentados en el despacho del primero. Sobre el escritorio de Mason había una botella de champán y tres copas llenas hasta los bordes.

—¡Brindo por el crimen! —dijo Mason.

—¡Y por el más grande abogado del mundo! —dijo Drake—. Caramba, la manera como supiste mantener atado de manos a Gloster, incluso en medio de la corriente de los hechos que te eran contrarios, es un ejemplo de técnica judicial nunca visto antes por mí.

Mason sonrió y dijo:

—Lo estuve pinchando para que dijera dónde se hallaba el perro y luego lo dejaba cambiar de tema o era yo mismo quien lo desviaba, para que se olvidara del detalle, hasta que el juez Garey pensó que realmente había algo siniestro en el asunto.

—¿Cómo supiste que…? Bueno, ¿cómo supiste lo que había pasado? —preguntó Drake.

—Aunque no lo creas —contestó Mason—, y conste que no confesaré esto a nadie más, me estoy dando a todos los diablos por no haberlo descubierto mucho antes. Primero, tomemos en consideración los hechos fundamentales. George Alder llevaba entre manos un asunto cruel. Su hermanastra, Corrine, en trance de sufrir un ataque nervioso, tuvo una desavenencia con él. Como él tenía algunos documentos que Corrine debía firmar, voló a América del Sur. Ella no firmó los documentos. Alder dijo que ella rehusó firmarlos, se negó a verlo después y desapareció. Tras la desaparición de Corrine Lansing, George Alder quedaba con las manos atadas, a menos que pudiese encontrar alguna buena prueba circunstancial de que Corrine Lansing había efectivamente fallecido y demostrase en qué lugar y hora había fallecido. Así las cosas,

entra en el caso aquella misteriosa carta escrita por Minerva Danby. En ella acusaba a Alder de asesino. Esto puso a Alder en un predicamento. Es evidente que si él asesinó a Minerva Danby lo hizo para evitar que Corrine Lansing pudiese volver oficialmente a vivir. Pero cometió el error de confiar en Dorley H. Alder. No mostró la carta a Dorley, pero le dijo lo suficiente acerca de su contenido para que Dorley comprendiese las implicaciones y posibilidades que aquel asunto entrañaba. Si no quedaba rastro de Corrine, Alder quedaba con las manos atadas durante siete años. Si podían presentarse pruebas, aunque fuesen pruebas circunstanciales, que indicasen que ella había sido asesinada, la situación cambiaba completamente, y si ella había sido confinada en aquella institución y había muerto en el incendio que siguió, toda la situación legal quedaría simplificada, tanto para George Alder como para Dorley. El problema estribaba en que la carta que constituía una prueba que simplificaría el caso para George Alder lo acusaba también de asesino, lo cual le ataba de manos. Pero Dorley Alder no estaba sujeto a ese freno moral. Naturalmente, deseaba que la carta se hiciera pública. Era natural, pues, que desease hablar con Dorothy Fenner acerca de ello para ver si podía obtener algunos detalles del contenido de la carta o de los hechos mencionados en la misma, y es muy posible que quisiera servirse de la joven como instrumento para dar publicidad a la carta. George Alder se encontraba en una especie de callejón sin salida. No se atrevía a destruir la carta porque esto hubiera equivalido a una admisión de culpabilidad…, pues no hay que olvidar que tanto Pete Cádiz como Dorothy Fenner, y también Dorley Alder, tenían conocimiento de la existencia de la carta. Después de haber penetrado en la casa, Dorothy Fenner supo lo que la carta decía. Como podemos advertir, los nudos de la prueba circunstancial empezaron a aprisionar a George Alder, y cuando yo empecé a darme cuenta de que él había caído en la trampa de las circunstancias, examiné la carta con más cuidado. Al comprobar la astucia con que había sido escrita para llevarlo a la situación en que se encontraba, comencé a preguntarme quién la había redactado y por qué.

—¿Y qué piensas de eso? —preguntó Drake.

—Pienso que la carta es una falsificación —contestó Mason—. Si consideramos su contenido cuidadosamente, advertiremos que está

escrito por una persona que trata de lograr un efecto dramático; no son las palabras inspiradas por el terror y escritas por una persona que está encerrada en el camarote de una embarcación que se encuentra en medio del océano y cree que corre peligro de ser asesinada. En toda la carta falta espontaneidad. Se trata de una buena muestra de prosa dramática cuidadosamente preparada, para crear un clímax. No se trata del tipo de carta que una mujer hubiera escrito bajo la impresión de que su vida peligraba. Además, cuando consideramos cómo fue encontrada, nos vemos obligados a admitir que se trata de un engaño. Pete Cádiz había estado buscando a lo largo de la línea de la marea durante varios días. Luego, súbitamente, halló la botella precisamente por donde había estado buscando. Es difícilmente concebible que la botella le pasase por alto…

—Pero supongamos que la botella hubiese sido arrojada a la playa la noche antes —dijo Drake.

—No hay caso —contestó Mason—. Recuerda que Pete Cádiz dijo que no podía entrar en la pequeña bahía, excepto cuando el agua estaba muy tranquila, y que era únicamente durante los períodos de marea alta y de tempestades que las olas arrojaban leños flotantes más allá del límite de la pleamar en la playa. Pete debió estar explorando por los límites de la marea alta durante una semana.

Drake asintió con un movimiento de cabeza.

—Empecemos, pues, a imaginarnos lo que ocurrió —prosiguió Mason—. Alder es difícil que amañase una carta en la cual se afirmaba que era un asesino. ¿Quién lo hizo, pues? La escritura era de una mujer. ¿Quién? La prueba señala una persona. Alguien que estaba tratando de obligar a George Alder a colocarse en una posición defensiva. Pudo haber sido Corrine, pudo haber sido Dorothy Fenner, pero era muy probable que hubiese sido Carmen Monterrey, quien presumía que George Alder había asesinado a Corrine, a la cual Carmen quería mucho. Esta última idea abría todo un horizonte de posibilidades. Entonces comencé a pensar en el perro encerrado en el cuartito y en las huellas de sangre, precisamente dos o tres manchas en la parte interior de la puerta del cuartito y un par de salpicaduras en el piso. Un pie sangrando hubiera dejado muchas manchas y huellas. Había algo que no

encajaba en el cuadro. Al principio experimenté una vaga desazón. Luego empecé a pensar en ello y, súbitamente, caí en la cuenta de que si el perro había pisado el charco de sangre y luego había sido encerrado de nuevo en el cuartito, las manchas sangrientas encajaban dentro del cuadro de la situación, pero de otra manera no. Empecé a reflexionar acerca de lo que podía haber ocurrido suponiendo que el perro andaba suelto cuando se perpetró el asesinato y luego fue encerrado otra vez en el cuartito. De esta manera, las cosas cobraban un carácter lógico.

—Pero ¿por qué no se vieron las huellas del perro? —preguntó Drake.

—Se veían —contestó Mason—. Pero cuando fue soltado el perro del cuartito reinó una gran confusión, y el animal se metió dentro del charco de sangre otra vez y los agentes de la policía no advirtieron la importancia de esa serie de huellas en particular, debido al hecho de que el perro había sembrado de huellas el lugar. Tan pronto como caí en la cuenta de que el perro se metió de patas en el charco, comprendí claramente la mortal significación del hecho. Una vez muerto Alder y el perro andando suelto, *sólo había una persona en el mundo que pudiese volver a encerrar al perro en el cuartito*. Recordemos que Alder era zurdo, que había un desgarrón en la manga izquierda de su abrigo, que su revólver había sido disparado hacia arriba y que había sido asesinado casi en el mismo momento en que él disparó su arma, porque cayó hacia adelante y su revólver fue encontrado debajo de su cuerpo. Si uno reúne todos estos datos, halla que sólo hay una respuesta. Durante algún tiempo jugué con la idea de que Alder podía haber realmente asesinado a Corrine en América del Sur. El voló a América del Sur. Deseaba que Corrine aceptara su política en ciertas cosas, pero ella rehusó. Él se dio cuenta súbitamente de que ella no solamente lo frenaba, sino que se levantaba como un obstáculo entre él y una fortuna. Quizá hubo un grito ahogado en la noche, el ruido de un cuerpo al caer al agua, y todo terminó. En cuanto a si él la asesinó o no, Carmen Monterrey cree lo primero. Ella permaneció en América del Sur durante semanas, tratando de encontrar el cadáver de Corrine o alguna pista. Finalmente, estaba convencida de que Corrine había muerto y que George Alder había cometido el asesinato. Carmen regresó, todavía en busca de pistas. Fue al hospital de Los Merritos,

porque tiene noticias de que una persona que se encuentra allí responde a la descripción de Corrine y sufre amnesia.

No era Corrine, pero aquella mujer suscitó la simpatía de Carmen, quien mandó dinero al hospital para que se la atendiese, y luego una parte del hospital se incendió. Pocas semanas después de esto la gran idea nació en el cerebro de Carmen. Cuando murió Minerva ninguna sospecha recayó sobre George Alder. Pero supongamos que el caso pudiese ser presentado como un asesinato. Y lo que es más, supongamos que pudiese ser relacionado de alguna manera con los asuntos de Corrine. Entonces Alder tendría que colocarse a la defensiva y la verdad se pondría de manifiesto. Carmen decidió obrar. Se procuró una botella que había estado flotando durante meses. Falsificó la carta y espió a Pete Cádiz. Luego colocó la botella donde él tuviera forzosamente que encontrarla. Tras esto esperó tranquilamente los acontecimientos. Cuando leyó aquel anuncio en el periódico, escribió al apartado de correos 123 J y se enteró de que el hombre que estaba al extremo de la línea era Alder, comprendió que era la ocasión de dar el golpe, de acusarlo audazmente de haber asesinado a Corrine.

Drake miró a Della Street, suspiró y dijo:

—Bueno, eso parece bastante razonable ahora, pero por fortuna yo no era el hombre que se hallaba metido dentro del caso, con una cliente poco de fiar, un fiscal de distrito que andaba tras mi pellejo y, por si fuera poco, mis huellas digitales estampadas en la canoa.

—Y a mi modo de ver tendrá otro resultado —dijo Della Street —: enseñará al señor Mason a no andar por ahí recogiendo ninfas en su canoa.

Mason se echó a reír.

—Todo hubiera estado bien —dijo— si ella no hubiese dejado su toalla con la marca de la lavandería.

—Y luego no hubiera sido detenida —dijo Drake.

—Un pequeño error en sus planes, un caso de negligencia por su parte —explicó Mason.

Della Street tomó su lápiz.

—Un buen título para la carpeta de archivo: *El caso de la ninfa negligente*.

Mason se echó a reír a mandíbula batiente.

—Y, además, Della, esa ninfa, como heredera de Corrine, entrará

en posesión de una fortuna.

—¿Cómo es eso? —dijo Drake—. Yo creía que el dinero estaba invertido en la sociedad y que tras la muerte de Corrine los bienes…

—Es contrario a la ley —dijo Mason— permitir que un asesino se aproveche de su crimen. Por lo tanto, George Alder no hubiera podido obtener nada por medio de la muerte de Corrine. Y aun cuando este punto, por lo que a Dorley Alder se refiere, es discutible, él ha accedido a entregar a Dorothy Fenner una linda fortuna…, aunque yo, además, le propinaría una buena tunda.

Paul Drake levantó su copa y mirando a Della, dijo:

—Brinda, Della, por el más grande estratega judicial que existe.

Della Street se levantó y tocó la copa de Drake con la suya. Los tres apuraron solemnemente sus copas.